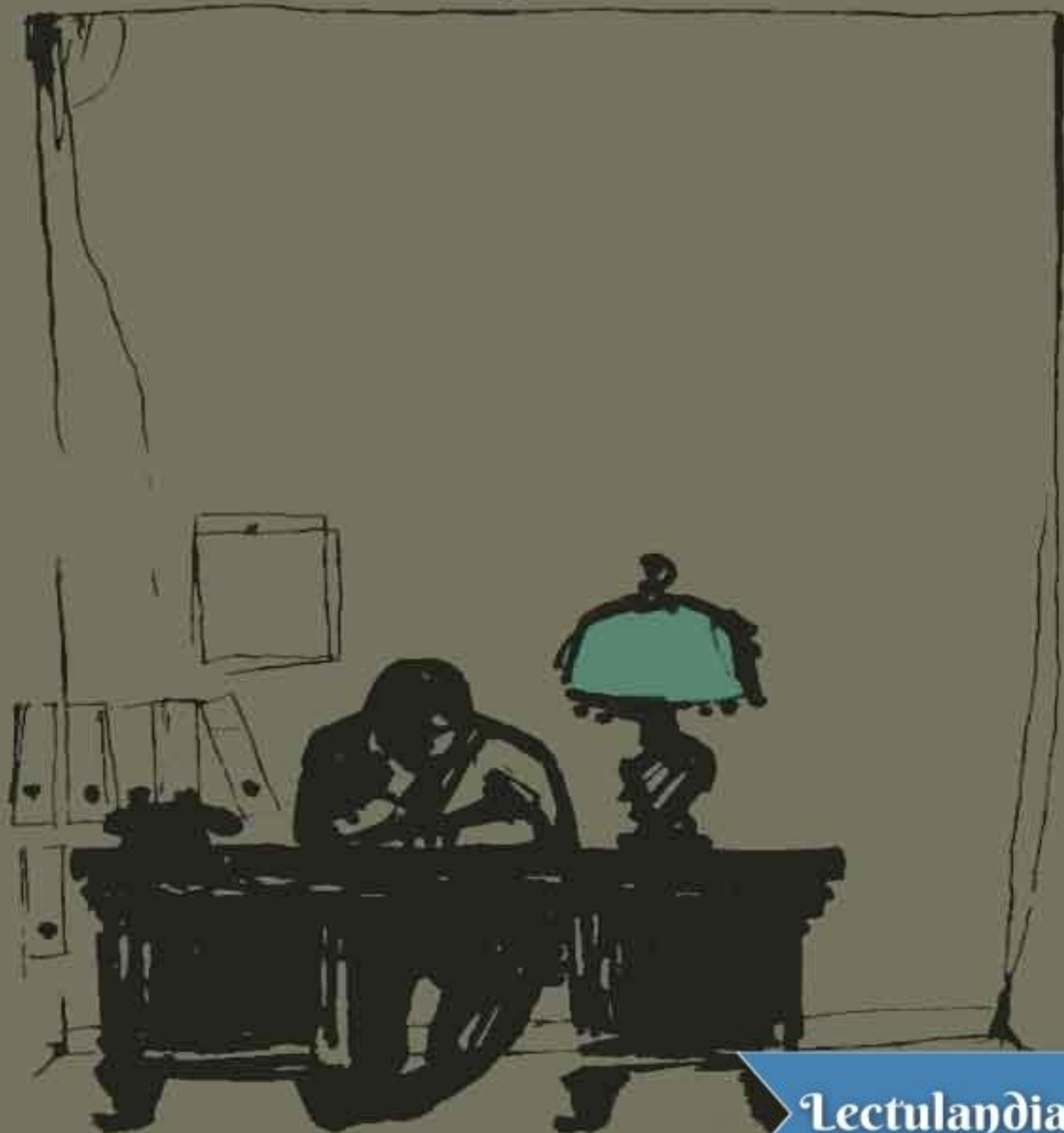


Josep M.^a Espinàs

Todos somos iguales



Lectulandia

No sé qué efecto producirá al lector «Todos somos iguales». No sé si verá que lo he escrito con un apasionado amor, a veces burlesco, a menudo dolorido, siempre piadoso amor. Pero hay una cosa segura: yo he robado, para hacer esta novela, un poco de la sangre de los hombres que viven hoy en mi país. Me gustaría haber sabido conservarla viva encima de cada página, y que os pudierais reconocer en ella.

Todos mis libros se ocupan de cosas y de tipos de hoy en día. Nuestro país, nuestro tiempo son tan apasionantes, tan vivos que yo no podría hablar, seguramente, de otra cosa que de todo lo que está dentro de nosotros y alrededor de nosotros. El resultado que a la larga, a fuerza —si hay suerte— de años y de libros, puede dar esta información novelística, no lo sé. Lo que ahora me preocupa es que el trabajo de cada día sea hecho con pasión, con paciencia y con honestidad.

«Todos somos iguales» intenta plantear un problema que a todos nos afecta, que a todos nos acusa, que a todos nos justifica o condena.

Lectulandia

Josep Maria Espinàs

Todos somos iguales

ePub r1.0

Titivillus 15.10.2018

Título original: *Tots som iguals*
Josep Maria Espinàs, 1956
Traducción: Enrique Badosa
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

Le problème de l'écrivain revient à rendre compte des difficultés humaines.

ROGER IKOR

I

El auxiliar de contable estaba sentado detrás de su mesa. Tenía la cabeza inclinada hacia adelante, y mostraba su calva de un angustioso color amarillo. El auxiliar de contable parecía un mustio girasol en el atardecer.

Además, tenía la virtud de ignorar los ruidos y los movimientos que se producían en la oficina. Si alguien tropezaba con una silla, si alguien estornudaba —y todo el mundo estornudaba en aquel húmedo subterráneo, porque era el único sistema de expeler de vez en cuando el agua que al respirar penetraba en el cuerpo—, el auxiliar de contable seguía ensimismado en su devoción al trabajo. Vivía en su mesa. A su alrededor, nada.

Sin embargo, llegaba un momento en que el auxiliar de contable entraba en contacto con el mundo exterior. Eso se producía cuando sonaba la hora de la sed irresistible.

La sed irresistible se presentaba a la una menos diez minutos, al mediodía, y a las siete menos diez minutos de la tarde. Entonces, el desfile de los chicos ante su mesa le hacía levantar la mirada. Pasaban Miguel, de Ventas, y Artemio, de Estadística, y Juan, de Facturación, y el otro Juan, de Contabilidad, y también, uno tras otro, los mozos del almacén. Era una sed general, impresionante, gravísima. El botijo se hallaba al fondo del despacho, junto a los vestuarios. Iban a beber y regresaban de beber con una lentitud majestuosa, con una dignidad ejemplar, como si vinieran de comulgar o como si el agua les pesara en el estómago igual que un ladrillo.

El auxiliar de contable les veía pasar estupefacto, con la boca abierta, y el amarillo de su calva palidecía.

Y el secreto, para otro que no fuera el auxiliar de contable, era fácil de descubrir: cinco metros antes de llegar al botijo había un reloj esférico colgado de la pared. Los muchachos, diez minutos antes de la una y de las siete, notaban sequedad en la boca. Los muchachos no son como las personas mayores. Los muchachos de diecisiete y dieciocho años tienen el cuerpo en formación, están llenos de misterios y de extrañas necesidades, de flaquezas y rarezas, y de jugos exigentes.

Enfilaban el corredor y se acercaban al botijo. Cinco metros antes de llegar a él, como por casualidad, levantaban los ojos hacia el reloj de la pared. Todos. Uno tras otro. Era curioso: cuanto más tiempo faltaba para la una, más tiempo pasaban bebiendo en el botijo y más lenta y dignamente regresaban a su sitio.

Un día, le pasó algo curioso a Artemio, de Estadística. Tenía una sed diabólica, alarmante. Al pasar ante el reloj, alzó la mirada, como por casualidad. Faltaba menos de un minuto para la una. Y se produjo el milagro: de súbito le desapareció la terrible sed. Renunció a aproximarse un palmo más hacia el botijo. Y regresó a su sitio, esta vez con una precipitación total. Tuvo el tiempo justo de guardar los libros y los lápices en los cajones de la mesa y, extático, disponer el oído, como si esperase algo:

entonces sonó, como una risita nerviosa, el timbre que daba la señal de que el trabajo había terminado.

Pedro Jordana pasaba facturas. Al llegar aquella hora, tenía la mano fatigada. Intentaba mover el dedo meñique sin que los demás se movieran, pero no lo lograba. El meñique parecía arrastrarlos a todos, y se producía un temblor general e indeciso.

Entonces comprendía su suerte, la suerte de ocupar un despachito relativamente independiente, en un rincón poco visitado por el señor Alsina. Porque el apoderado realizaba rápidas incursiones por entre las mesas del personal y, con extraña penetración, descubría, por ejemplo, quien tenía la mano fatigada.

Pedro Jordana descansó la mano abierta sobre la mesa e intentó, durante unos segundos, no pensar en nada. Inmediatamente sintió como un pellizco en el estómago: tenía hambre. A veces no pasaba de esto, pero algunos días, al cabo de unos minutos sentía dos pellizcos. Se dijo que tal vez era mejor pensar en algo. El lugar que, habitualmente, ocupaba Manolín —ante él, al otro lado de la gran mesa— estaba vacío. Es decir, estaba un poco más vacío que de costumbre, porque el pobre Manolín no lo llenaba mucho: era delgado como una caña de río, y sus dieciséis años sólo se le conocían en la altura. Ya que últimamente se dedicaba a crecer. Tanto, que Pedro Jordana temía que el dueño lo notara. Era necesario aconsejar a Manolín una respuesta prudente, por si llegaba el caso: «Es verdad que crezco mucho, señor Joaquín, pero le aseguro que lo hago en casa. Aquí me limito al trabajo, señor Joaquín».

Manolín entró secándose los labios con un pañuelo en forma de pelota. Había salido para beber agua, evidentemente, pero Pedro le preguntó:

—¿Qué hora es?

—Faltan seis minutos y medio, señor Pedro.

Básicamente, la oficina es una sala inmensa de ocho metros de altura, dividida mediante mamparas de dos metros, en diez o doce despachitos. En el centro, se halla un compartimiento mayor, destinado a los oficinistas de poca monta —el equipo de las americanas estrechas y de las mustias corbatas—. Desde el techo, la claraboya deja entrar una luz tan gris que parece hecha de sombras claras, y por eso en cada mesa hay una lamparita que permanece encendida durante toda la tarde. Nunca es posible saber cuándo llueve o cuándo brilla el sol. Sin embargo, la gerencia no ha podido evitar que, cuando hay tormenta, se oiga el ruido de los truenos. La gerencia ha calculado que, al cabo del año, truena unas treinta y ocho veces, y puesto que en cada trueno los empleados alzan la cabeza y tardan seis segundos en volver a bajarla, más dos segundos de readaptación, se pierden cinco minutos y cuatro segundos por hombre.

—Esa americana se te encoge, Manolín —observa Pedro Jordana.

—Sí, señor.

Tal vez su esposa guarda alguna vieja chaqueta. Ahora Manolín es, más o menos, tan alto como él.

Manolín mira las manos inmóviles de Pedro y Pedro mira las manos inmóviles de Manolín. Parece que los ojos del uno les digan a las manos del otro: «Esperad, esperad. Ya casi es la hora de acabar el trabajo».

Y, entre los dedos, los lápices permanecen levantados, envarados, ingobernables.

Finalmente, suena el timbre y, al callar, de todas partes se levanta un excitado rumor de voces —y algún chico que ha tomado impulso sale disparado hacia el vestuario, patinando con las piernas abiertas y los brazos estirados, como un avión.

Pedro Jordana se pasa las manos por los cabellos y sale al corredor. Alsina, el apoderado, le busca. Alsina, el apoderado, es un hombre que viste a medida y que continuamente se palpa los bolsillos de la chaqueta, con una cierta complacencia —y se diría que solamente lo hace para producir un mayor ruido de llaves, el símbolo de su augusta misión.

—Pedro —dice—, el señor Joaquín quiere verle a usted.

Pedro lleva la mano al nudo de la corbata —ese nudo cada día más comprimido, más arrugado, como una pasa seca— y dice:

—¿El señor Joaquín? ¿A mí?

—Sí —confirma el apoderado, y sonrío de aquel modo tan peculiar en él, como si constantemente estuviera repartiendo extraordinarios favores.

Manolín, a quien el apoderado infunde mucho respeto, ahora sale rozando la pared, sin volver la cabeza, y consigue hacerse más delgado que nunca.

Pedro Jordana va siguiendo al señor Alsina, el apoderado, hacia el despacho del señor Joaquín. Pedro Jordana lleva veinte años trabajando en la empresa —ahora tiene treinta y cinco— y no se le ocurrirá preguntarle al apoderado qué es lo que desea el señor Joaquín. Cuando un empleado es llamado por el dueño, se ve con buenos ojos que, desde el primer momento, se sumerja en un respetuoso silencio y prepare su espíritu.

Pedro Jordana camina con los ojos fijos en los zapatos del señor Alsina, el apoderado, que chirrían con la petulancia del calzado nuevo. Es un «ñic-ñic» que casi le hipnotiza, y ahora le gustaría hallarse lejos de donde se encuentra y tumbarse en un bosquecillo perfumado, masticar una brizna de hierba y escuchar los grillos...

—Un momento —dice el apoderado.

Y llama a la puerta. Espera un segundo, la empuja levemente. Penetra en el despacho y, procurando volar silenciosamente, se acerca a la mesa del señor Joaquín. Por la timidez con que avanza se diría que, para humillarse como es debido y reconocer su total subordinación e insignificancia, se esfuerza en caminar hacia adelante con los mismos movimientos con que caminaría hacia atrás.

Y deja pasar diez minutos, que el señor Joaquín le mire, para decir:

—Pedro Jordana espera sus instrucciones, señor Joaquín.

—Que pase.

El apoderado retrocede seis pasos —ahora consigue producir la impresión de que camina de rodillas— y le abre la puerta a Pedro Jordana, auxiliar de oficina de primera.

La cosa ya dura tres minutos y medio.

Los primeros quince segundos fueron los peores. Pedro esperaba que el señor Joaquín le interpelase de un momento a otro.

Al cabo de un minuto, el pulso se le ha normalizado.

Y ya van tres. Ahora le parece que precisamente se trata de eso; de que el señor Joaquín nunca más levantará la cabeza, ni le mirará, ni le dirá nada. El dueño, a veces, debe de encontrarse solo —únicamente hay un dueño— y sin duda le gusta que le hagan compañía. «Yo sé hacer compañía. Lástima que a los cinco minutos de estar de pie siempre me coge el temblorcillo». Es un temblorcillo finísimo en la pierna izquierda, bajo la rodilla.

El señor Alsina, el apoderado, se halla entre el dueño y el empleado. La mitad de la cara que ofrece al dueño mantiene una rigurosa, estirada inmovilidad. La mitad que ofrece a Pedro Jordana se redondea con benévolo afecto, como diciendo: «Ahora, ahora tendrá usted la oportunidad de escuchar las palabras del señor Joaquín».

El señor Joaquín aparta hacia su derecha el papel que estuvo estudiando, delicadamente deja sobre la hoja el lápiz de plata de cuatro colores, une las manos y pronuncia la primera palabra:

—Jordana.

Sencillamente.

Todavía no ha levantado el rostro, ni los ojos. Pedro Jordana reconoce el sonido seco de la voz, y la oscura línea de las cejas, y la implacable frialdad de la boca, y la humillante ausencia de la mirada. Piensa, con espantosa precisión: «Este hombre es una bestia».

—Jordana —repite el dueño.

—Mande, señor Joaquín.

Vuelve a considerar la sequedad de la voz, la dureza de las cejas, la frialdad de la boca, y corrige su pensamiento: «El señor Joaquín se halla ocupado en importantísimos problemas, el señor Joaquín no quiere ofender a sus inferiores con una cordialidad engañosa, el señor Joaquín tal vez planea una mejora para sus empleados».

—Jordana —dice—, usted sabe que tenemos representantes en Zaragoza y en Bilbao. He decidido —«ha decidido, ha decidido una cosa, y ahora me dirá lo que ha decidido», se percata Pedro, impregnado de felicidad— he decidido marchar pasado mañana, jueves, para hacer una rápida inspección.

Levanta, por fin, los ojos. «No, no es necesario que se moleste», está a punto de decirle, ahora, Pedro Jordana. Pero ha levantado los ojos, y es para decir:

—Usted me acompañará.

Con las puntas de dos dedos de la mano izquierda coge una cartulina que tenía separada, y comenta, mirándola distraídamente:

—Usted posee carnet de conductor de primera.

—Sí, señor Joaquín.

¡Ah, las maravillosas, las utilísimas, las incomparables fichas!

La vida de esta cartulina es curiosa. Conoció sus primeras inscripciones en el año 1935: «JORDANA FIGUERES, PEDRO». *Domicilio: Príncipe de Viana, 5.º, 1.º 1.ª* Nacido el 18-V-20. *Enfermedades: sarampión, gástrica. Vacunado: contra las viruelas y la difteria. Estudios: comercio, en la Academia Cots. Francés elemental.* Vanidad comprensible del jovencito Jordana, la de proclamar eso del francés. Seguía: *Estado: soltero*, y habían creído decente trazar una rayita horizontal en donde ponía *Hijos*. Y donde ponía *Categoría profesional: meritorio*.

En el año 1936, se anotó en la ficha, con tinta roja: *adicto*.

En el año 1939, se tachó el *adicto* rojo y se hizo constar, con tinta azul: *adicto*.

En el año 1941, una nueva inscripción: *propuesto para auxiliar de segunda*.

En el año 1942, dos inscripciones: *tifus y puntual en el trabajo*.

En el año 1943: *auxiliar de segunda*.

Cuatro años sin anotación alguna.

En 1947: *Casado con María Castelló Andújar*.

En 1948: *Firma «vales» a cuenta del sueldo*.

En 1949: sobre la rayita horizontal de *Hijos* se inscribe: *uno*.

Y en la cuadrícula del año: *Firma «vales»*.

En 1950, tres inscripciones: *apendicitis operada, ascendido a auxiliar de primera y Firma «vales»*.

En 1951, dos: *Carnet de conducir y Firma «vales»*.

En 1952, sólo una: *Firma «vales»*.

En 1953, la anotación «*Firma vales*» se indica «*F. v.*». En Caja encuentran que es muy pesado anotar en todas las fichas.

El año 1954 revela: *Pide hacer horas extraordinarias y F. v.*

1955 aún no ofrece inscripciones...

Luego el señor Joaquín coge el lápiz de plata de cuatro colores, que había abandonado sobre la mesa, y anota, en la inmaculada columna de 1955: *F. v.*

—Jordana —dice—, usted, además de poseer carnet, ¿es capaz hoy, en la práctica, de conducir un automóvil?

—Sí, señor Joaquín.

—¿Tiene costumbre de conducir?

Pedro no vacila.

—Sí, señor Joaquín. En los días de fiesta hago transportes para una fábrica de Pueblo Nuevo...

Y en seguida lamenta haberlo dicho, porque parece que acusa al señor Joaquín de pagarle un sueldo insuficiente y que, por lo tanto, le es necesario trabajar los domingos. Se puede decir que trabaja por gusto, no por dinero, porque, en realidad, conducir el camión sólo le reporta ocho duros cada mañana...

—El viaje durará diez o doce días, Jordana. Llévase lo que necesite, naturalmente, pero procure que todo quepa en una maleta pequeña, en un maletín. Recuérdelo: pasado mañana, jueves, por la mañana...

Pedro Jordana inicia la retirada. Antes de que se aleje demasiado, el señor Joaquín, desde su mesa, le apunta insistentemente con su lápiz de plata de cuatro colores —gesto que constituye una especie de prueba de confianza— y dice:

—Esta tarde, al acabar el trabajo, pase por mi casa y el chófer le ayudará a familiarizarse con el *Stromberg*. Conducirá usted durante todo el viaje, porque el chófer se queda aquí con el *Fiat* de la señora.

Baja el lápiz, súbitamente.

Como la enérgica batuta que impone silencio a la orquesta...

Detrás de Pedro Jordana sale Alsina, el apoderado, y a medida que va alejándose del señor Joaquín, es decir: a medida que va independizándose, el apoderado ensancha su sonrisa condescendiente.

En medio de la desierta oficina, coge el brazo de Pedro Jordana y murmura, jugando a la complicidad:

—¡Muy bien, Jordana! Yo me creo en el deber de insinuar de vez en cuando algún nombre a la Dirección... Ellos se hallan tan por encima que... Pero no *me* haga quedar mal.

La tarde es clara y tibia. La luz que penetra por la claraboya, baja llena de sol. Pero del mismo modo que a veces la sangre se retira del rostro de los hombres, así se retira el sol de la luz al atravesar los vidrios, y por encima de las mesas y de las máquinas, las papeleras y los calendarios, y las cabezas de dos hombres minúsculos, la luz se detiene gris, tristísima, asustada.

II

En esta casa vamos a perder la vista.

Es una de las habituales profecías de Pedro Jordana. Otra de sus habituales profecías es: «Si no le mandamos a un buen colegio, el niño será un asno toda su vida».

Ahora está buscando una corbata en el armario del dormitorio.

—La vamos a perder, María, la vamos a perder. No me explico cómo no la has perdido ya.

María dobla varias veces una camisa, para colocarla en la maleta.

—Hoy el día es muy gris, Pedro.

—Ni que fuera un día colorado. Quieres decirme tú por dónde ha de entrar la luz...

La ventanita es pequeña y da a un exiguo patio, que parece una inmensa papelera. El hierro de los barrotes se ha oxidado. Las paredes, roídas por una extraña viruela húmeda.

—Enciende la luz, ¿quieres?

María enciende la luz. Es la mejor habitación de la casa. Tiene su cama *chippendale* —un día, el niño arrancó un pedazo de la chapa de madera, en la parte de los pies de la cama, y por la noche Pedro soñó que en aquel sitio se descubrían las letras... *entós Codorniu*. Y tiene su armario y el tocador, y dos sillas, y una lámpara de cristales y una Purísima de yeso, y una fotografía enmarcada: un muchacho con una flor en el ojal y una muchacha con un ramo en la mano. La fotografía se hizo un domingo y detrás de los novios, modestamente vestidos, aparecieron retratados unos elegantísimos señores que iban a oír la misa de las doce.

La habitación queda, pues, ocupadísima. Para poder abrir el armario han de sentarse en la cama, y cada noche, al meterse en cama, Pedro se golpea el tobillo con la arista del armario; a eso atribuye él este temblorcillo que, al cabo de ocho años, le ha dado en la rodilla.

Ha encontrado la corbata.

—Toma, pónla en la maleta.

Hubiera jurado que estaba más nueva, pues hacía mucho tiempo que no la llevaba.

María apaga la luz. En realidad, no se nota mucho. Antes, tenían lámparas de 40 vatios, pero María consideró que era necesario ahorrar y las sustituyó por otras de 15. Marido y mujer mantuvieron, entonces, este diálogo: «¿Y qué te han costado las de 15?» «Veintiuna pesetas con cincuenta». «¿Y a eso le llamas ahorrar?» «Pero si he vendido las de 40». «¿Y qué te dieron por ellas?» «Nueve pesetas. Yo pedía diez y ellos querían darme ocho». «Hemos perdido doce pesetas». «Pero ahora gastaremos menos y pronto las habremos recuperado». Al llegar a este punto, Pedro calló, se pasó

la mano por la mejilla y decidió que era absurdo discutir lo que ya estaba hecho.

—¿Cuántas camisas has puesto, María?

—No puedo poner más de las que tienes, ¿no te parece?

Para estas cosas, Pedro es un poco distraído —como todos los hombres, supone él. María, en cambio, nunca piensa en «camisas» en general, sino concretamente en la gris, la más nueva, la de Reyes; la beige con rayitas oscuras, a la que ya cambió el cuello y que tiene un gran zurcido en el lado derecho, cerca del segundo botón, y en la blanca, la de los puños raídos.

Mientras Pedro se abrocha los zapatos, el niño entra en el dormitorio. Tiene seis años, el labio inferior un poco doblado hacia fuera y hacia abajo, como un balconcito, y camina dirigiendo un poco hacia adentro las puntas de los pies. Y unos ojos lúcidos, sensibles.

—No te olvides de desayunar —le recomienda la madre.

El niño muestra un paquete que le marca un bulto en los pantalones.

—Anda, dale un beso a papá y vete, no vayas a llegar tarde.

Pedro, cuando se le acerca su hijo, adelanta los brazos y lo levanta hasta el nivel del pecho. Le besa en la frente y piensa que pasarán ocho o diez días antes de volver a sentir en sus mejillas los cabellos del pequeño. Sería bueno que estos ocho o diez días con el señor Joaquín tuviesen alguna utilidad o produjesen alguna consecuencia como, por ejemplo, un aumento de sueldo, la posibilidad de otro chiquillo como éste, que también le pusiera sus ásperos cabellos sobre la mejilla.

—Anda, pórtate bien.

Mientras el padre le sostiene en el aire, el niño mira de refilón la maleta que se encuentra sobre la cama. La mira con profunda curiosidad, y con un inconsciente orgullo que después, en el colegio, le llevará a explicar que su padre ha salido de viaje, uno de esos viajes importantes que necesitan maleta.

—Cuando yo vuelva, tu madre me dirá cómo te has portado.

Le deja en el suelo, le da un golpecito en el cogote, con un afecto un poco brusco:

—Anda, no llegues tarde.

Desde la ventana, María le vé cruzar la calle y entrar en la Escuela Nacional. Una y otra vez, Pedro se pasa el peine por el cabello, y dice:

—Si no le mandamos a un buen colegio, el niño será un asno toda su vida.

Porque no es menester darle nombre a aquel pequeño Pedro Jordana, es «el niño». El único niño posible, tal como van las cosas, en aquel piso de la calle del Príncipe de Viana que tiene lámparas de quince vatios y una cama *chippendale*.

A las nueve de la mañana, el sol casi no calienta el aire. La torre de Joaquín Civit, en las alturas de Pedralbes, entre el cielo y la tierra, entre la ciudad y el campo, parece cubierta de una finísima lámina de oro o envuelta en seda. La verja, los árboles frutales del camino, el porche, el tejado, todo tiene ahora un color parecido, las delicadas tonalidades que van del amarillo al rosa.

En alguna parte, ladra un perro. Son muchos ladridos alegres, seguramente alguien le lleva un humeante plato de patatas o bien un hueso, o el dueño, al salir para el trabajo, le ha acariciado un poco la cabeza.

Joaquín Civit oye al perro desde su torre y cierra la ventana. Se encuentra en el despacho de la planta baja, en su mesa. Va afeitado y en sus mejillas hay un tenue color rosado, como si a pesar de estar situado de espaldas al día, la luz naciente también quisiera ponerle un poco de alegría en la piel.

El despacho es una habitación grande, con una voluminosa lámpara de bronce y unas cortinas de color rojo oscuro. Encima de la mesa hay un cristal negro, y sobre el cristal un tintero, un secante, un pequeño archivador y una carpeta de piel. Y ahora una cartera de mano, en la que Joaquín Civit coloca los papeles.

Cuando acaba de colocarlos, cierra la cartera y mira hacia adelante, en dirección a la librería del fondo. Es una librería pequeña, en comparación con el despacho. Contiene cuarenta o cincuenta volúmenes encuadernados en piel verdosa, herencia de un tío que tenía la manía de leer. Ocupan tres anaqueles. En el anaquel inferior, la «*Historia de la Civilización*», doce volúmenes, y un diccionario enciclopédico, nueve volúmenes, que Joaquín Civit compró por su propia y deliberada decisión, cuando se instaló en la torre. De todos modos, no se había arrepentido de la compra, porque se trataba de libros que siempre tendrían un valor.

Miraba los libros y no los veía. Pensaba en el negocio, en si olvidaba alguna recomendación de última hora. Si Alsina, el apoderado, sabría resolverlo todo.

Alguien llama a la puerta y la abre. Lentamente pero con energía. Joaquín Civit ve a su esposa en el umbral. Ella dice:

—Tienes la maleta preparada.

—¿Lo has puesto todo?

Es una pregunta absurda, porque si no tiene idea de lo que ha de meter en la maleta, nada puede recordar a su mujer.

—También tienes preparado el desayuno.

Joaquín Civit coge la cartera, se levanta y se va al comedor. Su mujer le deja salir del despacho —volviendo la cabeza, dándole siempre la cara como los soldados al pasar un general. Sale tras él y cierra la puerta.

Remedios —cofia blanca—, que se mueve con cierta vaguedad, como envuelta aún en un poco de la niebla de su Asturias, ha dejado en el sitio habitual del señor la taza de leche y los cuatro bizcochos, el platito con la mermelada y el medio panecillo tostado.

Joaquín Civit desdobra la servilleta y...

—¿Ha llegado Jordana? —pregunta.

—Sí. A las nueve menos cuarto.

Su mujer le sigue siempre a una distancia mágica: ni tan lejos como para dejar de estar con él, ni tan cerca como para que se pueda decir que está con él. Para poder estar y no estar al mismo tiempo, según y cómo y cuándo.

De los cuatro bizcochos, normalmente Joaquín Civit se come tres, pero exige la presencia de cuatro, por lo que pudiera ocurrir. Sólo prueba un poco de confitura, y eso por prescripción facultativa: es laxante y Joaquín Civit es un hombre que padece un poco de estreñimiento.

—¿Qué es eso, Luisa?

A su esposa le coge un calambre, se le mete el miedo en el cuerpo. Cada vez que él dice «¿qué es eso?», es que hay algo que no va bien y ella es la culpable. Joaquín Civit posee una rápida y penetrante mirada para las cosas que no marchan bien.

Durante los primeros días de su matrimonio, ella contestaba siempre: «¿Qué?» Ahora sabe que existe una salida mejor: buscar inmediatamente el detalle defectuoso, corregirlo y callar.

Por ello recoge el paquete del desayuno que el niño, Joaquín María, ha olvidado sobre una butaca al marcharse al colegio.

—¿Ha vuelto a dejarse el desayuno? —pregunta Joaquín Civit, poniéndose sobre la lengua medio bizcocho humedecido en leche—. ¿De quién es, de Joaquín María?

Sí. Joaquín María, el mayor, desde que se resfrió ha perdido el apetito. Aunque nunca ha tenido mucho. Eduardo María, que cursa segundo de bachillerato, come más. Luis María, que ha comenzado los estudios de comercio, tiene la costumbre de lamerse los dedos, igual que un chiquillo de la calle. Los tres se van todas las mañanas, a las ocho menos cuarto, cuando pasa a recogerlos el autocar del Colegio. Las niñas se van más tarde, a las nueve menos cuarto. María de los Ángeles, llorando. María de los Reyes, riéndose.

—¿Qué tiempo hace, Luisa? —pregunta Joaquín Civit.

—Buen día.

Bien, piensa él, a ver cómo responderá el coche y cómo responderá Jordana. Parece un chico juicioso. Lástima que haya adquirido la costumbre de firmar *vales* a cuenta del sueldo. Pero eso no sólo es cosa suya; los obreros de hoy no son como los de antes.

—¿Dónde comerás, Joaquín?

—En Zaragoza. Te pondré un telegrama. Estáte tranquila.

Bebe el resto de la leche que quedaba en la taza, se seca los labios con la servilleta —una, dos, tres, cuatro veces, con una insistencia y energía desproporcionadas a lo que ha comido— y, al levantarse, con voz ligeramente más baja dice:

—En la caja de arriba —quiere decir la de su despacho—, te he dejado cinco mil pesetas, para que tengas a mano algún dinero.

Esta situación se ha producido seis o siete veces en su vida de casados, y su mujer jamás ha tocado ni cinco céntimos. Queda bien entendido que cuando él regrese ha de encontrar el dinero intacto, y que si le anuncia la existencia de las cinco mil pesetas es para que las retire si se incendiara la casa.

Pedro Jordana está sentado en el hall de la torre, desde hace media hora, y no se atreve a encender un *ideal*. Le parece que el señor Joaquín no fuma: encuentra excesivo producir humo en la casa del señor Joaquín.

Ante él, en la pared, hay una copia de un cuadro muy famoso, pero cuyo título no recuerda. Aquellos dos hombres de época que van a abrazarse y a darse una llave... Siempre que vé una cosa histórica en la que aparece una llave, Pedro Jordana piensa, sin saber por qué, en Guzmán «el bueno».

No se atreve a fumar y tampoco se atreve a levantarse, para no parecer impaciente. Sigue mirando todos los objetos del recibidor —la extraña arquita de hierro, los platos de las paredes con raras inscripciones, las dos figuras que se abrazan, azules y rosadas, de aspecto frágil, una lámpara de pie que es como una especie de ángel dorado— y piensa que si toda la casa está tan llena de cosas antiguas, que son las que tienen valor, aquello es un museo, y que debe procurar no moverse de cualquier manera para no romper nada, y que fíjate, sin embargo, que cuando se trata de las cosas prácticas, el señor Joaquín, que tendría que viajar en diligencia, prefiere comprarse un *Stromberg*. Y él, ya lo creo, habría preferido acompañarle en una diligencia, porque así tardaría más en regresar al despacho y en ver al señor Alsina, el apoderado, y a Manolín, que ahora crece tanto y está tan delgado...

—Buenos días, Jordana.

—¡Buenos días, señor Joaquín!

Joaquín Civit se despidió de su mujer, antes de salir al hall. Ella ya sabe que no ha de acompañarle más, que Joaquín, desde aquel momento, pertenece a otro mundo, y la autoridad que Joaquín Civit posee en ese otro mundo podría perderse a causa de un beso inoportuno.

III

A sí que hubo apretado el acelerador —con suavidad, para que el señor Joaquín no diera un salto sobre el asiento— se dijo que, en realidad, sólo tenía una obligación: conducir tan bien como pudiera. Es una idea que le ha obsesionado durante dos días.

Al levantarse, vivió el momento de mayor inquietud. Desde el día de su boda no había experimentado una sensación como ésta. Entonces, como ahora, temió precipitarse a un inmediato desastre. Cuando a las doce del mediodía, ya todo acabado, se quedó solo con María en el taxi, pasó la angustia y descubrió que seguía viviendo y que, enfocando bien la cosa, lo que le aguardaba era más bien agradable.

Sentía que sus nervios —o algo parecido a los nervios— estaban electrizados, pero al apretar el acelerador y manejar el volante, lenta y firmemente, en la primera esquina, de pronto relajó su tensión y descubrió que se trataba de realizar un trabajo que le era muy fácil.

—¿Qué hora tiene, Jordana?

Alargó un poco más el brazo sobre el volante, y apareció el reloj.

—Las nueve y treinta y cinco minutos.

—Yo tengo las nueve treinta y ocho. Tal vez será conveniente que los pongamos en punto.

Aprovechando la recta, Jordana hace avanzar tres minutos su aguja. No duda de que su reloj es el que debe ajustarse a la hora del reloj del señor Joaquín.

El brazo delgado y huesudo queda tendido sobre el volante. Nunca le ha gustado mirarse los brazos, que tienen una piel triste, grisácea. Ahora lleva chaqueta, y los puños de la camisa están limpios, y su piel no es tan triste quizá como por las mañanas, cuando se lava en el lavadero de la galería y los huesos se transparentan en los hombros y vuelve a ponerse la camiseta que colgó detrás de la puerta.

Sin desatender al tránsito del paseo, por el rabillo del ojo mira, a su derecha, las manos del señor Joaquín, que descansan sobre sus rodillas. Son unas manos finas, redondeadas, sin vello, y sin saber por qué imagina que, como dos *brioques*, podrían mojarse en un vaso de leche.

El coche está en buen estado. Sin duda no deben emplearlo mucho, ha corrido pocos kilómetros.

Oye cómo el señor Joaquín —que ha movido las manos hacia el vientre— suspira y se da cuenta de que jamás estuvo tan cerca de él, y mucho menos durante tanto tiempo seguido. Días enteros al lado del dueño. En principio, no le parece mal. En primer lugar, ocho o diez días sin encerrarse en el despacho, ocho o diez días viendo de verdad el sol o la lluvia, no la sombra del sol o la sombra de la lluvia en el vidrio gris de la claraboya. Comer en un restaurante, y ver ciudades y tomar vermouths... y no, no es esto lo que más le alegra, sino lo del sol y de la lluvia, que no cuestan

ningún dinero pero que él no ha podido tener durante muchos años. Ahora quisiera preguntarle al señor Joaquín cuántos días, concretamente, tiene de vida: ocho, nueve, diez, once o doce. O tal vez es mejor no saberlo, y abrir los ojos.

—Hace buen día —dice, pensando en alta voz. Inmediatamente duplica la atención en el tramo de carretera que tiene ante sí.

—Muy bueno...

Las manos del señor Joaquín tamborilean, un instante, en sus rodillas.

—Ahora saldremos a la carretera, ¿verdad?

—Sí, señor.

—No pase de los ochenta. No tenemos prisa.

La leche hace blup-blup en el estómago del señor Joaquín. Estaba demasiado caliente.

Empieza a creer que Pedro Jordana dará buen resultado. Parece tener el don de no molestar. No habla innecesariamente y, bien mirado, tiene razón al decir que hace un buen día. Hacia la derecha, se ven unas nubes alargadas, pero ahora el coche toma una curva y las nubes se deslizan hacia atrás y desaparecen de la ventanilla. Un buen presagio.

El blup-blup de la leche le recuerda que, después de todo, jamás los viajes le sentaron bien. Mauricio, su socio, habría realizado esta gira con mayor gusto que él, pero la enfermedad de su padre había sido muy poco oportuna. No pensemos en enfermedades, se dijo. Llevó su mano al bolsillo y sacó la cajita de plata que su esposa le regaló, hace cinco o seis años, en el día de su santo. Decían que esas pastillas evitan el mareo. Pensó ofrecer una a Jordana, pero no se decidió. Por una parte, era prudente que no se mareara mientras conducía, pero si padecía de mareo sin duda también habría pensado en llevar sus pastillas. Comprendió que entre los dos seguía habiendo la mesa de su despacho y cerró la cajita —un pequeño «clec», el «clec» casi distinguido que hacen las cosas de plata.

Pedro Jordana hubiera querido saber qué diablo se había llevado a la boca el señor Joaquín. Primero imaginó que iba a fumar, pero sin verlo sabía que no tenía un cigarrillo en los labios. Un caramelo, probablemente. Había oído decir que la gente rica tiene tendencia al azúcar, a las cosas dulces. Tal vez por eso las manos se les vuelven rosadas y pegajosas.

Le pareció que jamás había pensado esas tonterías. De hecho, hasta ahora no había tenido tiempo para pensar.

Se instaló un poco más cómodamente en el asiento. Miró. El verde de los árboles es francamente verde, más verde que el de los plátanos de la Ronda. O lo parece. Por la carretera se acerca una pareja —él con una mano sobre el hombro de ella— se acerca, se acerca... ya ha quedado atrás. Sólo vio el pelo claro de la muchacha y que él llevaba una bicicleta con la otra mano. Parecían poseídos por una calma absoluta. Se diría que no tenían intención alguna de llegar jamás a ninguna parte; y juraría que uno de los dos, estaba sonriendo. Y, sin duda alguna, todo eso pasa cada día, mientras

él permanece como muerto en el despacho. Como muerto. Como muerto. Es exactamente eso.

Baja el cristal y reposa el codo en la ventanilla. Un aire fresco le pasa por el codo; parece que le penetre piel adentro y que le suba por el hueso del brazo. Se le derrama por todo el cuerpo, como un anís, como una alegría nueva. Si el alma existe, ahora la tiene en aquel extremo del codo.

Debido a que Jordana bajó el cristal, al pasar cerca de una masía el señor Joaquín percibe un terrible hedor de estiércol, y se le coloca en el estómago algo como un coágulo caliente. «Esa gente —pensando en Jordana— no se marea nunca, carece de toda sensibilidad. Pero el mundo es así, sería absurdo querer cambiarlo».

El chiquillo —debía de tener seis o siete años— salió disparado de una esquina y se precipitó bajo las ruedas del coche. Así, a primera vista, era absurdo, incomprendible. Parecía que las ruedas del coche fuesen un imán, o el ojo brillante de un cazador hipnótico, y que la criatura se entregase a ello como un pobre pájaro indefenso.

El oportunísimo golpe de volante de Pedro Jordana fue terrible, y entre el coche y el chiquillo quedó una delgadísima capa de aire que lo salvó y, a la vez, le sofocó igual que un bofetón.

—¡C... de chiquillos! —bramó Pedro Jordana, y acercando el coche a la acera frenó y asomó la cabeza por la ventanilla.

El chiquillo seguía inmóvil en medio de la calle, con ojos endiablados, y ahora aparecían corriendo, por la esquina, otros cuatro mozalbetes, con una piedra en cada mano. Al ver al perseguido, solo y a pecho descubierto, le apedrean con entusiasmo y en medio de un griterío animal. El combatiente solitario se siente tocado y se refugia detrás de un árbol. La mejilla se le colorea bellamente de sangre. Encuentra sus piedras en los bolsillos y tensa el brazo con el corazón saltándole de gozo.

Pedro pone el coche en marcha, y en sus ojos y en sus labios se adivina una profunda irritación.

—¿Qué ha pasado, Jordana? —pregunta el señor Joaquín, que no ha vuelto la cabeza.

—Nada. Niños que juegan.

Y ahora en su voz hay una gran piedad y también un terrible miedo. Y se propone atravesar los pueblos a veinte kilómetros por hora, tal como indican los carteles.

Sí, niños que juegan. Y los mayores que juegan también. Cada uno tiene su juego.

«Este leve nerviosismo me pasaría fumando». Se trajo consigo ocho paquetes de *ideales*. Seis en el maletín y dos en el bolsillo de la americana. Puede conducir y fumar al mismo tiempo; eso no le molesta en absoluto. Los domingos, cuando efectúa los transportes con el camión, se traga casi todo un paquete. E, incluso cuando no fuma, deja la colilla entre los labios y el olor a tabaco quemado y el tocar con la

lengua el papel le da una profunda confianza.

Pero el señor Joaquín aún no ha fumado desde que han salido de Barcelona. Entonces recuerda que jamás ha visto fumar al señor Joaquín.

Le mira de soslayo. Parece un poco adormecido, la cabeza le cae hacia adelante. «Seguro que no fuma». Inmediatamente experimenta un irresistible deseo de fumar. Tiene la boca seca, y coge el volante con los brazos rígidos. La expresión del señor Joaquín es plácida. Tiene los ojos cerrados y mueve los labios como si estuviera soñando o pensando.

Lentamente, Pedro mete su mano izquierda en el bolsillo, abre el paquete, con tres dedos hunde los extremos de los cigarrillos y con los otros dos intenta estirar el cigarrillo de la punta. «¡Imbécil! O te abstienes de fumar, o tranquilamente te lo llevas a la boca y lo enciendes». Pero es como si eso lo pensara otro. Por fin, retira la mano del bolsillo e introduce el cigarrillo entre los labios.

Mientras busca fuego, piensa que ni tan siquiera en el despacho han llegado a prohibir que los empleados fumen. Sin embargo —y le consta que eso lo experimenta todo el mundo—, él no se atreve a terminar de liar o de encender el cigarrillo cuando el dueño pasa cerca de su mesa. Como si...

—¿Hemos entrado ya en la provincia de Lérida, Jordana?...

Rápidamente, recuerda el último pueblo.

—No, señor.

Ahora, el señor Joaquín se pasa la mano por la mejilla, reflexivamente, y cambia la posición de las piernas.

Pedro Jordana está profundamente indignado consigo mismo. El cigarrillo amarillo le cuelga de la boca, sin encender, de un modo que le parece estúpido. Y se indigna por el hecho de que le parezca estúpido, por el hecho de que no se haya decidido aún a hacer otra cosa tan sencilla como ponerse a fumar.

Y ahora el señor Joaquín le mira. Siente que le está observando. «¡Vaya!» Siempre que algo le pone nervioso, la boca empieza a llenársele de saliva. Y a más saliva, más dificultad en tragársela. El dentista se vé obligado a introducirle un aparato para eliminársela.

El papel del cigarrillo se le ha humedecido, y sobre la lengua siente los trocitos de tabaco.

—Pare.

—Perdón. ¿Cómo dice?...

—Que pare.

Se acerca a la cuneta y frena.

—Deme la cartera, Jordana.

Pedro se apea y abre la puerta posterior. La cartera negra, de cierres brillantes, se encuentra sobre el asiento. La coge con las dos manos. Cierra la puerta de atrás, abre ahora la de delante y deposita la cartera en los brazos del señor Joaquín.

Permanece un instante de pie en medio de la carretera, a pleno sol. Hay una paz

prodigiosa que descubre fuera del coche. Alguna extraña y poderosa fuerza le sube de la tierra por las piernas, aspira profundamente y entonces, con movimiento fácil, seguro, sin darse cuenta enciende un fósforo y prende el cigarrillo.

Con la mirada sigue la primera, densa, refrescante bocanada de humo, y piensa que sería hermoso seguir a pie el viaje.

Sube al coche y desfrena.

«Un domingo diré que se busquen a otro para conducir el camión. ¡Ocho duros de m...! Un domingo cogeré a la mujer y al chiquillo y saldremos al campo».

—Jordana.

—Dígame.

—¿Quiere cerrar la ventanilla? Si no, estos papeles volarán.

Sería fatal. Si alguno de esos papeles llenos de cifras consiguiera huir por la ventanilla, desplegaría las alas, emitiría un gran chillido y no regresaría jamás. Porque el cielo está lleno de pájaros.

Era una libretita negra. La indicación «*Zaragoza*» encabezaba la primera página con mayúsculas góticas. (Ribas, de Contabilidad, que tiene muy buena letra, se vio distinguido con el encargo de preparar la libreta para el señor Joaquín). Debajo de «*Zaragoza*», en columna, se alineaban perfectamente tres nombres y tres direcciones. Los nombres lucían tinta encarnada: «*Rodrigo Marín, Alfonso I, 14. Francisco Loscertales. Calle del Coso, 9. José M. Pérez, Alfonso I, 17*».

El señor Joaquín busca en la cartera tres hojas mecanografiadas correspondientes a los tres nombres. Son los informes que le ha proporcionado el Jefe de Ventas. Los repasa pero no puede evitar la sensación de estar perdiendo el tiempo. Se los sabe de memoria, y lo único que hay que hacer es visitar a esa gente.

—¿Cuántos kilómetros todavía, Jordana?

—Unos ciento noventa, señor Joaquín.

Devuelve los papeles a la cartera, la cierra, la reclina sobre las rodillas. Antes de abandonarse un poco a la somnolencia, ya con la cabeza inclinada, pregunta:

—¿Sigue bueno el tiempo, Jordana?

—Yo diría que sí, señor Joaquín.

No quiere comprometerse demasiado. No fuera a ocurrir que el señor Joaquín decidiera mirar por la ventanilla, y resultar que para él un buen tiempo es otra cosa.

Cuando se divisa la alta silueta de la Catedral de Lérida —que al sol tibio parecía hecha de tierra y de oro al mismo tiempo: el espesor de adobe de toda la llanura leridana y encima una tenue pincelada de oro— el sol calienta los cristales del coche y el señor Joaquín se despierta, se toca la mejilla.

—Tendremos que detenernos aquí, ¿verdad?

Temió que no se detendrían nunca. Pedro respira profundamente: está cansado. El silencio le ha vencido.

Los domingos es muy distinto. Arnau pasa una época difícil y constantemente habla de dinero. A veces la cabina del camión parece la tribuna de un mitin, y Arnau habla mirando siempre hacia adelante, moviendo los brazos como si intentase convencer a los peatones o por lo menos hacerse oír por los que atraviesan la calle. Y quizás también él —Pedro ahora se da cuenta—, quizás también él empieza a charlar, y desde que el niño va al colegio no tiene otra cosa en la mente y en los labios. Arnau no le hace mucho caso, después de todo, quizás porque tiene cuatro hijos, pero es evidente que el hecho de poder hablar le descansa, le tranquiliza.

Las primeras casas de Lérica.

El silencio ya no es tan opresivo, porque así que se adentran por la ciudad crece el ruido, el ruido formado por todos los pequeños ruidos de una ciudad.

—¿En dónde nos detenemos, señor Joaquín?

Atraviesan una plaza, no muy grande, con tres árboles en medio, dos bancos, una fuente de aspecto abandonado.

—Aquí mismo.

—¿Aquí? —Lanza una rápida ojeada a la plaza. No puede hacer más que acercar el coche a la acera.

Se detienen. Todavía no retira las manos del volante. Espera.

El señor Joaquín lanza un gran suspiro.

—Bueno —dice.

Hay que apearse aquí, es evidente. Pedro sale del coche y se apresura a abrir la puerta del señor Joaquín. La plaza es desalentadora. Sin embargo, en la esquina hay una especie de café.

El señor Joaquín se dirige hacia uno de los bancos, saca el pañuelo y con cierta angustia limpia el polvo de la piedra, pero a la vez intentando que el pañuelo recoja la menor cantidad de polvo posible.

Se sienta y le dice a Pedro, que permanece de pie:

—¿Quiere usted tomar algo?

Pedro dirige una rápida mirada al café de la esquina. Intenta decir: «No, no es necesario», pero tiene la lengua pegada al paladar. La garganta le duele. Entonces lleva a cabo un esfuerzo —parece que la garganta se le esté partiendo— y proclama:

—Sí, voy un momento a tomar un café.

El señor Joaquín, sentado en el banco, desdobra el pañuelo y se sumerge en la tarea de limpiar los lentes. Los cristales se encuentran llenos de polvo, pequeños puntos, casi invisibles, que a un centímetro del ojo parecían gigantes. La experiencia le dice que cuando un hombre viaja no es prudente abrir las ventanillas, si no quiere quedar sucio como un payés.

Pasa varias veces el pañuelo por los cristales, y en su ceguera, en su indefensión temporal, levanta un poco la cabeza, como si su madre pudiese ahora —igual que cuarenta años atrás— besarle... Una muchacha que atraviesa la plaza le mira y siente

una inmediata piedad por aquel buen hombre. Si no fuera porque va bien vestido — inesperadamente bien vestido— se detendría a preguntarle si desea algo...

El mendigo se acerca, y ya se encontraba delante de él cuando el señor Joaquín vuelve a colocar los lentes en su lugar y le descubre.

—No tengo trabajo, señor.

Le molesta extraordinariamente no haberle visto llegar. Ahora lo tiene encima, inquietante —con la mirada brillante de odio, de fiebre o de hambre, o tal vez de viva esperanza.

Nerviosamente busca en sus bolsillos y los dedos se le enredan entre las llaves, la cajita de plata, y ahora las monedas; diez, veinte, treinta céntimos.

Veinte o treinta céntimos más quedan en el fondo del bolsillo, previsoramente, porque todos los caminos de España, piensa, se hallan infestados de pobres. Habría que llevar un saco de calderilla.

El mendigo inclina ligeramente la cabeza y se aleja sin decir palabra.

Sus ojos siguen brillando de odio, de fiebre o de hambre.

«Ese Jordana es un buen chófer», piensa el señor Joaquín. «No posee la distinción de Marcelo, pero es un buen chófer». Marcelo, que a esta misma hora se habrá presentado en la «torre» de Pedralbes por si la señora necesita el «*Fiat*» es realmente otra cosa. Viste de azul oscuro, usa cuello duro y corbata negra de nudo pequeño, pero lo que de verdad le define como un chófer de excelente calidad es la inexpresividad de su rostro, la línea inmóvil de los labios, los ojos bajos y aquel levantarse la parte posterior de la chaqueta cuando se sienta al volante, como quien posee perfecta consciencia de que la ropa no es suya.

Pedro Jordana conduce con menos elegancia —por ejemplo, con los codos hacia afuera, como los bailarines de entoldado, en vez de mantenerlos discretamente adheridos al cuerpo— y sus manos, gruesas, son manos de conductor de camión; pero conoce el oficio. No es chófer para ser presentado en la ciudad, pero se revela muy útil en la carretera.

—¿Cuántos kilómetros faltan para llegar a Zaragoza, Jordana?

—Ochenta y seis, señor Joaquín.

El señor Joaquín expulsa todo el aire que contienen sus pulmones, y queda satisfecho. Ya falta poco. Consulta el reloj: las doce y media. Ahora no puede evitar la confidencia:

—Llegaremos a punto para comer.

Para corresponder a la confianza, Pedro sonrío exageradamente. Le parece que todas las horas son buenas para comer.

La última vez que comió fuera de su casa fue el día del santo de su cuñado. En «Can Joanet». Hacía mucho calor, y mezclaban vino con sifón. Le parece recordar que la cuenta subía más de lo que su cuñado imaginara. Aquello de los tantos por cientos, y los cafés y coñacs... Su cuñado le pidió tres duros para redondear la

propina.

¿Cuánto dinero llevaría consigo el señor Joaquín? No se le había ocurrido, hasta ahora, que el señor Joaquín debía de ir preparado para cualquier eventualidad. Si lo llevaba encima, allá él, pero si lo llevaba en la cartera era preciso no descuidarse... No, naturalmente, llevaría el dinero consigo.

«Pedro, no puedes irte sin dinero», le dijo María, la noche antes de marchar. Pedro se humedeció los labios con la punta de la lengua, forma con la que manifestaba su extrañeza. «Puede ocurrir cualquier cosa, ¿comprendes?» Él procuraba no entrar en el fondo de la conversación, y se dijo que algún día iba a pedirle a María que no acabase todas las frases con aquel «¿comprendes?» tan irritante.

Entonces María abrió la puerta del armario y hurgó en algún misterioso rincón. Él la observaba desde la cama —en donde solía leer el periódico, mientras ella daba los últimos toques a la faena del día—, y cuando su mujer volvió la cabeza hacia la cama con un papel en la mano y algo extraño en los ojos —una antigua vivacidad—, se dijo que de súbito parecía mucho más joven, casi una niña.

«Ahí tienes veinte duros, Pedro». Él dobló el periódico. «Los guardaba por si acaso».

Lo miró profundamente. La fe, la ilusión; a veces son algo tangible y concreto, como una luz trémula en los ojos, como el intento de una sonrisa. «Esta es la ocasión, Pedro. Yo creo que esta es la ocasión».

Pero los que tan sólo tienen fe e ilusión un día al año, no pueden exhibirla totalmente, debido a un dolorido pudor. La voz de la mujer cambió: «¡Y ahora a ver si te los gastas en coñac, pues no me han costado ningún esfuerzo!».

Pedro dobló el billete y lo puso en el departamento interior de la cartera, debajo del retrato del niño.

Ahora intenta, sin mover las manos del volante, sentir el peso de la cartera cerca del pecho. Por el rabillo del ojo ve al señor Joaquín, otra vez dedicado a sus papeles. En una curva, sus rodillas le tocan.

Si María decidió darle los veinte duros, piensa, es que realmente había llegado la ocasión.

Dudó mucho rato, antes de escoger el restaurante. De hecho, desde que salió de Barcelona subconscientemente le dio vueltas a ese pequeño problema. Y no habría dudado en absoluto si Mauricio, el socio, no se hubiera empeñado en aconsejarle. Mauricio le dijo: «En Zaragoza no se come bien en ningún sitio, Joaquín. En el restaurante tendrás que limitarte a comer un par de servilletas y a beber agua mineral para tragártelas». Y encima se rió. «Una combinación más bien triste, ¿verdad?».

«Si te lo permite el trabajo, merece la pena que vayas a Alagón. Se encuentra a muy pocos kilómetros. Hay una especie de taberna...». Calló, sin duda para considerar una idea que acababa de ocurrírsele. Joaquín le miraba con aquella especie

de admiración —la admiración del hombre que no comprende cómo una determinada cosa puede ser— que su socio le suscitaba. Antes de que fuera su socio, cuando tan sólo era su amigo, Mauricio ya era aquel tipo de hombre que sabe en qué lugar de Barcelona guisan mejor el bacalao, los riñones o las habas. Y si habían cambiado los cocineros y si servían mejor o peor que el año pasado.

Al final, Mauricio proclamó: «¡Te he salvado, Joaquín, te he salvado! Subes por Alfonso, primera esquina a la derecha, arriba, al lado de una peluquería hay una puertecita baja... Es decir, si no se han trasladado. Es casa Terrones. Entra sin miedo». Joaquín afirmó con la cabeza, pero inmediatamente comprendió que no iría allí.

Pero el ascendiente de Mauricio sobre Joaquín era, en algunos aspectos, todavía tan grande, que no había conseguido olvidar el consejo. Ni el nombre. El nombre del lugar le impedía materialmente entrar en él: casa Terrones. No. Era un nombre de taberna, grosero y equívoco. Mauricio se hubiera carcajeado, pero él lo sentía así.

A última hora, cuando estaban llegando al centro de la ciudad, se decidió. Optó por el *Metropol*, un nombre que le recomendó la Oficina de Turismo, cuando la consultó por teléfono.

Pedro Jordana comprendió, así que entraron en el *Metropol*, que cada paso y cada gesto podían ser fatales. Que podían conducirlo a un terreno prohibido, y en ese terreno era fácil caer, porque si de un lado el terreno prohibido tenía que existir a la fuerza, era evidente que aún no se había concretado cuál era. El señor Joaquín se dirigió, sin vacilar, hacia una mesa. Pedro se detuvo cerca de la puerta. Era absurdo que entonces se le ocurriera aquella frase de circo: «La más leve distracción puede causar la muerte del artista».

—¿El lavabo? —le pidió a un camarero.

Al regresar, observó desde lejos la mesa del rincón. El señor Joaquín examinaba la carta, y ante su plato había otro plato, con sus copas y su cubierto.

Eso era exactamente lo que quería saber. Había pensado que podían mandarle a comer en la cocina o bien —lo admitía— a cualquier taberna cercana.

Apartó con naturalidad la silla y se sentó. Junto a su plato tenía también un ejemplar de la carta.

Entonces topó, de súbito y fuertemente, con un mundo que no era el suyo.

—¿Ha pensado usted algo? —inquirió, en seguida, el señor Joaquín.

No le había dado tiempo ni tan siquiera de acabar de leer la lista del pescado. Si Pedro hubiera sido más malicioso, habría adivinado que el señor Joaquín ya había pensado por él.

Y, sin poder decir porqué. Pedro había adoptado ya una de las dos reacciones. La aparentemente inhábil, la del pobre de espíritu, la del infeliz y auxiliar de oficina que era. Sabía que un hombre listo y con ganas de prosperar hubiera dicho: «Côte Dubarry», por ejemplo, arriesgándose a todo. De la misma manera, el hombre ambicioso, y consciente de su situación ante el dueño, así que pudiera hablaría del

baño —a pesar de que se aseara en el lavadero— y del precio de los *taxis*, acerca de los cuales tan sólo podía decir que eran amarillos. Porque es un hecho que los ricos depositan una cierta confianza en los pobres que se avergüenzan de ser pobres.

Mas Pedro no dijo: «Côte Dubarry». Con una pequeña, pero mantenida sonrisa, dijo:

—No sabría qué escoger, la verdad. Además, la mitad de los platos no sé qué son.

De haberle oído Alsina, el apoderado, que patrocinó esa ocasión que ofrecía a Pedro Jordana —veinte años de buenos servicios en la casa—, hubiera quedado decepcionado. Alsina llegó a apoderado a base de matar, poco a poco, día a día, palabra por palabra, mentira a mentira, al hombre pobre que en él había.

Pedro Jordana, sin saberlo, amaba al hombre pobre que él mismo era y, sin darse cuenta de ello, quería mostrarlo. Él ignoraba hasta qué punto esto era violento para los demás y aun ignoraba más todavía, hasta qué punto eso era comprometedor, acusador, importante.

Tuvo suerte, porque al día siguiente pasó lo que pasó.

Y el hecho de haber dicho, ahora, «Yo, señor Joaquín, soy un sencillo hombre de verdura y tocino», más tarde, ante los ojos del señor Joaquín, le vistió de un interés que jamás había despertado.

«Mauricio siempre ha sido exagerado en todo». Pagó la cuenta con satisfacción, porque había comido a gusto. Y para acabar de convencerse admiró una vez más la silenciosa disciplina de los tres camareros que les sirvieron, y la alfombra verde, y la discreción de los que comían en las otras mesas, y las servilletas de hilo finísimo — que él sabía apreciar— y que, según Mauricio, constituían el mejor plato que se podía pedir de toda la minuta.

Habitualmente, él no tenía mucho apetito, y después de los tres canelones se limitó a estilizar un poco, a punta de cuchillo, el muslo de un pollo.

Gracias a Dios, gozaba de una salud de hierro.

—¿Tomará café?

Pedro afirmó. Un café, excelente. Depositó el paquete de *ideales* sobre los manteles y encendió un cigarrillo.

—Es un tabaco muy ordinario —se excusó.

El señor Joaquín movió la cabeza, como queriendo decir «comprendo», o tal vez «todos los tabacos son ordinarios, ¿no es cierto?».

—¿Fuma usted mucho?

Jordana sonrió.

—Bastante, bastante.

No sabría cómo explicarle al señor Joaquín qué extraña satisfacción proporciona el hacer una cosa porque sí, una cosa que no es estrictamente necesaria. Imagina que ser rico debe ser eso, vivir como si vivir fuera fumar.

El señor Joaquín piensa que no tiene idea de lo que puede valer un paquete de ese

tabaco. Dice que es ordinario. Pongamos una o dos pesetas —pero al cabo del mes esto puede sumar diez o quince duros... El diez por ciento del sueldo de un mozo. Es terrible, jamás se había entretenido en pensar estas cosas. Y luego pasaban por caja y pedían que se les adelantara el sueldo de una semana para poder acabar el mes... fumando.

—¿Ha probado el dejar de fumar?

—Sí. Cada año, por Reyes.

El señor Joaquín se calla, lo que quiere significar «¿y qué?» Pedro Jordana sorbe las últimas gotas de café y confiesa:

—Pero entonces cada noche le armo un escándalo a mi mujer y cuando el niño me pregunta cosas del colegio pienso que es un burro y que nunca será nada.

Ha hablado lentamente, mirando cómo el *ideal* arde entre sus dedos. Arde con dificultad, como si sufriera, como si se sacrificara por alguien.

—Por otra parte —continúa Pedro— económicamente no es lo que uno se imagina, si echa cuentas. Tal vez porque fumar quita el hambre, y si no fumo me gasto las dos pesetas en pan.

Entonces descubre un panecillo intacto, el del señor Joaquín.

—Usted ni fuma ni come pan —comenta, con una profunda, auténtica admiración.

Pero Jordana acaba por convencerse de que el señor Joaquín es una persona excepcional cuando, después de comer, le acompaña a visitar a los clientes. Tan atentamente le han abierto las puertas y le han hecho penetrar con tanto interés hasta el fondo de los despachos, han pronunciado con tanto respeto su nombre, que Pedro teme no haber sabido tratarle como corresponde. Y ha comprendido hasta qué punto pertenece a una casa sólida, y que su mujer estaba en lo cierto cuando le recomendaba, las noches en que le veía desesperado, que tuviera paciencia.

Algún día, tal vez, sabría con detalle qué era y qué había hecho en realidad el señor Joaquín, cosa que sin duda sabía aquella gente de Zaragoza.

Tampoco creyó nunca que las lanas de la casa fueran tan buenas. Él mismo abrió el muestrario, y hubiera dicho que se trataba, más o menos, de las telas de siempre, y aproximadamente iguales a las telas de todas las casas de Cataluña. Y todavía seguía pensándolo así. Creía, ahora, que el milagro se produjo cuando, no más abrir la maleta, el señor Joaquín hizo un pequeño gesto con la mano por encima de las muestras, como si sobre ellas dejara caer una sustancia invisible, y entonces los aragoneses profirieron unas admirativas exclamaciones, y ante los ojos de Pedro los retales de tela adquirieron una belleza única, una calidad nunca vista.

Desde Barcelona, habían reservado ya dos habitaciones en el *Hotel Excelsior*. La del señor Joaquín en el primer piso, con baño, teléfono y radio, tres cosas que no utilizaría. (El pasado martes, a medianoche, un muchacho alemán utilizó el teléfono

en un definitivo asalto a una chica ya decidida a rendirse. El jueves, un notario de Bilbao puso la radio con extraordinaria satisfacción, intentando captar Radio Zaragoza —porque leyó en el periódico que a las once veinte transmitían el «Don Juan» de Mozart). Eran poco más de las diez cuando el señor Joaquín se fue a la cama y se durmió al instante, como si el dobladillo de la manta estuviera impregnado de éter. «Mañana, a las ocho, nos encontraremos abajo para desayunar», fueron sus últimas y urgentes palabras.

La habitación de Pedro Jordana, en el cuarto piso, no tenía baño ni teléfono ni radio. Pero estos eran unos detalles que únicamente se advertían durante el día o con la luz encendida, y, después de todo, una habitación del hotel sirve exclusivamente para dormir, y a oscuras.

Pedro se encontró encerrado en ella, y una vez tuvo conciencia de que se había quedado solo, comprendió que no se encontraba allí por su libre voluntad, aun cuando realmente dio vuelta a la llave con sus propios dedos. La puerta, al cerrarse, interrumpió alguna suerte de flúido que le gobernaba: rompió, después de un día entero, el hilo que le ligaba al señor Joaquín.

Primeramente, pensó que la situación era envidiable y que era necesario mantener cerrada aquella puerta. Respiró profundamente y se pasó la mano por el pelo con un gesto libre, perezoso, poco menos que goloso de su nueva independencia.

Pero cuando el gesto acabó y las manos le cayeron junto a las piernas, en la habitual actitud del soldado, del culpable, del subordinado, sintió un terrible miedo de hallarse irremisiblemente destinado a dormir. Y se imaginó el día siguiente, que en realidad aún estaba lejos, como a un enemigo traidoramente escondido en el próximo minuto de su reloj. Fijó los ojos en la esfera: las diez y dieciocho. Las ocho de la mañana se encontraban a más de nueve horas. Pero temía el engaño de las cifras. Era suficiente con cerrar los ojos durante un momento —la verdad era esa, un momento— para que el mundo de las cifras se derrumbara.

Dió vuelta a la llave en sentido contrario, salió al corredor. El silencio del piso era total. Cerró la puerta y comenzó a descender los peldaños, lentamente.

Era injusto que tuviera la impresión de que huía, de que infringía alguna norma concreta.

Al pasar por el primer piso, instintivamente escuchó con doble atención, como si pudiera oír los movimientos del señor Joaquín en su habitación, el ruido de los zapatos al caer al suelo, el clic del interruptor de la luz.

Cruzó el vestíbulo —el conserje, en recepción, comenzaba ya a volverse rígido, a estirar los músculos de la cara y de las manos, a palidecer y a abrir la boca: se adormecía.

Más allá de la puerta giratoria, inmediatamente se encontraba la calle.

Torció hacia la derecha, caminó quince pasos hasta llegar a la primera esquina. Miró calle arriba: la oscuridad era casi absoluta. Retrocedió y, lentamente, se entretuvo en identificar las puertas de las casas y de las tiendas que rodeaban el hotel.

Hasta pasado un minuto no comprendió que la calle le había decepcionado, que cuando se encontró solo en la habitación se imaginaba otra cosa. Tenía la vaga pero profunda sensación de que en la calle iba a encontrar una suerte de feria, una explosión de músicas y de luces, un mundo alegre de irresponsabilidad. Que podría beber anís.

De nuevo se hallaba ante la puerta del hotel. Siguió caminando, y la había dejado unos metros a su izquierda cuando descubrió un café.

Era un café pequeño, escaso de luz, parecía deshabitado.

El dueño le vio entrar con una cierta sorpresa, como si estuviera seguro de que no iba a acudir nadie en toda la noche.

Ya sentado en una mesa, el silencio se intensificó, porque él había dejado de producir cualquier clase de ruido. En medio de aquel silencio se encontró ridícula y absurdamente solo. Hubiera sido mucho mejor dormir, esperar que el reloj diese las ocho y encontrarse otra vez con el señor Joaquín en el vestíbulo. Se escapó para abrir los ojos despreocupadamente hacia afuera, y en realidad lo que había conseguido era encerrarse consigo mismo. Más que nunca, porque aquí no le completaba la casa, ni la mujer, ni tan siquiera los ruidos familiares del vecindario. Él solo, y nadie más.

El silencio del café era soñoliento; el mismo dueño, apoyado con los codos sobre el mostrador, parecía petrificado.

Sobre la mesa la vuelta del anís. Había comenzado a gastar los veinte duros «por si acaso» de María. Mientras ordenaba los billetes en la cartera —con toda precisión: los de peseta en el primer compartimiento, los de duro en el segundo, los de cinco y diez duros al fondo— pensó que su mujer debía estar cosiendo botones a las camisas, sobre la mesa del comedor. Era un trabajo que María llevaba a cabo a escondidas, convencida de que él nada sabía. Ciertamente, no podía decir quién le daba ese trabajo, ni cómo se lo retribuían, pero le constaba que en el estante superior del armario de la cocina, detrás de unas botellas vacías, siempre había un montón de camisas nuevas sin botones, y junto a ellas un bote lleno de botones de camisa. Además, casi le había descubierto en cuatro o cinco ocasiones, pero siempre adoptó, instintivamente, la actitud de quien nada ve.

María, hoy, aún debía estar trabajando. Él no se encontraba a su lado, leyendo el periódico o escuchando la radio. Tal vez su ausencia le iba a permitir a María ganar un duro con tranquilidad de espíritu. A no ser por el chiquillo, él hubiera tirado por la ventana aquella estupidez de botones y camisas. En el silencio opresivo del café, el pensamiento del chiquillo le produjo la angustia de siempre, tal vez más viva, más dolorosa. Vivía con el secreto temor de que a la criatura pudiera sucederle alguna cosa desagradable. No pensaba concretamente en la muerte, sino en posibilidades que todavía le parecían más terribles: un ataque de parálisis, un accidente, al atravesar la calle, que lo dejase inútil para siempre.

Se decía que tener únicamente un hijo era como tener tan sólo un duro. En una ocasión, confió esta idea a María, y ella le censuró. No le había comprendido. Sin

duda, un hijo, cada hijo —cada vida humana— valía por sí mismo. Pero era posible perder un hijo si se tenían otros. Lo sentía así, y no se creía duro como la piedra. La pérdida en tal caso sería soportable. Pensó que, en definitiva, lo que el hombre quería era —como en el ajedrez— conservar un rey hasta el final, aun cuando para ello tuviera que sacrificar a los peones.

Pero se dijo que lo que pensaba seguramente no era justo. Que si realmente tuviera otro u otros hijos, todo lo vería de distinto modo.

Una pequeña oleada cálida le subió por el pecho. Porque por vez primera, después de cinco años, podía alimentar razonablemente aquella idea: otro hijo. Una segunda, maravillosa oportunidad de crear una pequeña cosa amiga. Ahora, una niña, para María.

Y el hombre que podía decidir aquello, el hombre que tal vez ya lo tenía decidido y aun lo ignoraba todo el mundo, dormía ahora allá arriba, solo, en un silencio parecido al de este bar. Escuchó un momento, con respeto, como si algo pusiera en contacto los dos silencios.

Imaginó al señor Joaquín encogido entre las sábanas, con las piernas dobladas sobre el vientre —manos y vientre redondeados, de niño— y por segunda vez una oleada cálida le subió por el pecho.

Sorbió la última gota de anís y, rápidamente, salió a la calle y entró en el hotel. La estatua de piedra del conserje intentó —inútilmente— despegar un ojo.

Subió las escaleras con creciente satisfacción, y al llegar al piso del señor Joaquín, prestó su oído a una inaudible respiración.

Cuando se encerró en su cuarto, y una vez más dio vuelta a la llave, se sintió tan acompañado como antes se había sentido solo.

(No lo sabía, pero lo había experimentado: el señor Joaquín le proporcionaba la esperanza a cambio de negarle la independencia. La rebelión tenía, desde aquel día, la amargura de la sal. El amo resultaba ser una fuerza irresistible, una pegajosa miel. Durante veinte años había ignorado esta miel y esta fuerza.

Hoy habían comido en la misma mesa, y lo menos que el perro podía hacer era no ladrar).

Mientras el señor Joaquín, a las nueve de la mañana, liquidaba la cuenta del hotel, Pedro Jordana fue a mandar un telegrama. Era un telegrama clásico, escrito por el señor Joaquín antes de desayunar: «Salimos de Zaragoza. Operación buena. Sigue carta».

También la carta estaba escrita, y Pedro la dejó en el primer estanco.

Mientras llenaba el telegrama sobre el escritorio plegado de rugosidades, agujeros y grietas, pensó que también podía mandarle uno a su mujer.

Sin embargo, no se hubiera atrevido a hacerlo de no haberle animado el texto escrito por el señor Joaquín. Porque el principio ya lo tenía. Copió: «Salimos de

Zaragoza». Era absurdo añadir «Operación buena». Dudó. «Todo bien». O, «estoy bien». No, era mejor «todo bien». Releyó, atento: «Salimos de Zaragoza. Todo bien». ¿Faltaba algo? «Salimos de Zaragoza. Todo bien». Eso, eso, la despedida y basta. No encontraba la fórmula —tal vez, la fórmula no existía. Vaciló entre «abrazos» y «tuyo», y acabó limitándose a firmar: «Pedro». Cinco palabras, sin la firma. Tarifa mínima, sin duda.

Al entregar el impreso en la ventanilla, el empleado hizo un cálculo rápido e incomprensible. Jordana aún tuvo ocasión de leer, invertido, el texto. «Salimos de Zaragoza. Todo bien. Pedro».

De todos modos, le hubiera gustado encontrar alguna palabra de despedida.

—¿Vamos ya, Jordana?

Desfrenó, aceleró, seguro. Había repasado el mapa de carreteras, y tenía una idea bastante clara de lo que podía presentarse.

Hasta dejar tras de sí las últimas casas, no se dio cuenta de que el cielo estaba cubierto de nubes. Y un minuto después comenzaba a llover.

Pero experimentó una inmediata y profunda sensación de conformidad. En primavera, llueve para que uno se deje mojar por la lluvia. En otoño, sin embargo, la lluvia es agradable cuando cae alrededor del espectador guarecido. Y el automóvil ofrecía una agradable protección. El hombre extendía su sensibilidad por el automóvil, y era una sólida e inexplicable prolongación de su cuerpo.

El señor Joaquín se hallaba de excelente humor. Un humor que se traducía en brevísimos silbidos, en una atención al paisaje superior a la del día anterior, y en un tamborilear los dedos sobre las rodillas. El matiz era sutil, pero cierto: el movimiento de los dedos ya no respondía al nerviosismo, sino a la euforia.

Aún no había llegado a pronunciar palabra alguna, pero a menudo inclinaba la cabeza y la intención era clara: «¡Qué tiempo!» Quizás mucho más que eso: «¡Qué tiempo, Jordana!».

Pedro celebraba que todo eso se hubiera producido antes de llegar a sus cuarenta años. Recordaba perfectamente cuando tenía treinta y uno, y le parecía que estos cuatro últimos años no habían pasado. Pero temía que, al cumplir los cuarenta, los años realmente vividos se le caerían encima como piedras.

Se miró en el retrovisor y comprobó, una vez más, que no tenía ninguna cana. María, en cambio, ya tenía media docena sobre la frente.

«Salimos de Zaragoza. Todo bien», recuerda. Conducía con facilidad, y se dedicó a enviar, mentalmente, nuevos telegramas. Eran extraordinariamente fáciles, ni tan siquiera tenía que pensar. «Llueve». «Todo bien». «María». Repitió este telegrama: «María». «Recuerdos del señor Joaquín», inventó. Sonaba a verídico. «Sigue lloviendo». «Todo bien».

—¡Vaya lluvia! —habló el señor Joaquín, de pronto.

Era como si se hubiera incorporado al juego.

«¡Qué lluvia!», transmitió Pedro. «Salimos de Zaragoza».

Venía una curva. Frenó.

Dentro del coche, el aire se había enfriado.

Otra curva. Pedro dio vuelta al volante, cada vez más rápido, porque el coche derivaba sin obedecer.

«El piso está helado», pensó, y la frase se le repitió mil veces, «está helado» en un segundo «está helado» dentro de su cerebro «está helado» como una locura de telegramas.

El señor Joaquín no llegó a comprender ninguno de ellos.

El coche cruzó de costado la carretera, a poca velocidad, pero efectivamente la cruzó, y cayó por la pendiente, casi como si no quisiera caer, pero cayó.

El gemido del freno inútil quedó prendido en el aire como el chillido de un pájaro alborotado. Era un hermoso rincón del mundo, y en seguida la lluvia depositó en él su magnífico silencio.

IV

El cristal de la claraboya es ahora de un azul intenso. Ferran levanta los ojos y piensa: «Hace sol».

El domingo se casa su cuñada. ¡Vaya ocurrencia, casarse en domingo! En realidad, ¡vaya ocurrencia, casarse! La muchacha se casaba con un ayudante de grabador de «hueco», o algo así, un cargo de título largo y de sueldo corto.

Archivar la correspondencia es una labor que le fatiga. No tanto por el trabajo que da como por la falta de interés. Se trata de un trabajo que cada día realiza más lentamente. Por otra parte, desde que Pedro Jordana se marchó, ayer, se encuentra totalmente desanimado. Cada mediodía juntos cogen el veintinueve, y hoy, que lo tomó solo, se sintió miserable como nunca. No tenía con quién hablar, y descubrió que en la plataforma había veinte hombres como él, que iban disfrazando una profunda fatiga interior con la sarcástica broma tranviaria.

Tan sólo le dieron envidia tres muchachos, que se hallaban en un rincón. Tres muchachos que se propinaban amistosos puñetazos en el vientre y bromeaban entre sí. Comprendió que los pobres han de juntarse —la compañía es un remedio.

La compañía es un remedio. Porque la compañía es el olvido de uno mismo.

Ha sido un curiosa experiencia esa de sentirse igual a sí mismo, la de encontrarse solo, cansado e impotente, hombre de plataforma, el tolerado número vigésimo tercero de los quince posibles. Tener conciencia de que la vida es una situación incómoda.

Ahora comprende por que Vila es un viejo perpetuamente irritado, que sufre del estómago y al cual la gerencia le tiene echado el ojo encima en calidad de «anarquista». Es un hombre excesivamente inteligente, que antes de la guerra fundó una revista en el Pueblo Nuevo. Es un hombre que cada día, al levantarse, se da cuenta de lo que él, Ferran, tan sólo observa una vez al año: de que uno es, irremisiblemente, ese hombre, con esa cara y con esa vida.

La mano del señor Alsina deja un montón de papeles sobre la mesa de Ferran. Se trata de unos papeles unidos por un clip, con una nota que advierte: «Archivo».

El señor Alsina, según piensa Ferran, no es, seguramente, un hombre, sino una mano, una mano que va metiéndose por todos los despachos como un perro amaestrado, como uno de esos perros que saben llevar papeles en la boca y no se equivocan nunca.

Manolín echa de menos a Jordana. A los seis meses de trabajar en la casa, se ha dado cuenta de que Jordana le mira con constante afecto, desde el otro lado de la mesa. Él no sabía el porqué de ese afecto, ni le interesaba. Él no sabía que, del mismo modo que a él le hubiera gustado que aquel hombre fuese su padre, a Jordana le hubiera gustado que aquel muchacho fuese su hijo.

Manolín daba esa pena que siempre dan los chiquillos juiciosos.

—Eso debes acabarlo hoy, si no mañana tendrás más trabajo.

Le dolía que el sitio de Jordana, ante él, ahora se hallara ocupado por Vila, y no porque se tratase precisamente de Vila, sino porque hubiera preferido que aquel sitio permaneciera desocupado hasta el regreso de Jordana.

—Si prestases atención al trabajo, ya habrías terminado.

No era una regañina. Vila habló sin especial aspereza.

Por otra parte, Manolín sabía que era cierto, que no prestaba, como decía Vila, atención al trabajo.

En realidad, no se distraía con nada concreto, porque tampoco pensaba en la madre o en los hermanos. La madre y los hermanos eran la obsesión inevitable, al regresar a casa, pero allá, en la oficina, tenía el pensamiento vacío, lejos de todos los problemas, de todos los trabajos, de todas las realidades. Funcionaba de un modo inconsciente y, sin duda, defectuoso. Su actitud psíquica era la de quien se limita a esperar. Y esperaba. Había depositado una inmensa confianza en que pasaría el tiempo, crecería y sería hombre. Un día, Pedro Jordana le dio unos pantalones viejos, pues sólo tenía unos y ya casi eran transparentes. Entonces —era esa la tercera o cuarta vez que Jordana se preocupaba de él— Manolín le confió su pensamiento, que presentó como una excusa: «Cuando seré mayor, señor Jordana, ganaré mucho dinero y podré comprar todo lo que en casa se necesita».

Su sueldo era el único ingreso fijo de la familia. Entró en la casa cobrando cuatrocientas pesetas al mes, y acababan de aumentárselo a cuatrocientas ochenta. Le dijeron que ni el mismo dueño ganaba tanto dinero, a los quince años.

Pero Manolín no era inteligente. Manolín tan sólo era un muchacho juicioso, de mirada grave y perpetuamente resfriado.

El mismo Pedro Jordana no le comprendía, no comprendía los límites prácticos de cada destino humano, cuando le daba consejos: «Tendrías que aprovechar las noches, Manolín, para estudiar contabilidad y un poco de francés».

Si, debido a un milagro, todo el mundo llegase a aprovechar las noches estudiando contabilidad y francés, la evidente inutilidad del esfuerzo destruiría trágicamente las últimas esperanzas de los hombres.

Ignacio es uno de los empleados más puntuales de la oficina. Ignacio llega cada día exactamente a las nueve menos tres minutos. Vive en Horta. Su casa está situada a seis minutos del tranvía y el tranvía a media hora del despacho. Él va y regresa de su casa al tranvía por caminos estrechos que bordean los campos, y que cuando llueve se convierten en finas lenguas húmedas, viscosas, inseguras. En verano, el sol las endurece y las pone incandescentes: se diría que, entonces, camina sobre la hoja de un cuchillo.

A pesar de esto, es uno de los empleados puntuales de la oficina. Un día se retrasó porque el tranvía se detuvo en la plaza de Maragall. No había flúido eléctrico. Aquel

día consideró si existía modo de evitar la repetición de tal contratiempo y no encontró ninguno, a no ser la solución de quedarse a dormir cada noche sobre su mesa de despacho.

Porque la gerencia había dicho: «La puntualidad es la primera virtud del trabajador».

Provisto de una almohada en la que descansar la cabeza, y encogiendo un poco las piernas, se veía capaz de dormir sobre la mesa.

Hoy Ignacio aún no ha llegado y ya son las nueve y media. No es cosa del tranvía, porque todos los que viven por la línea de Horta han llegado ya.

Ahora, cuando entre, no se dirigirá en seguida a su sección. Todo el mundo sabe que llamará a la puerta del señor Alsina, el apoderado, y le expondrá, con la máxima simplicidad, con un mínimo de palabras, el hecho del retraso y su justificación. Sin duda alguna, será absuelto, porque el mundo del despacho no modifica fácilmente sus normas, sus teorías, sus calificativos; Ignacio es, por definición, uno de los empleados más puntuales.

El señor Alsina, el apoderado, solo en su despacho, cerrada la puerta, con una pequeña estufa eléctrica enfocada hacia sus pies, se mira las uñas. Las de la mano derecha las tiene más largas, porque las ha de cortar con la izquierda, y nunca consiguió poseer la necesaria técnica. Se mira las uñas y le parecen fuertes y de línea señorial. Lástima que le falta la punta del meñique izquierdo. Siempre lleva ese dedo doblado, ya que así no se nota el acortamiento.

Por eso el apoderado, el señor Alsina, no se mira las manos como suele hacerlo todo el mundo. Sólo se atreve cuando se encuentra solo, como ahora. Entonces se toca las uñas, comprueba su pulida superficie, su discreta punta, su distinguido color rosa pálido. Entonces alarga el dedo meñique, que suele mantener doblado, y contempla la mutilación. Es un seguro testimonio de que treinta años atrás una caja le aplastó el dedo contra el suelo; de que en aquel tiempo él descargaba cajas; de que era, en fin, un mozo de almacén.

Con extraña delectación se palpa, durante un segundo, la pequeña punta deformada de ese dedo meñique, y en seguida vuelve a comprobar la finura de las uñas, durante treinta años tozudamente mimadas con espíritu de revancha, con profunda consciencia de que eran el símbolo visible de su progresión. Mira la puerta, que sigue cerrada; mira la estufa, que le abriga los pies. Escucha por un momento el silencio de su despacho y cierra los ojos.

Mauricio Danés, socio del señor Joaquín, en el despacho también es «el señor Mauricio». Esta es una casa antigua, que conserva estas fórmulas familiares. Las puras fórmulas.

Mauricio es incapaz de trabajar durante cuatro horas seguidas. El trabajo que en principio se atribuyó, ha ido repartiéndolo casi por completo entre su socio, el señor

Joaquín, y Alsina, el apoderado. En los cajones de su mesa, Mauricio tiene cuatro o cinco novelas francesas, los últimos éxitos sensacionales, de las cuales luego hablará a los amigos del jueves. Él no juega al bridge, pero jamás deja de acudir a las reuniones semanales. Se instala en la butaca más cómoda —nadie se atreve a discutirle este privilegio— estira las piernas, bebe más coñac del que es correcto beber, con cierta ostentación deja sobre una mesita y al alcance de sus manos una caja de *Abdullah*, habla de sus lecturas, mira de soslayo a los jugadores y no consigue liberarse de su aburrimiento. Pero no falta ningún jueves. Él y su esposa, Mercedes Vallador —de la familia Vallador, de Gerona, los del corcho—, respetan el pacto; él la acompaña los jueves, ella le deja salir solo los sábados.

Ahora, Alsina, el apoderado, le entra un telegrama.

—Gracias.

«Gracias» no es, para el apoderado, una fórmula evidente de despedida, sino estrictamente una palabra obligada. Por eso espera, sonriente, con una discretísima complicidad. Está convencido de que, en este pequeño detalle, él es el más fuerte.

«Salimos de Zaragoza. Operación buena. Sigue carta». En este pedacito de papel azul, en estas letras de palo seco —en conjunto, la caricatura de una carta— Mauricio adivina el alma toda de su socio Joaquín. Es como si ahora lo tuviera entre los dedos, reducido y condensado. Imagina que, al morir, todo lo que Joaquín dejará ha de ser un aviso semejante: «Salimos del mundo. Operación buena. Siguen hijos».

Alsina, el apoderado, espera todavía, seguro de sí mismo.

En efecto.

—El señor Joaquín ha pasado por Zaragoza y todo marcha bien, Alsina.

—Vaya, lo celebro mucho.

Cuando llaman a la puerta de su despacho, Alsina, el apoderado, espera siempre cinco segundos antes de decir «adelante».

Es Ignacio, el mozo del almacén.

De uno de los bolsillos de su americana, le sale la punta de la boina. Lleva la camisa completamente abrochada, pero sin corbata. Va sin afeitarse, y los pelos del bigote le ocultan un poco la verruga que tiene bajo la nariz.

Alsina, el apoderado, le mira sin interesarse por los detalles, los matices, las pequeñas realidades. Tiene una mirada fría. Algún día se inventará una máquina eléctrica que mirará de este modo y clasificará, como ahora clasifica el apoderado: «un mozo de almacén».

Sólo en rarísimas ocasiones los ojos del señor Alsina se animan con una pasión profunda: cuando recuerda, hace de ello ya mucho tiempo, que también él fue eso: un mozo de almacén. Este recuerdo le llena de incomodidad; él sospecha que le impide pensar y actuar con perfecta libertad e independencia de criterio. Le parece que todavía, en cierto modo, se halla un poco en cada uno de estos mozos de ahora. Sea como sea, sabe que es imposible que él hubiera sido realmente, en otros tiempos, un

mozo como aquellos. Y tiene razón. De haber sido un mozo de aquella clase, todavía seguiría siéndolo, del mismo modo que los tontos son siempre tontos y los listos siempre son listos. Ni tampoco, ahora, era apoderado, en realidad. ¿Qué quiere decir apoderado? Era una pieza muy singular dentro de la casa, y tenía las imprecisas y complejas atribuciones de supervisor de caja, hombre de confianza de los dos dueños, inspector de personal. Evidentemente, era mucho más importante que un mozo, pero no tenía la realidad (la simple alegría, la patética fuerza, la misérrima ilusión, la dolorida humanidad), el exacto e inimitable perfil de un mozo de almacén.

—Diga, Ignacio.

Hoy Ignacio tiene unas pequeñas arrugas alrededor de los ojos, como si el mirarle costase un esfuerzo y un terrible dolor.

—El chico... —dice—. El chico ha cogido el tifus.

Alsina, el apoderado, es padre de cuatro hijos. Dos niños y dos niñas: la combinación ideal. Tienen once, nueve, siete y cinco años. Han pasado la tos ferina y el mayor tuvo ictericia, hace tres años. Pero sin importancia. Al segundo no le gusta el pescado, pero ya le gustará. La pequeña, según el profesor de música, posee una especial predisposición para la danza. Dicen que la mejor edad para comenzar el aprendizaje de bailarina es la de siete u ocho años.

Ignacio mira al hombre que tiene ante sí, al señor Alsina, el apoderado, que ha inclinado la cabeza hacia la mesa, y sabe que depende de las vueltas que sus palabras puedan dar por la frente de este hombre.

—Es cosa grave, el médico dice que hay que actuar en seguida.

—¿Qué médico? —pregunta el apoderado, para reducir al mozo a una conversación jerarquizada.

—El doctor Roura.

Es un nombre bastante corriente. Posiblemente habrá veinte doctores Roura.

—¿Pediatra?

—¿Cómo?

—¿Es especialista en niños?

Ignacio vacila:

—No lo sé, señor Alsina. Vive en la esquina, en la misma casa del café.

—¡Ah!

De todos modos, hoy día un tifus no permite hacer muchas florituras.

—Le dan cloromicetina, ¿no?

—Sí, la primera se la han dado hoy a las ocho. Y dice que hay que darle eso sin parar...

Pausa un poco larga. Alsina, el apoderado, mueve la cabeza, compadecido, más que del hijo de Ignacio, de la infancia enferma en general.

—Quisiera... —insinúa el mozo.

El apoderado se levanta, sale de detrás de su mesa, que es como una barricada, e Ignacio comprende que ha conseguido algo.

—Ni que decir tiene, haga usted lo que sea necesario.

Le coloca una mano en un hombro, durante un instante, y le acompaña hacia la puerta.

—Vuélvase a casa. No se preocupe. Todo irá bien, y por otra parte aquí ya nos arreglaremos.

Las arrugas que rodean los ojos de Ignacio se multiplican nerviosamente.

—Quisiera —dice— saber si se me podría prestar algún dinero para la cloromicetina. Es cuestión de vida o muerte, y...

El señor Alsina, el apoderado, se inmoviliza totalmente con una solemnidad impresionante.

—¡Por Dios, Ignacio! ¿No le acabo de decir que haga lo que sea necesario? Pida lo que sea, nada se escatimará. Dígale usted mismo al señor Riera, de mi parte, que le entregue lo que haga falta... Y no vuelva a pensar más en esto.

El mozo ha quedado interiormente desmontado: está vencido. No puede decir ni una palabra y las pequeñas arrugas de sus ojos al fin conocen su destino de abrigar lágrimas. Porque no hay que olvidar que tras ese ballet siempre plástico, tras ese artístico contrapunto que resulta de toda conversación o situación entre hombres, a veces hay algo de verdad, alguna cosa elemental y magnífica. Como, por ejemplo, un niño en peligro de muerte.

No importa que, cinco minutos más tarde, el señor Alsina, el apoderado, marque el seis en el teléfono interior y le pregunte al señor Riera, que es el cajero: «¿Qué ha pedido Ignacio?» y apunte en un *vale* «dos mil pesetas».

El hombre dice:

—Él es un payaso viejo que vuelve a trabajar para ayudar a la muchacha, ¿comprende?

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—¿Quién es la muchacha?

El hombre dice:

—No me acuerdo. Pero trabaja muy bien.

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—¿Mejor que él?

El hombre dice:

—No, mejor que él no.

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—A mí Charlot me gusta mucho.

El hombre dice:

—Pues no deje de verla.

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—No sé si la darán pronto en el *Vergara* o en el *Cataluña*. Yo siempre voy a uno

de esos dos.

El hombre dice:

—Va demasiada gente. Yo prefiero el *Lido*, que es un cine grande, y siempre encuentra uno sitio, sin necesidad de hacer cola. Y el sonoro está bien.

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—¿El *Lido* está en el Paseo de San Juan?

El hombre dice:

—Exacto, subiendo a mano izquierda.

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—Siempre lo confundo con el *Niza*.

Entra el jefe de Sección, y deja un montón de albaranes sobre la mesa. Pregunta, preocupado:

—¿Cree usted que a la una habrá acabado de pasar las facturas, Enriqueta?

La mujer, sin levantar los ojos de la máquina, dice:

—Sí, señor.

Es la una menos cuarto.

La hora de la sed.

Los muchachos comienzan a desfilan por el corredor, en dirección al botijo.

Pasan ante el reloj.

Se miran y se guiñan el ojo, alegres.

Beben largamente. Se secan la barbilla con la mano. Se secan la mano en los pantalones.

Han coincidido tres muchachos y, nerviosamente, comienzan a hablar, cada vez en voz más alta, y ellos mismos hacen «pssit» y, uno a uno, separados, regresan cada cual a su sitio.

Es la una menos diez.

Gregorio lleva en el bolsillo un papel doblado y lo protege con su mano caliente.

Gregorio espera, con cautela de cazador, en el rincón de los lavabos.

Pasa Ramón y le deja que pase.

Pasa Juanito y le deja que pase.

Ahora pasa Andrés y Gregorio, desde el rincón, extiende la mano como si fuera una bandera de señales.

En los ojos de Gregorio, Andrés ve una misteriosa invitación.

Y en seguida un papel que en su mano se despliega.

Una fotografía recortada de un periódico, que Gregorio ha marcado con lápiz rojo para exagerar una primaria y brutal voluptuosidad.

«Ésta es para ti, yo ya encontraré otras».

El papel vuelve a ser plegado. Este es su destino, plegarse y desplegarse rápidamente, día tras día, noche tras noche, hasta que se parta en cuatro trozos.

Andrés se aleja, con una mano en el bolsillo.

Gregorio levanta el botijo en la penumbra y bebe largamente, con satisfacción. Está bien, piensa, que Andrés tenga dos años menos que él.

Cuando suena el timbre, Graugés saca el periódico del cajón y lo extiende sobre la mesa. El rumor de todos los que se marchan le resulta extraordinariamente agradable, y acompaña alegremente la ojeada que le echa a la primera página.

Sabe que el señor Joaquín está ausente, que el señor Mauricio no se molestará en dar una vuelta por la oficina y que el señor Alsina, el apoderado, ahora realiza sus únicos diez minutos de trabajo diario. Si alguien pudiera verlo, no haría esto. Para que no creyeran que se pasaba toda la mañana leyendo el periódico.

Todavía alguien dice «adiós». Él no contesta, porque desde que sonó el timbre ya se considera absolutamente solo.

Lee con una atención y un gozo incomprensibles, como si el periódico trajera alguna cosa apasionante. Se diría que toda aquella satisfacción le viene no de lo que pueda decir o de lo que deje de decir el periódico, sino del simple hecho de leerlo. De extender con ostentación ese trozo de mundo —eso es— sobre la mesa del despacho.

Una vez más, se dice que el señor Joaquín está ausente, que el señor Mauricio ya debe de haber salido —un poco furtivamente, para que no le vea el apoderado— a tomar el vermut en «Heidelberg». Que el señor Alsina, el apoderado, ahora realiza sus únicos diez minutos de trabajo diario: anotar los pagos efectuados por el señor Riera, el cajero, y ordenar los comprobantes.

Es hermoso, ahora, doblar una página y sentir el rumor del papel en el silencio del despacho. Echarse un poco hacia atrás y estirar las piernas. Pensar que no ha de tomar tranvía alguno, que vive en la esquina, y que su mujer está poniendo la mesa. La mesa cerca del balcón abierto, porque parece que hoy hace sol. Y el cocido —porque hoy es jueves— que cubre la forma sensual de los platos soperos.

Otra página. Información local.

En casa no podría pensar en todo esto. En casa lo tiene. He aquí porque le agrada entretenerse solo, con el diario.

Y la radio, y el cigarrillo, y un poco de sueño. A veces, lejos, la sirena de un buque o dentro de sí mismo la sonora vibración de una vena. La misma sensación.

Otra página.

Mira las mesas que sus compañeros han abandonado, pero tan sólo un momento, porque sin ellos las mesas producen una extraña inquietud. La costumbre de verles allí hace que ahora parezcan estar expuestos a un evidente peligro, como si al apartarse cada uno de su mesa, no tuvieran razón de existir, se fueran disolviendo en el aire del exterior.

Todavía aguarda un instante, para intensificar el placer de salir a la calle.

Dobla el periódico y vuelve a dejarlo en el cajón. Por la tarde acabará de hojearlo.

Se va por el corredor, lentamente. Pasa ante la puerta del señor Alsina, el apoderado.

El señor Alsina le vé pasar «Graugés es el único, piensa, que se queda diez minutos más. Los jóvenes estúpidos se van a toque de corneta».

Se percibe un confuso ruido lejano, que indica que Graugés ha abierto la puerta de la calle.

Entonces, el señor Alsina, que se ha quedado solo, se mira las uñas, cierra los ojos y se va hinchando, hinchando, se siente a un tiempo presente y en cada uno de los rincones del despacho, y todavía se hincha un poco más, y un poco más aún, y, si ahora alguien abriera la puerta del despacho le haría un agujero en la piel.

V

Y este silencio que la lluvia deposita sobre la tierra es más importante que el silencio de la noche, o de la soledad, o de la muerte. Este silencio de la lluvia es profundamente vivo. No ahoga la voz de las cosas —como el silencio de la noche, de la soledad o de la muerte— sino que las afina y le da un aliento más joven. El silencio de la lluvia es ordenador.

El río del valle despide olor a río. La arboleda seca despide un olor preciso y penetrante de arboleda seca.

He aquí las voces, diversas y compatibles, destacadas por el agua que cae con una sabiduría y una sensibilidad infinitas, el agua que mueve mil pequeñas manos estimulantes.

Sobre la orilla y sobre el brote perdido, sobre la hoja verde y sobre el insecto atónito, sobre el aire, sobre la tierra, llueve. Llueve activamente sobre la misma agua de lluvia ya caída.

Pedro Jordana abre la portezuela del coche, empotrado en un tronco del inclinado ribazo. De la carretera bajan diversas cintas de agua terrosa que se atan entre sí y se desatan, como en un juego, alrededor de sus pies. Sale del coche llevado de un inexplicable instinto. Se sostiene en pie, firmes las piernas, y prolonga esta sensación de integridad durante unos intensísimos segundos.

De alguna parte de la cabeza le mana un poco de sangre. Entonces piensa en el señor Joaquín. Se avergüenza de haber necesitado experimentar, primero, que tenía las piernas íntegras. El señor Joaquín está desplomado contra el ángulo del asiento, y sus manos han olvidado totalmente el ritmo rápido sobre las rodillas.

Primeramente, tiene que sacar al señor Joaquín de dentro del coche. El obstáculo del volante dificulta la operación. Con la espalda mantiene abierta la portezuela y pasa los brazos por debajo del cuerpo desfallecido con una lentitud, una regularísima suavidad propias de una máquina. Atrae el peso hacia su pecho, lentamente. De súbito se acaba el asiento y el herido descansa íntegramente en sus brazos. Cerca de su codo derecho percibe un tirón y un dolor que se le propaga hasta la espalda y una substancia cálida que le pega la piel a la camisa. Aún no había descubierto que tenía un corte en el brazo.

Inclina el peso del señor Joaquín sobre su brazo sano, y le saca fuera del coche. Llueve, llueve todavía, pero tal vez más finamente, como si ahora la lluvia le tuviera un poco de respeto al señor Joaquín, a este hombre tan poderoso y tan frágil al mismo tiempo, que por fin ha salido forzosamente del coche como de una cáscara protectora. Pedro Jordana, en el momento de la decisión, erguido en la soledad, se da cuenta de que a quien está llevando en brazos es al señor Joaquín. Al principio, es una sensación desagradable. Le parece que al sacarle del coche ha cometido una falta gravísima, y esto se debe a que nunca, hasta ahora, había puesto las manos sobre su

amo, ni físicamente ni moralmente. Porque al atribuirse el derecho de decidir, de imponer una voluntad, invierte la relación básica entre él y el señor Joaquín. Y, por más que esa nueva situación se deba al azar, no puede admitirla sin una clara impresión de culpa.

La lluvia cede lentamente, como si ya hubiera cumplido su propósito. El telón de agua se adelgaza, y ante los ojos de Pedro el paisaje se va alargando. Aparecen, cada vez más lejos, nuevas ondulaciones, y los verdes se intensifican progresivamente.

Pedro no siente ya la angustia sino el gozo de la responsabilidad. Su gesto acaba de desligarse totalmente, y se dibuja con una energía sin precedentes. Deja el herido en tierra, no importa que se ensucie. Se venda la cabeza con dos pañuelos, para que la sangre se detenga, se saca la americana y la camisa y se taponan inhábilmente la herida del brazo. Sin esfuerzo, recoge el cuerpo del suelo y comienza a caminar. A unos veinte metros, ve un camino que nace de la carretera, e imagina que irá a parar a algún lugar habitado. Porque todos los pueblos quedan muy lejos.

Antes de comenzar a descender por este camino, vuelve la cabeza. El coche está perdido entre el follaje, como un escarabajo mal herido. Desaparece en el tercer recodo. Se trata de un camino que evidentemente conduce a una invisible masía, a través de unos campos de olivares viejos. Pronto se carga al señor Joaquín sobre los hombros. Porque empieza a dolerle todo el cuerpo. Es como si ahora, y cada minuto más, toda su musculatura se reblandeciera, como si se fuera convirtiendo en un monigote de trapo. «Me parece que he recibido un buen golpe». Y sigue caminando, y teme que, en un momento determinado, se le cierren los ojos, como al señor Joaquín.

Tiene una vaga impresión de que la circunstancia es comprometida, de que en este momento se están planteando unos graves problemas que tan sólo comprenderá durante los próximos días. Ahora le mueve conscientemente una sola idea: caminar. Que al final del camino exista una casa, que los brazos y las piernas todavía tarden en ablandarse del todo.

El arco iris se inicia en un cielo inseguro. ¿Le engaña la vista? ¿Cuántos años ha pasado sin ver el arco iris?

¿Cuántos años han pasado de todo? ¿De su trabajo en la oficina, de su salida de casa, del último beso a María, de la copa de anís de Zaragoza? A cada recodo, dificultosamente dejado atrás, se encuentra más aislado en el espacio y en el tiempo, y no halla nada en su pasado que justifique esta situación presente. Tendría que admitir que es un hombre nuevo éste que intenta salvar a otro hombre en un país que nunca ha visto.

Y lo que en este momento necesita, con urgentísima necesidad, es detenerse al borde del camino y ver correr su propia sangre, que alguien le ponga una mano sobre la frente y le diga una palabra familiar o que el señor Jordana abra los ojos y le mire como siempre ha mirado a Pedro Jordana.

Dos olivos magníficos, en el punto mejor de su fuerza, constituyen la puerta natural de la finca. Al pasar bajo el arco de las ramas con el cuerpo herido en brazos, Pedro Jordana también posee la majestad de un árbol.

Se detiene y fija la mirada en la puerta de la casa, solitaria, aunque abierta, y luego en una ventana de la parte superior. En esa ventana se ve la cara de una mujer, que parece mirarle —mirarles— sin prisa, o tal vez con profunda sorpresa. Pedro avanza hacia el portal y entra.

La casa tiene un amplio vestíbulo, con herramientas de campo en las paredes. Pedro necesita encontrar inmediatamente una cama. Está a punto de abrir la primera puerta de la izquierda cuando, por una escalera de madera, baja una muchacha. El rostro de la ventana resulta ser una muchacha de ojos maravillados, cuya irreprimible sorpresa se le nota en la línea de los labios, en las cejas, en la tensión del brazo.

—Una cama, ha sufrido un accidente —explica Pedro.

Ella le mira, no dice nada, y le indica que le siga por el pasillo.

Es una habitación que parece haber estado cerrada durante veinte años. Pedro deposita el herido en una cama altísima, inmediatamente los brazos se le relajan y siente un dolor insoportable en el brazo derecho. «Debe estar roto», piensa.

La muchacha abre los postigos. Sobre una consola monstruosa, sobre un reclinatorio, sobre una cruz de hierro, sobre una jarra y una palangana para lavarse, sobre la cabecera de la cama de madera carcomida y con filetes de oro, la luz se posa sin la fuerza y sin la transparencia del exterior. Se diría que es una luz conservada durante veinte años en la ventana, quizá tan vieja como los muebles, densa y un poco rancia: poso de luz.

La muchacha le contempla atónita, y Jordana se siente desfallecer. Si no pasa algo, si no se resuelve pronto...

—¿Quieres avisar a tu padre o a tu madre?

—No están aquí. Están en Tesera.

—¿Qué es Tesera?

La muchacha le mira con sorpresa, como si fuera imposible que Pedro ignorase qué es Tesera.

—El pueblo más próximo, a media hora de carro.

Pedro se acerca a la cama, coloca la cabeza del señor Joaquín sobre la almohada, se dispone a quitarle los zapatos pero se detiene sin saber por qué. Su mirada se encuentra con la de la muchacha, y se pone nervioso.

—Les estaba esperando, supongo que no tardarán.

Habla de sus padres.

—Mi madre sabe curar las heridas —y señala una mancha oscura cerca de una rodilla del señor Joaquín.

Pedro palidece. No había visto aquella sangre. Precipitadamente, sube el pantalón.

Procura, inconscientemente, modificar lo menos posible el aspecto del señor Joaquín. Se resistirá todo lo posible antes de quitarle los pantalones, y no se le ha ocurrido aflojarle la corbata. El señor Joaquín siempre ha llevado unos cuellos perfectamente almidonados, y Pedro moriría antes que desabrocharle.

La herida no parece profunda: la sangre aflora lentamente.

—Unos trapos —pide.

La muchacha sale.

Siguiéndola con la mirada, vuelve la cabeza y de súbito se ve en el espejo que está sobre la consola. Experimenta un creciente malestar, la cabeza le da vueltas y en su cerebro se repite cada vez más débilmente la visión de un hombre que lleva en la frente un pañuelo sucio de sangre; vacila junto al lecho ocupado por el señor Joaquín, y prepara la caída tendiéndose en el suelo con la arritmia de un perro embriagado. Un perro sumiso al lado de su dueño.

Se despierta en una cama. No es un sitio demasiado cómodo, el colchón es delgado y está plagado de extraños bultos. Cinco o diez maravillosos segundos, antes de la consciencia perfecta. Un bienestar acentuado en las piernas —que se han convertido en una especie de fuente de placer— y la sensación de que no debe moverse, de que esta felicidad es quebradiza.

Entonces recuerda que aquella cama no es la suya, recuerda el accidente y a la muchacha de ojos maravillados. Realiza un esfuerzo, se incorpora levemente, y al fondo de la habitación, sentada en una silla baja, descubre a la muchacha, medio oculta por los pies de la cama.

Los ojos de la muchacha explican que éste es su cuarto y que ella le trajo aquí como si fuera un saco, como si fuera una oveja. (Sin saber por qué, está convencido de que la muchacha a menudo lleva una oveja en brazos). Los ojos lo explican sencillamente, como un niño que no supiera lo que es una mentira. Ahora, Pedro Jordana se dejará caer otra vez hacia atrás, para descansar sobre la almohada, sin otro deseo que sentir de nuevo el placer de las piernas y la somnolencia que es la más vaga pero intensa felicidad.

«¿Y el señor Joaquín?», piensa.

Con una definitiva contracción, acaba de sentarse en la cama. La cabeza le da vueltas, pero apenas si esto dura un segundo. Se levanta y camina lentamente hacia la puerta. Ella se le acerca y le coge del brazo —que alguien le ha vendado— y le acompaña sin dejar de mirarle, como si todo estuviera ya del todo previsto.

Pedro Jordana mira el reloj: sólo ha dormido una hora, eso le tranquiliza un poco.

Cuando él duda, la muchacha le guía. Atraviesa el vestíbulo de entrada, abre una puerta.

Una mujer vestida de negro, pequeña, inexplicablemente pequeña, está inclinada, como un pájaro de alas nerviosas, sobre el cuerpo del señor Joaquín. Mueve brazos y manos, pero también la punta de la nariz, y las orejas, y los labios y las arrugas de la

frente como si fuera un polichinela gobernado por hilos invisibles. Es curioso comprobar cómo tanta excitación, cómo el abuso de tantos recursos expresivos, llega a producir la más absoluta inexpresividad. Llega a ser imposible saber qué piensa, y qué opinión —favorable o pesimista— tiene de todo lo que está pasando. Incluso sería difícil precisar si lo que pretende es curarle o acabar de matarle.

Sin embargo, Pedro Jordana no se detiene a contemplar a la mujer. Porque se ha producido lo imposible, tal vez el desastre: el señor Joaquín, tendido sobre la cama, está desnudo.

Inmediatamente piensa que el señor Joaquín está muerto. Tan sólo la aniquilación definitiva puede justificar aquella desnudez, la desnudez de un cuerpo que ya no es el señor Joaquín. La vieja sigue moviéndose con un constante crujir de la ropa negra, y se diría que lleva un complicadísimo vestido de fiesta que se puso exprofeso para aquella solemnidad. Sobre la mesilla de noche, una cazuela con una pasta oleosa de color de vino, que la vieja va esparciendo sucesivamente por la frente, el pecho y el vientre del enfermo.

Es evidente que el señor Joaquín sigue sin recobrar el sentido.

La escena todavía duró una hora más. Pedro Jordana la pasó dentro de la habitación, sin atreverse a interrumpir la actividad de la vieja. Tan sólo salió un momento. «Tendría que orinar». No encontró modo de informarse, y decidió salir a la era. En un rincón se amontonaban unas cañas, afiladas en su extremo y dispuestas para ser clavadas en la tierra y sostener la primera aparición de las judías. Había treinta y seis cañas, tuvo tiempo de contarlas. Al volver a la casa, se da cuenta de que le está mirando un hombre sentado en el poyo. Un hombre alto y grueso, un poco cargado de espaldas, que tal vez le parece más voluminoso porque tiene metida en la retina la imagen de la minúscula mujer que se apoderó del señor Joaquín.

Es el marido.

Se va acercando a él. Es un hombre que produce un cierto miedo, pero es un miedo que nace de la angustia. Porque es tan alto y tan grueso y permanece tan inmóvil y sigue mirando con una fijeza impúdica...

Mientras la vieja gesticulaba y se excitaba sobre el enfermo, el hombre permanecía afuera en su invariable actitud de indiferencia. Pedro está receloso y, al mismo tiempo, quisiera decir alguna frase normal y animadora. Pero pasa. Entra en la casa, y en la penumbra del vestíbulo se detiene, poseído por el secreto que acaba de descubrir: el hombre es idiota.

Al cabo de una hora, el señor Joaquín se ha despertado.

Un ritmo más lento de la respiración, un temblor casi imperceptible en los labios y alrededor de los ojos, han anunciado el cambio, que la vieja ha recibido con más respeto que alegría, como si —dando por sentado que todo era obra suya— el resultado favorable fuera, más que una buena noticia, la prueba de una poderosa

intervención sobrehumana.

Pedro Jordana tuvo un momento de energía. Al adivinar que aquél cuerpo desnudo y, no podía negarlo, exageradamente ventrudo, estaba a punto de convertirse en el señor Joaquín, o por lo menos en algo aproximado, también llevó a cabo una especie de exorcismo y sacó de la habitación a la vieja y a la muchacha. No era posible que el señor Joaquín reviviera en tales circunstancias.

Con extraña impaciencia, está velando la reaparición de su amo. Hace signos afirmativos con la cabeza antes de que el señor Joaquín abra los ojos, antes de que pregunte nada, que dictamine nada. Es la forma más pura y desinteresada de colaboración, la misma que, sin darse cuenta, ha mantenido durante veinte años.

En el último segundo, se le ha ocurrido cubrir el vientre y el pecho del señor Joaquín con la manta que estaba arrollada a los pies de la cama.

Lo primero que el señor Joaquín ha experimentado al despertar ha sido una irritante, una insoportable comezón en el pecho y en el vientre, producida por una manta de lana de una calidad ordinaria.

Era precisamente Pedro Jordana quien sonreía inclinado sobre él. No comprendía el porqué de esta sonrisa. No comprendía por qué la manta era tan basta. No comprendía por qué se encontraba tendido.

De nuevo cae inmediatamente en la inconsciencia.

Sin embargo, Pedro vio abiertos, durante un instante, durante un brevísimo instante, los ojos redondos del señor Joaquín. Y cuando las dos miradas se encontraron, dentro de él se disparó algún timbre de alarma, algo así como un interruptor dio una vuelta y se produjo una viva luz, y salió al vestíbulo para gritar, ¿cómo no se le había ocurrido antes?:

—¡Id a buscar a un médico!

Llueve. La yegua y el carro permanecen inmóviles bajo el agua, en medio de la era. Alrededor de las patas del animal y de las ruedas del carro se han formado unos charcos de agua, y así parece que el uno y el otro se vayan fundiendo poco a poco.

El idiota montó en el carro. Se cubre con un saco, coge las riendas. Las riendas están mojadas, la madera está mojada. El carro avanza. El idiota tiene la boca abierta. El agua cae y se detiene sobre su labio caído y, de vez en cuando, él sopla y la escupe.

En la carretera hay una inmensa paz. Ahora el hombre es feliz, abre la boca cada vez más. De pie sobre el carro, deja flojas las riendas y tan sólo está atento a los árboles. Éste es su juego predilecto, su placer: marcha pegado al borde de la carretera, tanto como le es posible, y espera que llegue la rama de un árbol para agacharse rápidamente y volver luego a ponerse en pie. No se agacha hasta el último momento —ahí está el atractivo—, cuando la rama ya le roza la cara. Inmediatamente grita, victorioso: «¡Yó-é!».

A trescientos kilómetros de distancia, en la ciudad, también llueve.

La lluvia hace brotar, en la ciudad, las raras flores negras de los paraguas de los hombres, las más raras, todavía, flores amarillas y azules y grises y verdes de los paraguas transparentes y frágiles de las muchachas.

Se acerca a una rama, se agacha, y grita «¡Yó-é!», y el grito se prolonga por el valle de purísimo silencio.

Los almacenes «Capitolio» aprovechan toda ocasión. Ahora aprovechan la lluvia para instalar, en el vestíbulo, que da a la calle más concurrida de la ciudad, una parada de paraguas económicos. El dependiente, que una hora antes vendía corbatas, ha dejado de gritar «inarrugables, a quince» y explota una nueva ocurrencia: «¡Quien se moja es porque quiere!».

Cincuenta ciudadanos se han refugiado en el vestíbulo. Cincuenta ciudadanos que miran al cielo, malhumorados, que temen que se les mojarán los zapatos, que protegen su cartera para que no se la roben, que vuelven a mirar al cielo, que calculan lo que les costaría un taxi...

Se acerca otra rama, se agacha y grita «¡Yó-é!», y la esquivo tan justamente que, en su alegría, lanza una risotada terrible y magnífica, una risotada que le hace levantar las orejas a un conejo escondido en su cubil, al otro lado del valle.

Un pasante de notario, después de mirar distraídamente por la ventana, coge un papel blanco y lo coloca bajo el montón de papeles que tiene sobre la mesa. Entonces hace sobresalir una punta del papel blanco y escribe, protegiendo las letras con la palma de la mano:

*Cuando llueve, los ojos
de las chicas son verdes
debajo del paraguas.*

Será un bello poema.

En todas las tiendas han encendido las lámparas, porque la luz del día no alumbra. El pasante de notario sigue mirando, insistentemente, por la ventana, en busca de nuevos estímulos, de nuevas ideas, de nuevos versos.

Es trágico. No se le ocurre nada más.

Para animarse, relee:

*Cuando llueve, los ojos
de las chicas son verdes
debajo del paraguas.*

Es bonito.

Se acercan ramas y más ramas —ahora atraviesa el bosque— y el hombre casi que ni puede respirar entre grito y grito. El saco, pesado por el agua empapada, se le ha caído de la espalda.

El aliento de la yegua permanece un instante en el aire, y pronto desaparece absorbido por la poderosa respiración de todo el valle.

Después de cada grito prodigioso del idiota, se escucha el «sst» sostenido de la lluvia, como una admonición.

La voz no tenía, quizá, la plenitud acostumbrada.

—Pedro.

Precisó en seguida:

—Pedro Jordana.

—Mande, señor Joaquín.

El señor Joaquín, desde el fondo de la almohada, anunció:

—Ya estoy bien. —Y movió la mano como cortando toda posible discusión—. No decida nada sin consultármelo.

Sin embargo, entonces dentro de él se produjo algo, un dolor o tal vez un recuerdo, y desvirtuó la frase ritual con la contraria:

—Haga lo que le parezca mejor, Pedro. —Y, después de una pausa—: Gracias.

Porque el señor Joaquín tuvo un sueño. Soñó que el coche caía por el barranco, que él quedaba mal herido, que un hombre que llevaba la camisa remendada y estaba sin afeitar, y con la frente sucia —un hombre que resultaba ser Pedro Jordana, sin que se le pareciese— un hombre miserable le recogía en sus brazos y se lo echaba sobre los hombros. En el sueño había una zona confusa, como si una larga lluvia lo hubiera ablandado todo. O tal vez no sucedía nada, fuera de que el hombre miserable le llevaba auestas, le llevaba auestas horas y más horas, y saltaba ágilmente enormes precipicios, y esquivaba las dentelladas de unos perros rabiosos y negros (jamás le gustaron los perros). Dejaban un hilo de sangre sobre el suelo, pero era sangre del que le llevaba sobre sus hombros, y él, en cambio, dormía y se sentía valiente como cuando era niño.

Ahora sabía que estaba a salvo, y por eso al abrir los ojos y al ver la auténtica cara de Pedro Jordana dijo: «Gracias».

El médico que llegó de Tesera es un hombre bajo, de cabeza abollada, que se abriga con una bufanda colorada por debajo de la chaqueta.

El señor Joaquín sospecha que no lleva corbata, y no tiene ningún deseo de dejarse visitar.

El médico, informado del accidente por el dueño de la casa, sospecha que el

enfermo es un pez gordo y no tiene deseo alguno de visitarle. Sin embargo, no puede negarse.

Le reconoce, lentamente, para tener tiempo de reflexionar sobre qué ha de hacer y qué ha de decir. Sin darse cuenta, está realizando el mejor reconocimiento de su vida.

El señor Joaquín tampoco tuvo nunca tanta paciencia. Responde, aunque sea brevemente, a las preguntas del médico. Ahora le está mirando cuidadosamente la cabeza, y, lo que es peor, le toca los costados, por encima, por detrás.

Antes de dar el examen por terminado, el médico señala la especie de aceite que ensucia el pecho y el abdomen del señor Joaquín.

—¿Qué es esto? —y mira a Pedro.

Pedro, por más que se encuentran solos, baja un poco la voz:

—La vieja.

Cuando hace una mueca, y la boca se le alarga como un arco, la cabeza abollada del médico se transforma en una hucha grotesca.

Por fin permanece a los pies de la cama, saca un pañuelo de su bolsillo y se limpia del aceite que le mancha las manos. Entonces, el señor Joaquín interroga.

—Usted dirá.

Ha cortado la frase. Algo le ha impedido pronunciar, como era su costumbre: «Usted dirá, doctor».

El médico habla:

—No sé si se dan cuenta de que ha sido un milagro. Usted está bien. Ha tenido suerte, prácticamente está ileso. Ha superado el trauma —«trauma, trauma, hace veinte años que, en Tesera, no usa esta palabra, y sería posible que ya no supiera aplicarla correctamente»—, no presenta lesión alguna visible que sea de importancia. Si dispusiera, ahora, de un aparato portátil de radioscopia... —y lanza a la habitación una ojeada condenatoria.

El señor Joaquín también observa la habitación, pero con otros ojos. Ojos inesperadamente benévolos, incluso afectuosos. Si Pedro Jordana pudiera valorar esta mirada, quedaría sorprendido, porque en este lugar el señor Joaquín no puede encontrarse a gusto.

Y se encuentra a gusto, con un bienestar que posee una raíz inexplicablemente profunda.

—De todos modos —dice el médico— todo el mundo que, como usted, permanece un «lapsus» de tiempo —«lapsus, lapsus», como ictus, angor pectoris, gastralgia, cefalea, palabras olvidadas; en Tesera dicen «ataque al corazón, migraña, retorcimiento de tripas»—, un «lapsus» de tiempo considerable en coma, ha de permanecer unos días inmovilizado, en observación. En conciencia, yo no puedo aconsejarle que vuelva a su casa o que vaya al hospital. Si le es posible, permanezca aquí tres días. A veces se presentan reacciones imprevistas.

Pedro Jordana estaba seguro de cuál sería la respuesta: «No me es posible». Y, no obstante, el señor Joaquín, con voz que ya parecía perfectamente firme, comentó:

—Muy bien, me parece muy bien.

Está tan extrañamente satisfecho, que esta vez no corta la frase:

—¿Qué le debo, doctor?

Y con un ademán le indica a Pedro que le pague.

Al quedar solos, dice:

—Entiéndase usted con esa gente, Pedro. Vea si se puede mejorar un poco este dormitorio y qué clase de comida nos pueden preparar. Sea como sea, llegue a un acuerdo con ellos.

Pedro Jordana tiene un montón de problemas que plantear.

Insinúa el primero:

—Debemos avisar a la oficina, señor Joaquín.

—¿Para qué?

—Les extrañará no recibir nuestros telegramas previstos desde Pamplona, Vitoria y Bilbao.

El señor Joaquín realiza una profunda inspiración y cierra un instante los ojos.

—Tan sólo hay una cosa importante, Pedro, y no se le olvide. Durante tres días no quiero ser molestado. No quiero ser molestado en absoluto. ¿Comprende?

—Su esposa...

El señor Joaquín le mira.

—¿Tal vez el médico me ha engañado? ¿Tal vez estoy a punto de morir? —Y antes de que Jordana pueda replicar, añade—: Es conveniente disimular. Si en la oficina lo supieran, empezarán a enredarlo todo, y tengo la impresión de que unos días de soledad me sentarán bien...

Arruga nerviosamente con los dedos el embozo de la sábana. Y tarda un poco en pedir:

—Le agradecería que, si no le es indispensable avisar a su casa...

Por la ventana entra una luz que a cada momento se hace más débil.

El rostro de Pedro Jordana queda, de pronto, como pintado de gris.

—Tiene usted mal aspecto, Jordana. ¿Se encuentra bien?

—Perfectamente, señor.

Se produce un largo silencio.

Pedro se acerca a la ventana, y después anuncia:

—Ya no llueve.

Vuelve la cabeza. El señor Joaquín se ha dormido.

VI

Sube al autobús.

Pasaron cuatro, cuatro autobuses que se iban comiendo la cola de viajeros a pequeñas dentelladas, porque venían muy llenos.

Ya se encontraba arriba con su paquete y no acababa de decidirse a subir la escalera, por si algún pasajero, por casualidad, quería cederle el sitio.

—Aquí no puede estar —gritó el cobrador, al dar la señal para arrancar.

Un viejo se levantó.

—Yo bajo en la próxima parada —aclaró, como excusándose ante todos, para que no encontrasen que su atención era algo ridículo.

—Siéntese, pues, mujer —dictaminó el cobrador con familiaridad rural. Había varios millares como él, que habían vivido cuarenta años sin haber visto jamás un tren, perdidos en cualquier rincón de Andalucía, y que ahora —después de tres días de viaje, instalados en una barraca del cementerio viejo, sin luz, sin agua, sin cama— habían encontrado milagrosamente un puesto fijo en la gran ciudad; formaban parte de su ritmo, muchos habían llegado a creer que eran ellos quienes precisamente lo producían: para todo el mundo tenían (como para esta mujer del paquete) un gesto autoritario, o una condescendencia benévola. Si es cierto que existen los nuevos ricos, este tipo de hombre —este cobrador, este basurero, este camarero, este peón—, después de cuarenta años mortalmente oscuros es, sin lugar a dudas, un *nuevo vivo*.

María, la mujer de Pedro Jordana, deja reposar en su regazo el paquete de las camisas, y sobre él cruza los brazos. El autobús se mueve y salta frenéticamente, pero, a pesar de los saltos, ella permanece inexplicablemente inmóvil, con esa tendencia a la actitud estatuaria que confiere dignidad —una dignidad entre trágica y cómica— a la miseria.

Acaba de entregar treinta camisas.

«Ahora que Pedro está fuera puedo trabajar más». Así piensa, en la mesa del comedor cubierta por completo de camisas desplegadas. Ahora las camisas pueden permanecer allí durante todo el día, puesto que Pedro no lo descubrirá.

Lleva en la mano el gran pañuelo del hato, doblegado hasta una inverosímil medida, y dentro del pañuelo el minúsculo portamonedas con un billete de cinco duros.

Mientras espera a que vuelva a pasar el autobús, se acerca a mirar el escaparate de una tienda de artículos de piel.

Ve un montón de objetos de lujo que jamás sabrá qué son ni para qué sirven. Pequeños estuches, fundas minúsculas para objetos misteriosos y accesorios de imposible identificación. Son como la moneda usada en otro mundo.

Sin embargo, hay una enorme cartera de mano, brillante, color de mantequilla. Le

gustaría tocarla con sus dedos, intentar hundirlos en la superficie que se adivina compacta y a la vez suave.

Si cuando Pedro regrese necesita una cartera le comprará ésta. Ella confía en que, algún día, Pedro necesitará una cartera de mano.

El autobús, oportuno, aparece por la esquina y deja pendiente este problema.

Dentro de los autobuses que, al caer la tarde, devuelven a la gente a sus casas, dentro de estos autobuses tan ruidosos por fuera y tan silenciosos por dentro, que atraviesan las grandes e iluminadas avenidas como animales asustados, porque todavía llevan en los flancos las sombras de las barriadas, dentro de estos autobuses viaja la resignación.

Las puntas de los cuellos de las camisas están marchitas, en medio de cada frente hay una arruga profunda y extática, una arruga antigua, cicatrizada, por la que no fluye ninguna clase de sangre; por esta arruga oscura es por donde fluye la resignación.

La barba de los hombres ha crecido, las puntas de los dedos se vuelven hacia la palma de la mano. Los hombres... que se miran con ojos inexpresivos, y nadie sabe si lo que tiene delante de sí es realmente otro hombre o él mismo. Hay polvo —en verano— o fango —en invierno— en los bordes de los zapatos y en los bajos de los pantalones. Entre los labios o entre los dedos un ya escaso pitillo, como símbolo de lo poco de día que les queda. Las mujeres tienen la cabeza inclinada y las manos sobre el vientre, como si intentaran evitar que les huyera del cuerpo la última fuerza de vida.

Un viejo que quiere apearse se cubre hasta los ojos con la bufanda. En la mano lleva una fiambarrera envuelta en una servilleta azul y blanca, sus pantalones están mal abrochados.

El policía no se sienta. Permanece cerca de la puerta, asido a la barra. Se quita la gorra, se rasca un instante los cabellos negrísimos. El gris de la guerrera es más claro, comido por el sol. Bosteza. El cobrador le dice «hola», porque cada día se lo encuentra. El cobrador lleva un *ideal* sobre la oreja, y de vez en cuando golpea las barras metálicas y produce un *clinc, cinc*, y parece que éste sea el último recurso, el último sistema para que al rumor de aquella suerte de música siga moviéndose hasta el final aquel oso inmenso, el autobús de la resignación.

Mauricio Danés decide que venderá el *Panhard* o alquilará, como su socio Joaquín, un chófer. Durante doscientos metros luchó con aquel terrible autobús, y tiene los nervios deshechos: Un chófer es la solución ideal.

Conecta la radio. Una cosa alegre:

Tu es ma p'tite folie,

oh, ma p'tite folie.

¿Cuántos lazos —se admira— habrá estrechado ya Joaquín por tierras de Aragón y de Navarra?

Cuando regrese ha de hablar con Joaquín: quiere convencerle para que le deje a Jordana. Si ha resultado ser un buen chófer, se quedará con él.

Oh, ma p'tite folie!

En algún otro lugar ha oído antes esta canción. Tal vez en la misma casa de Toni. Ahora le preguntará si se acuerda de ella.

Antes de que se sienten a la mesa de bridge, porque una vez sentados no hay nada que hacer.

El niño, sentado a la mesa del comedor, se durmió con la cabeza sobre los brazos. La lámpara despide su luz pálida, como si también durmiera.

María, que entró en el piso con su llave, le encontró en esta posición. Se detiene un instante en el umbral de la puerta para contemplar a su hijo.

Tiene el cabello rubio. Cada tarde llega despeinado, después de jugar con los compañeros, al salir de la escuela. Durante los primeros días, Pedro, su padre, le regañaba y le llamaba al orden, pero ella jamás había comprendido por qué era mejor ir peinado que ir despeinado. Un día Pedro debió de pensar en esto y es seguro que tampoco lo entendió, porque dejó de molestar al chiquillo.

Dormía. Era hermoso verle dormir. Junto al codo puntiagudo se encontraba un cuaderno escolar, más allá unos cromos y un tebeo que alguien le prestaría en la escuela. Para leer el tebeo había retirado y apilado en un rincón de la mesa todas las camisas a las que su madre tenía que poner botones.

Y la mujer se sonrió.

Y seguía mirándole.

Y era triste que aquel niño estuviera solo.

Imaginó que en medio de la mesa había un espejo y que al otro lado aparecía otro chiquillo —otro chiquillo que, por una ley inexplicable, era igual y al mismo tiempo era una niña.

Le pareció que alguien —Pedro— subía las escaleras y que iba a llamar a la puerta del piso. Escuchó: del patio venía la voz de una radio:

Oh, ma p'tite folie!

—Buenas noches, Toni.

—Hola, Marta.

Se dan la mano bajo la lámpara veneciana del hall.

—¿Y Mauricio?

Mauricio se detiene en el jardín para mirar el perro negro de Juliá, pero sin atreverse a acercársele mucho.

—No lo comprendo. Jamás había mirado tanto a *Barbudo*.

Salen al jardín. Corre un aire fresco y un olor de jazmín.

—¿Te interesa, hoy?

Mauricio le da la espalda al perro y, del brazo de Toni, entra en la casa.

—El otro día me ofrecieron uno. Naturalmente, no lo aceptaré, pero me ha parecido que debía mirar un perro un poco desde cerca, porque no tenía ni idea de cómo son.

—Puedo prestarte un libro.

Se detiene, para que pase primero al *living* la esposa de Mauricio.

—*After you* —dice Toni. Sonríe y muestra una perfecta dentadura.

¡Qué paz tan sólida, qué invencible tranquilidad se encuentra en el hall de esta casa! Dan unas horas de cristal en un reloj de pesas construido en París.

—Hola, Marta.

—Hola, Mauricio.

—Hola.

Isabel Juliá deja una copa en las manos de Mauricio.

Alguien que estaba leyendo el periódico se levanta de su butaca, abre los brazos y les da la bienvenida.

—Sensacional, Mauricio, sensacional. Hoad ha llegado a la final. Seis cuatro, seis uno, seis tres sobre Seixas.

La calefacción es muy fuerte. Sobre la radiogramola se agostan las rosas cortadas una hora antes en el jardín. Tres hombres comprueban, ahora, en el periódico, la sensacional victoria de Hoad. El instinto de la propia condición social les obliga a interesarse por el tenis. Pronuncian *Uímbeldon*.

—Pero sentaros —dice Isabel Juliá. En sus manos tiene las últimas fotografías tomadas en Puigcerdá.

En el hall, el reloj repite la hora. Se diría que siempre está repitiendo la misma hora.

Llega un momento en que María Jordana coge a su hijo en brazos y le lleva a la cama. Pesa. Cada día pesa más. Es bueno que las cosas propias pesen. El esfuerzo intensifica el amor.

El chiquillo tiene la boca abierta. El médico dice que será necesario extraerle las amígdalas, las *glándulas*. Que en otra época ya se las habrían sacado, pero que ahora

se es más precavido. Pues si están, por algo están.

María Jordana contempla al hijo tendido sobre la cama. Como su padre, tiene el mentón caído. Entonces empieza a desabrocharle los zapatos, y luego los pantalones. El muchacho se restriega ojos y mejillas con los puños, sin acabar de despertarse. Dice: «¿Qué hora es?». Ella le sienta sobre la cama para quitarle la camisa: «La hora de irse a dormir». Pedrito siempre quiere saber la hora y siempre lamenta dormirse tan pronto. Quisiera no tener nunca sueño. Algún día, a veces, cuando por la noche tiene fiebre, percibe las mágicas campanadas del reloj del comedor, y a aquella hora, en la oscuridad hay un mundo de volúmenes y ruidos y olores diferentes.

María Jordana le deja dormido. Lava los calcetines en la pila del lavabo, porque mañana Pedrito ha de volver a ponérselos. Sale al balcón y los cuelga. El aire le hace sentir más fría el agua que todavía tiene en las manos.

—¡María!

Ramona le llama, desde el piso de arriba.

—¡María!

María, vista desde el piso de abajo, es tan sólo una cabeza guillotizada por la baranda del balcón, una cabeza que inexplicablemente no acaba de caerse a la calle.

—¿Pagaste el gas?

—Sí.

—¿Es que lo han subido? Me ha costado dieciocho pesetas más que el mes pasado.

—A mí también, casi cinco duros más, pero el niño ha tenido la gripe y el gas estuvo encendido durante casi todo el día.

Habla sin mirar hacia arriba, porque todo el cuerpo le dolería.

—Yo le he preguntado, al cobrador, si habían subido el gas, y me ha dicho que no, que le parecía que no, que de todos modos él no tenía nada que ver.

—Parece que no son gente como nosotros, por el hecho de llevar una gorra. Cualquiera diría que en su casa no tienen gas.

—Tal vez ellos no lo pagan.

—Podría ser.

María Jordana escucha un momento. En el piso reina un silencio absoluto. El niño duerme.

—¿Todavía está fuera Pedro?

—Sí.

Una pausa. Se percibe el ruido de un tranvía, en la Ronda. María Jordana sabe perfectamente qué piensa Ramona, la del tercero. Ramona tiene envidia.

—A ver qué te traerá —dice, porque está segura de que no le traerá nada.

—Mientras todo vaya bien... —contraataca la Jordana.

¿Qué significa «ir bien»? ¿Qué es lo que debe ir bien? ¿Por qué se les ha metido en la cabeza que de este viaje ha de salir algo, alguna cosa buena?

—Hola, María.

El esposo de Ramona ha salido al balcón. María levanta los ojos. La cabeza del hombre también se asoma por la baranda, pero más que la de Ramona: el cuello y una porción del pecho, como una estatua.

En aquel momento María quisiera retirarse. Le parece cruel que aquel hombre se halle en el balcón con los brazos cruzados sobre la baranda, que los del tercero no sepan esperar otra cosa que la hora de irse a dormir. Que tengan la cabeza vencida, porque una profunda tristeza es como una hoz alrededor del cuello.

Entonces, sin embargo, el esposo mueve un brazo y lo pone sobre la espalda de su mujer.

Y María Jordana se siente, de súbito, inesperadamente sola.

Mauricio Danés pincha un poco de *gruyère* —prefiere el *brie*— lo huele meticulosamente, vuelve a dejarlo en el plato, toma una raja de jamón en dulce, envuelve el queso con el jamón arrollado y se lo mete todo de una vez en la boca.

—¿Qué día te vas a Roma, Toni?

Toni, que estuvo hablando de arquitectura, y decía que los suecos eran unos maestros, y que los finlandeses aún serían mejores si no fueran tan «glaciales» (palabra que aplicaba a menudo y que dejaba a la gente un poco admirada), parece palidecer, mientras mueve nerviosamente los pies.

—He tenido que dejarlo para más adelante. Me ha salido un inconveniente.

Deja su vaso sobre la mesita. Inclina el cuerpo hacia Mauricio y baja un poco la voz.

—¿Tú sabes que tengo un taller de grabador?

Sí, lo sabe. Mauricio le conoce a Toni cinco o seis cosas de este estilo, negocios y negociejos que darían risa en otro que, como él, no tuviera una inmensa fábrica de maquinaria textil. Era gracioso que Toni se hubiera empeñado en mantener una librería, una tienda de flores, un pequeño taller de grabado y quién sabe qué otras cosas más.

—No es posible tener según qué clase de gente, Mauricio. En la fábrica jamás he tenido ningún conflicto. Es más, me consta que no puede haber ninguno. Tengo ciento dieciocho obreros. Yo soy el amo, ellos son los obreros, está perfectamente claro. Los contables, el apoderado, el ingeniero, toda esa gente, también permanecen en su lugar. Yo les trato muy poco, la verdad.

Mauricio lo creía. Siempre pensó que Toni era un aventurero de los negocios —por eso su trato le era más agradable que el de los demás. Cada día deseaba empezar algo nuevo, y dejaba que la fábrica de maquinaria marchase sola —no era lo bastante imprudente como para cerrarla.

—Yo les trato poco, y todo va bien. En cambio, he montado el taller de grabado de una manera totalmente opuesta. Toda mi vida he tenido la manía de grabar. Un simple «amateur» si tú quieres, pero incluso he llegado a realizar unos cursillos en

Lyon y en Roma. Hace tres años, decidí explotar un determinado procedimiento de grabado, y busqué gente. El más listo, el que está encargado de todo, se llama Costa, y procede de una imprenta.

Se sirve un poco de ginebra, y echa en el vaso un cubito de hielo. El hielo resbala, topa con el cristal y produce un sonido burlón.

—Bien. Hace un mes que mi procedimiento ha conseguido el máximo de su eficacia. De Roma vine con el último retoque que me faltaba. Bien. Después de haberle enseñado a Costa, durante tres años, no sólo el oficio, sino «mi» sistema, el muy cabrón espera que yo regrese de Roma y que yo le explique la última lección para decirme una cosa como ésta: «Si no me da dos mil pesetas más, mañana le dejo plantado. Y le advierto: tengo alquilado un local, en esta misma calle, me llevo a tres de sus grabadores y le quitaré la clientela».

Mauricio toma una segunda lonja de jamón y con ella envuelve otro pedazo de queso. Sin saber por qué, lamenta que le expliquen esta historia. Pero Toni no puede detenerse:

—Ya comprendes que eso de las dos mil pesetas es un simulacro de dignidad que da asco, un pretexto que ni él tiene interés en sostener.

—¿Cuánto ganaba?

—Cuatro mil pesetas.

Sigue no gustándole la historia.

—Y realmente ha alquilado un local y me ha conquistado a la gente. Y trabajará bien, es un buen grabador. —Los labios le tiemblan—. ¿Quieres saber la cantidad de dinero que he perdido en este asunto?

Pero no es el dinero perdido lo que hace que sus labios tiemblen. Mauricio sabe que ha de incorporarse al problema, porque el otro le pide piedad. Y por eso le pregunta:

—¿Y qué piensas hacer?

—Ya lo hice: cerrar. A todos les he dicho lo mismo: a hacer puñetas.

Isabel Jordá se acerca como un torbellino y se sienta junto a ellos, en el sofá.

—¿Has visto las fotos de Puigcerdá, Toni?

—No.

Toni las mira y las examina con la cabeza un poco inclinada.

—Buenas fotos, ¿eh? ¿Una *Retina*?

—Sí. Mira estas nubes. Pero... no bebéis nada. ¿Queréis más hielo? Este es «Sam», el perro de Cardellach. El reflejo de los lentes... Magnífica, ¿eh?

—¡Isabel!

Isabel se va. El servicio espera instrucciones.

Toni deja las fotografías sobre el sofá y le dice a Mauricio:

—Y te prometo que cuando les dije «a hacer puñetas» se quedaron asombrados. Me he convencido de que no se pueden tener negocios pequeños. —Y, como si lo relacionara de algún modo, pregunta—. ¿Qué noticias hay de Joaquín?

—Yo no tengo ninguna.

Vuelve la cabeza y por encima de la butaca grita:

—¡Luisa! ¿Hay noticias de Joaquín?

Están jugando al póker. Cuatro cigarrillos manchados de rojo arden solos en los cuatro pequeños ceniceros dorados de la mesa verde. Luisa, la mujer de Joaquín Civit, contesta con un guiño, porque el humo le hace saltar lágrimas de un ojo.

—No sé nada. ¿Y tú?

—Ni palabra.

Toni mira el fondo del vaso —el hielo, casi deshecho, al girar hace vibrar el vidrio— y se jura a sí mismo que cuando acabe de fundirse el hielo dejará para siempre de pensar en la porquería del grabado.

Ahora el carillón del hall distribuye por todos los rincones la irresistible hora de la sonrisa y llama a todos al orden del ballet.

Los del tercero dijeron «buenas noches» y entraron. María Jordana permanece un momento en el balcón. Llega el ruido del cercano bar de la calle, que parece mucho más próximo en la noche. Un ruido siempre igual y siempre diferente, como una olla que hierve.

Se distrae sin darse cuenta. No piensa en nada.

Y, no obstante, su cerebro trabaja y se alegra y se entristece, y espera y teme, laborando sobre mil sensaciones e ideas que ahora no están presentes en su conciencia.

Escucha y mira el bar, y es como si escuchara y mirara su propia vida —siempre distinta, pero siempre igual.

Al ir a entrar oye un silbido.

—¡María!

Ramona, otra vez.

—¡María!

Habla en voz bajísima, de conspiración.

—Antes no pude hablarte, porque vino Tomás. Espero que tardará un poco en darse cuenta de que estoy aquí.

—¿Qué ocurre?

—¡María! —Parece una invocación. Siempre llama a la gente como si pidiera auxilio—. Se ha quedado sin trabajo.

—¿Tomás?

—Sí, le han despedido, les han despedido a todos.

Inmediatamente piensa en Pedro. Quisiera ver qué hace ahora Pedro. Quisiera asegurarse de que todo marcha bien, de que está al lado del dueño. Otra vez la ausencia le causa alegría y —no puede evitarlo— también angustia. Sabe que ha de estar contenta, pero se siente sola.

—No sabe qué hacer, María. ¡Ay, Dios mío!

De haber entrado en casa un minuto antes, piensa María, ahora no ocurriría esto. Pero está en el balcón y ha de decir:

—¿Cómo ha ocurrido?

—Y ya me dirás ahora —sigue Ramona— cómo nos arreglamos con los críos, y quién nos puede asegurar... Tú sabes, María, que Tomás ha estado enfermo. Yo le he dado bistés, y...

Ahora entrará en la especie de caos que le es habitual. Piensa diez o veinte cosas a un tiempo, y no acaba de concretar ninguna de ellas. María, empero, la conoce perfectamente. Y conoce perfectamente aquel tercer piso —las dos baldosas que faltan en el recibidor, el papel azul morado, delante de la habitación de la vieja, decrepita, el mismo destino que el día de mañana aguarda a Ramona; la vieja, cuya única afición es perseguir escarabajos—; y sobre todo conoce el aire del piso, y le parece que de todo lo que ocurre en aquella familia tiene la culpa el aire húmedo, un aire que se habría de sacar a paletadas.

Y conoce a la pequeña Teresita, que tiene el cabello rubio y unos brazos delgados y blancos como lirios. María quiere a aquella frágil criatura que los del tercero no merecen —aunque ella no sabe de dónde le viene esta seguridad.

—Y ahora imagínate, María: la madre, que nos cuesta más dinero que... vaya, y que de golpe te encuentres sin nada... Tomás tiene un disgusto que no sé...

—¿Y cómo ha sucedido?

En el silencio de la noche, el bar y su ruido han quedado extraordinariamente lejanos. María Jordana sólo oye la voz que le cae sobre la cabeza.

—Unos querían dejar la casa para irse a trabajar a otro sitio. Te advierto que no lo sé muy bien. Y el dueño les ha despedido a todos. Se ve que le ha dado como un ataque, y ha cerrado el taller.

La voz calla y, en seguida, continúa, todavía más conspiradora:

—¡María! Yo pienso... Si Pedro pudiera ayudarnos... Cuando regrese de su viaje tal vez podría encontrar un trabajo, y Tomás...

—¿En qué trabaja Tomás?

—Conoce el grabado, pero si fuera necesario, ya comprendes, cualquier cosa...

La pequeña Teresita, la de brazos como lirios, ahora debe estar durmiendo con la boca abierta... Quisiera proponer: «Pedro te ayudará si tú me das la niña».

Cuando Pedro vuelva de su viaje pasarán muchas cosas. De súbito, siente el frío del hierro del balcón sobre el vientre, y se aparta un poco.

—¿Es que no hay que dormir? —inquieta una gruesa voz. Tomás sale al balcón. María no se atreve a levantar la cabeza.

En este barrio, el viento no se atreve a revolver nada. Se ha escondido cobardemente.

La noche tampoco se atreve a matarlo todo. Deja que todos los dolores, que todas las injusticias, que todas las inseguridades, que todas las dudas duren siempre hasta el

día siguiente.

El tiempo pasa como una fiebre lenta.

VII

«**N**o se mueva», le ha dicho el médico. Sabe que le tienen en observación, como si fuera un perro. Imagina que todos le miran por el rabillo del ojo, y que cuando le dicen las cosas más sencillas y claras, guardan un secreto pensamiento: «¿No se le nota algo extraño? Es posible que súbitamente palidezca, o cierre los ojos, o incline la cabeza».

Desde que se despertó por la mañana, tiene la impresión de que es el objeto de una curiosidad general, y que hay algo que ha de esconder. De hecho, sin embargo, solamente Pedro Jordana y la vieja entran en la habitación. Pedro se sienta en una silla baja de anea, de una anea que el tiempo ha secado y casi florecido, perfumándola. Estira las piernas —que cuando un hombre se sienta en una silla baja parecen mucho más largas. Por un momento mira el rostro del señor Joaquín. Un momento, nada más, porque el señor Joaquín siempre le está mirando a él. Luego vuelve la cabeza y contempla el paisaje de la ventana —bañado por una luz polvorienta por la mañana, y cenicienta por la tarde.

El señor Joaquín quisiera que Pedro no se moviera tanto. Porque no cesa de moverse. Tiene un brazo vendado e inmovilizado mediante un pañuelo, pero el otro brazo multiplica su actividad. Jamás hubiera dicho que un hombre necesitase hacer, para vivir, una serie de tan continuos y pequeños ademanes. Él no puede moverse, no puede hacer ademán alguno. El único brazo disponible de Pedro trabaja, pues, por cuatro brazos. Es un brazo que llega a convertirse en una obsesión, e instintivamente lo respeta como si fuera una fuerza más poderosa y más libre que él.

Incluso la vieja de la casa tuvo que rendirse ante la energía de este brazo. Alrededor de la cama, Pedro trazó un invisible círculo privado: allí las tazas de caldo cambian de mano. Y más aún: al cabo de pocas horas la gente de la masía comprendió que los dos forasteros gobernaban sus vidas según unas leyes diferentes, y en cada una de sus palabras, de sus silencios y de sus gestos había un mundo cerrado, que les era propio, y al que no podrían llegar a entrar ni con la más dura coacción física.

—Jordana.

Pedro Jordana vuelve la cabeza.

—No hable, no le conviene.

El señor Joaquín calla durante unos segundos, después dice:

—La cabeza me vibra de un modo extraño, Jordana.

—Descanse, son los nervios.

La cabeza le vibra de un modo realmente curioso, como debido a una excitación reprimida. Piensa una cosa y rápidamente la idea se desenfoca, se repite con fuerza obsesiva, se pierde, reaparece absurdamente ligada a ideas posteriores, y es imposible ordenar y pacificar el pensamiento.

Una de estas obsesiones es el rostro de Pedro Jordana. Nunca acaba de borrarle. Puede recordar el viaje en el coche, y el despacho, y a su mujer; puede jugar a repetir por el principio y por el final y por orden alfabético los nombres de sus hijos, y siempre está presente en el fondo de su memoria, más o menos preciso, más o menos real, el rostro de Pedro Jordana.

Es un rostro dominante, tal vez porque él se encuentra tendido y se ha acostumbrado a verlo desde un plano inferior. La mandíbula le parece enorme.

—¿Quiere usted hacerme un favor, Pedro?

Pedro Jordana todavía se acerca más a él.

—Siéntese aquí, a mi lado.

Pedro se inquieta.

—¿Desea usted algo, señor Joaquín?

—Ya le he dicho que se siente aquí. Siéntese.

Observa, atentamente, cómo Pedro se empequeñece, hasta quedar sentado en la pequeña silla de anea. Ya no le ve desde abajo. La cama antigua es más alta que la silla.

—Debe de estar muy cansado, Pedro. Descanse.

Cierra los ojos, pero sigue viendo con toda precisión la cabeza de Pedro que le mira desde arriba y, de pronto, tiene la impresión de que participa en un juicio y que le han atado de pies y manos en una inmensa sala oscura, en la cual tan sólo está iluminado el rostro de Pedro Jordana, sin que pueda acabar de saber si aquel rostro está presente en calidad de juez, en calidad de testigo o en calidad de fiscal. No abre la boca, no dice nada, pero en todo el horizonte no halla otra cosa que le interese tanto.

Pedro se está durmiendo en la penumbra del rincón, cuando oye la voz del señor Joaquín.

—¿Quién eres tú, en realidad, Pedro Jordana?

Al principio, no sabe si es él mismo quién se lo pregunta. El señor Joaquín le está mirando con la cabeza inclinada sobre la almohada, los ojos brillantes por el último reflejo de la luz de la tarde. Pero el señor Joaquín nunca le tuteó.

—¿Qué clase de testigo eres?

Pedro Jordana, atento y estúpido, se ha vuelto para decirle:

—¿Desea usted algo, señor Joaquín?

Y los ojos siguen brillando, inmóviles. Entonces, Pedro Jordana tiene miedo, y *pone una mano sobre la frente del señor Joaquín.*

El mismo Pedro ignora que con su gesto ha dado la respuesta. No sabe que la verdad de un hombre —que no se puede explicar perfectamente con palabras— a menudo se dice con la presión de una mano, con el calor de una sangre, con un contacto fugaz que deviene total. Hay hombres que en un momento de angustia necesitan de una mano que se abra paso por la frente adentro, apartando las telarañas. Con esta mano ha entrado una viva luz que de golpe ha iluminado la inmensa sala, y

el señor Joaquín ha sabido qué clase de testigo era Pedro Jordana, y de qué daba fe. Y se ha visto a sí mismo, perfectamente espejeado en la luz, y ha comprendido que también él, y cada uno de los hombres, da fe de una indestructible verdad.

«Sería terrible que se muriera. ¿Cómo podría justificar, ante la gente de la oficina, que el señor Joaquín murió aquí?» Todavía no retira la mano de su frente: quiere transmitirle su calor, sus ganas de vivir. «Sería terrible que se muriera. Ahora, en esta casa, en este viaje, ahora que él, Pedro Jordana, le acompaña, y de esta proximidad recibe también fuerzas y esperanza». Si hubiera muerto una semana antes, no habría tenido disgusto alguno. Absolutamente. Habría tenido un día de fiesta. Como todos, habría dado un duro para la corona. Imagina a Alsina, el apoderado, diciendo: «Era un hombre ejemplar», mientras hacía sonar su llavero en el bolsillo. Él no hubiera pensado ni que sí ni que no, porque era imposible saber nada del señor Joaquín, que parecía un ser inventado por Alsina, el apoderado.

Ahora percibe su frente enfebrecida, y le tranquiliza el mantenimiento de este calor, porque significa que sigue vivo. Los ojos se le llenan de lágrimas: «¡Tengo una mujer y un hijo, Señor, y ahora este hombre no puede morir! ¡Son mil doscientas pesetas al mes, y cumpliré cuarenta años, y quiero tener una hija! ¡Que viva un año, que tenga tiempo para descubrirme, para decir una palabra favorable sobre mí!».

Acabada la súplica, la mano se retira de la frente.

La vibración interior del señor Joaquín se ha calmado. Las imágenes se enfocan, los pensamientos se precisan. Mira a Pedro Jordana, del cual ha sentido la presión de su voluntad. La suya no era una mano indiferente, sino una mano estremecida de deseo. Es la primera vez que en un subordinado descubre el deseo —un deseo humano.

Ahora recuerda al hombre. Tal vez, de hecho, no lo olvidó ni un solo día, aunque hubiera jurado que sí. Lo recuerda con una precisión incomprensible, teniendo en cuenta que entonces procuró no verle, procuró tenerlo ante sí el menor tiempo posible.

Alsina, el apoderado, lo preparó todo adecuadamente, como él decía: *adecuadamente*. El hombre tenía anotadas tres faltas graves en el libro. (Ahora no puede recordar su nombre; lo ha olvidado, y eso que lo había repetido cientos de veces. Era un nombre corriente. En cambio, intentó no fijarse en aquel rostro, y ahora lo tenía delante. También era un rostro vulgar, como el de Pedro Jordana. Tal vez si Pedro Jordana no se hubiera aproximado tanto a él, no le habría recordado al otro. Y llegó a dudar de si no se trataría del mismo rostro, y toda la gente que vio siempre en la oficina y en la fábrica se concentra ahora en ese rostro de Pedro Jordana, que por eso le parece tan vigoroso, tan terrible).

Tenía anotadas tres faltas graves, todas por el mismo motivo: tres veces le habían

sorprendido durmiendo, en el almacén, en vez de hacer los paquetes. Alsina, el apoderado, le presentó el caso perfectamente dibujado, para ahorrarle preocupaciones. Las tres faltas eran probadas —posiblemente había otras cincuenta que no se descubrieron—; el individuo entró en su despacho con la frente arrugada y guardó un mutismo absoluto. Parecía estar de acuerdo con su suerte. «Ahora firme en el libro». Firmó. Recuerda —no se explica cómo puede recordarlo, diría que no se fijó en ello— una F inicial grande y complicada y, eso es, se llamaba Fernández, Juan Fernández. A la derecha firmó él mismo: Joaquín Civit. (Ahora pesa, mentalmente, los dos nombres, y se esfuerza en engordar el perfil del suyo: es inútil. Son evidentemente dos nombres minúsculos y exactos).

—En este caso no procede indemnización —informó Alsina, el apoderado.

Y estaba en lo cierto.

—Son tres faltas graves, según el reglamento de la casa.

Y estaba en lo cierto.

—Usted tiene el derecho de interponer la reclamación correspondiente, si lo considera oportuno, y dentro del plazo fijado, ante la Magistratura.

Y otra vez estaba en lo cierto.

Era extraño que aquel individuo tuviera tan arrugada la frente.

Unos minutos después, Alsina, el apoderado, se lo había llevado consigo.

Y antes de cerrar fue a su despacho para explicarle:

—Es un tipo que también trabaja de noche, como vigilante en no sé qué casa.

Resultado: todos los trabajos mal cumplidos.

De pronto, al señor Joaquín le asaltó una duda:

—¿Le ha pagado la parte proporcional de gratificaciones y vacaciones?

Alsina, el apoderado, sonrío:

—Naturalmente, señor Joaquín. Le correspondía un veintinueve por ciento de su salario. —Rápidamente presentó un papel—. Salario de mozo: seiscientos ochenta; veintinueve por ciento: ciento noventa y siete con veinte. Ha firmado el recibo.

Y antes de marcharse, acentuó la sonrisa para explicar:

—Se lo traje todo arreglado, señor Joaquín, para que usted no tenga preocupaciones.

Alsina, el apoderado, ahora se encuentra lejos. Hay alguna cosa profunda y soterrada en años que se aprovecha de esta lejanía del cajero. Es una general, angustiosa y todavía inconcreta preocupación, como el principio de una enfermedad.

Se ha dormido. Pedro le toma el pulso: tal vez tiene algunas décimas. Duerme profundamente, y las mejillas le tiemblan a cada inspiración, como dos merengues rosados.

Le deja con un poco de pena, pero desea salir al aire libre. Atraviesa la cocina y busca un vaso para beber agua. Los viejos están en cama. Casi le asusta el descubrir,

sentada en un rincón, a la muchacha de ojos atónitos, que se levanta y descuelga la bota del vino. Se mueve con extraño silencio, como impelida por un aire invisible que bajase por la chimenea del hogar.

Pedro bebe, largamente, y parece no sentir la dureza del vino.

Devuelve la bota a su sitio, procurando no encontrar aquellos ojos maravillados, sin que sepa todavía por qué lo están.

Afuera hay una noche neblinosa. Los árboles, el pozo, el carro, la piedra, todo duerme un sueño pesado dentro de la niebla. Pedro Jordana avanza unos pasos por la era, tuerce a la izquierda, vuelve para atrás. Cada paso le cuesta extraordinariamente, porque el cerebro no le ordena nada, como si estuviera lleno de la niebla nocturna. Intenta seguir, buscando un camino para sus pasos y para sus pensamientos. Pero nota que la noche le inmoviliza, que el aire se hace denso y que está a punto de convertirse en un árbol o en una piedra.

Solitario, siente un estremecimiento de frío. Quisiera saber si en algún lugar hay alguien que se acuerde de él y de sus cosas.

Se despierta lúcido, con una íntima animación. El señor Joaquín siente su piel como una capa tibia, y conserva, avaricioso, la inmovilidad, mientras observa cómo la luz se apodera cada vez más de la pared.

Tal vez le ha despertado el rumor de un carro que se pone en marcha. El dueño de la casa se ha ido a Tesera, a vender leña.

Al entrar en la habitación, cerca de las nueve, Pedro Jordana se da cuenta de que el señor Joaquín tiene los ojos limpios de fiebre y todo su rostro parece como reconstruido, afirmado.

—¿Ha pasado usted buena noche?

—No lo sé, no me acuerdo de nada.

Y vuelve la cabeza hacia la pared, que ya la luz ocupa por completo.

—Pero me parece que tendremos un buen día. ¿Qué cree usted, Jordana?

—Seguramente, señor Joaquín.

Deja la taza de leche en la mesita de noche.

—¿Tienen vacas esta gente?

—No, tienen cuatro o cinco cabras.

El señor Joaquín levanta las cejas.

—Nunca he tomado leche de cabra.

La luz se intensifica.

—¿Ya ha desayunado usted?

—Sí, señor Joaquín.

Pedro Jordana duda. ¿Realmente se encuentran en un lugar perdido en la montaña, rodeados de extraña gente, y tan desinteresados de su situación que el señor Joaquín puede ahora sostener esta conversación?

El señor Joaquín saca los brazos de debajo de las sábanas y los cruza sobre el embozo. Las manos parecen aletear en el aire como dos palomos sin plumas.

—Tal vez su familia estará intranquila, Jordana. Y yo le he pedido que no diga nada, que no dé ninguna pista...

—No. Mandé un telegrama desde Zaragoza. De hecho, han pasado pocas horas.

—¡Ah!

Mientras se sienta sobre la cama para tomar la leche, el señor Joaquín se dice que aquel chófer llamado Pedro Jordana era ya, entonces, algo más que un chófer, era un hombre capaz de mandar un telegrama particular, un hombre que tenía unos pensamientos incontrolados.

—¿Por qué se incorpora tanto, señor Joaquín?

Desea sentarse. Pedro Jordana va a buscarle el abrigo y se lo pone sobre los hombros.

—¿Todavía le queda tabaco de aquel, de aquel... económico que acostumbra a fumar?

Está a punto de decirle claramente lo que piensa: «Haga todo lo que usted acostumbra a hacer, le ruego que sea tal como usted es».

Pero enciende un *Ideal* y se sienta en la silla baja, a los pies de la cama.

El silencio se prolonga. Parece que cada uno se haya situado, instintivamente, en un lugar prefijado. Tal vez esperan una consigna, el advenimiento de algún hecho desconocido. El humo del cigarrillo se eleva como la única cosa aparentemente viva —como si se materializara el tiempo.

De súbito, un brochazo de luz en la pared.

El señor Joaquín ignora qué es esa tenue pero mágica presencia que le ha animado a seguir la excitante y difícil aventura del diálogo.

—¿Quién habrá recibido su telegrama, Jordana?

Pero, en realidad, su pregunta es: «¿Qué clase de familia tiene usted?». Se está iniciando en la virtud de saber, de participar, de comprender, con la misma clase de placer y disimulo con que se iniciaría en un vicio.

—Mi señora.

Él habría dicho «mi mujer». Pero ahora no debe pensar esto.

Se ha bebido toda la leche. Pedro recoge la taza, enciende el cigarrillo que se le ha apagado.

—Esta tarde vendrá el médico, señor Joaquín.

El señor Joaquín sonríe y vuelve a cubrir sus brazos con la sábana.

—No me preocupa el médico, Jordana.

—Es necesario saber cuándo le permitirá levantarse...

—Me levantaré cuando quiera. Mañana. No habrá complicaciones.

Pedro calla. Piensa: «Y una vez levantado...».

—¿Se encuentra usted bien, Jordana? Cuando se encuentre realmente bien, pondrá usted el coche en marcha y regresaremos a Barcelona.

No se le ocurre discutir, comentar, proponer.

—Pero no hay prisa.

Y vuelve la cabeza hacia la pared, y mira la mancha de sol, como para volver al mundo presente. El sol ya no es un brochazo: se ha extendido como una bandera.

Y, de cara a aquella bandera cordial y profundamente viva, el señor Joaquín dice tranquilamente la cosa inconcebible:

—Usted, Jordana, me hace pensar en mi abuelo —y entonces le mira—. Mi abuelo era un hombre que vivía en una casa baja de Tarrasa, una casa que se apoyaba en la pared de la fábrica, y que cuando él murió nosotros derribamos. Murió viejo —mueve los pies, dentro de la cama—. Era delgado como usted y fumaba unas cosas negras que despedían un olor espantoso. Había sido operario de segunda en casa Jou. En invierno, llevaba una boina que se calaba hasta las cejas.

Se le hinchan las mejillas; le sube un eructo. ¿Le sentará mal la leche de cabra?

—A los cuarenta años comenzó a ganar algún dinero por su cuenta. A los cincuenta, marchó a Inglaterra con su boina de siempre, y al regresar montó la fábrica para su hijo. Los obreros le llamaban señor Pepet. Sé que era una excelente persona y que toda su vida mascó aquellas cosas negras que despedían tanto hedor.

Mira atentamente a Pedro, que acaba de tirar la colilla de su *Ideal*, y continúa:

—Hoy lo acepto.

Pero Jordana repite: «A los cuarenta años comenzó a ganar algún dinero...».

—Usted me lo recuerda, Jordana.

El sol, ahora, abriga la cama como si fuera otra manta, y el señor Joaquín no se resiste a flotar en una miel halagadora.

Pedro Jordana, implacablemente recortado en la sombra glacial, piensa: «A los cuarenta años comenzó a ganar algún dinero».

Parece que el aire de la habitación se calienta. El señor Joaquín cierra los ojos un momento: la leche le ha sentado bien.

Y no se atreve a decir lo que ha pensado: «El abuelo y usted, Jordana, los dos, han sido el tipo de hombre que yo he menospreciado. Hombres de calidad deficiente, por debajo del límite que hoy se puede exigir a un ser civilizado. He procurado, consciente o inconscientemente, ignorarles siempre».

Sin embargo, algo hay en él que se resiste a aceptar la semejanza básica. Le desconcertaba que uno de estos hombres hubiera llevado en su sangre toda la carga de energías y de sensibilidad que luego apareció en los hijos y en los nietos, porque esto le impedía seguir desinteresándose por la copia que de uno de estos hombres tenía ahora ante sí. Y de pronto lo ve claro —aunque grotesco: «yo podría ser el nieto de este Jordana».

Es una revelación menos turbadora de lo que hubiera imaginado. Es una revelación que parece tapar una brecha interior. Una respuesta pacificadora y definitiva.

Si él tuviera que ser, en el tiempo, el nieto de este Jordana, ese cabello áspero, esa piel gris de tristeza, esa boca vulgar, todo tendría un gran valor. Sobre todo, cada uno de los pensamientos y deseos de este hombre que ahora está mirando por la ventana influirían sobre sus futuros deseos y pensamientos. Jamás ningún hombre ha podido contemplar el remoto nacimiento de sí mismo en los gestos y en las reacciones de los abuelos. Y se da cuenta de que de un modo aproximado ahora él puede hacerlo.

Adivina, por vez primera, que el mundo no se puede mirar —y amar— tan sólo a través de la sangre.

«Es absurdo que por el hecho casual de que este hombre no sea mi abuelo le mire —y le menosprecie— como a un desconocido, como a un hombre que no tiene nada, absolutamente nada que ver conmigo».

(Y me llevó a cuestras, me defendió de los lobos que me acechaban a cada vuelta del camino, me veló y me puso su mano cálida sobre la frente —en una transfusión vaga y profunda a un tiempo).

Vuelve a repetírsele la alucinación del rostro de Jordana, iluminado como una máscara en una sala inmensa, y cada vez con mayor precisión sabe de qué da fe. Ocho días antes hubiera admitido irreflexivamente la frase: «Todos los hombres son hermanos». Lo ha dicho la Iglesia. Ahora aprende a profundizar y no se contenta en seguida con su primer pensamiento.

Su última conclusión no es tan simbólica, y rehúye invocar un parentesco espiritual. Es un pensamiento sencillo, terrible porque no añade nada a la naturaleza: «Todos los hombres son hombres».

Y en este momento cierra los ojos como para preservar su imparcialidad.

Desde la ventana, Pedro ve regresar el carro de Tesera. Viene por el camino soleado, y el sol brilla con inexplicable intensidad, gloriosamente, en la frente del idiota.

VIII

El médico le autoriza para levantarse y sentarse en una butaca.

—Prácticamente —dice— ya no hemos de temer ninguna complicación.

Y parece que se está excusando de haberle retenido en cama. Seguramente estaba acostumbrado a no ser obedecido por la gente de la comarca, y, hasta cierto punto, le impresiona que el pez gordo de la ciudad se haya doblegado tan fácilmente a sus órdenes.

Los cortes se cicatrizan prácticamente por sí mismos. Él no hace más que ser un espectador atento. Hoy, encuentra que los dos accidentados están físicamente, y sobre todo psíquicamente, recuperados. Cuando termina de hacer los movimientos necesarios, cuando acaba de actuar técnicamente, no puede detener de golpe sus manos, que agotan su impulso en una vaga actividad mágica.

El señor Joaquín le dice:

—Hace tres días que tenemos el coche en la carretera. ¿Sabe usted conducir?

Se pagó la carrera —¡qué lejos, ya!— trabajando como chófer de una ambulancia municipal.

—El hombre de aquí —el señor Joaquín se refería al idiota— ha puesto el coche en la carretera, con la ayuda de cuatro o cinco tipos como él. —Admirado, a Pedro—: ¿Es todo un caso, no?

El médico pontifica tímidamente:

—Los débiles mentales presentan a menudo una potencia física...

—Es posible que el motor funcione. Jordana, dele las llaves. Tendría que llevarlo al taller más próximo, para que lo repasen. No viene de dos días, pero que lo hagan bien.

—Si no funciona...

Entonces, el médico le da pena al señor Joaquín. Es un hombre que ya no cree en la vida.

—¿Por qué no ha de funcionar?

Es probable, piensa el médico, que el coche funcione, porque es de un pez gordo.

—Ya me lo entregará usted cuando esté a punto. Y entonces me visitará usted por última vez.

Cuando el médico hubo salido, el señor Joaquín le preguntó a Pedro:

—¿Ha recuperado la cartera, Jordana? ¿Y el equipaje?

—El hombre de la casa lo trajo todo, señor Joaquín.

Habrà que gratificar «al hombre de la casa».

El idiota permanece sentado en el poyo desde que trajo al médico. Las manos le cuelgan, entre las piernas, cada minuto más azules. Mira fijamente la rueda del carro, como hipnotizado. Espera que el médico salga para regresar a Tesera. Llega un

momento en que, de tanto mirarla, la rueda del carro se pone en marcha: los radios empiezan a temblar, oscilan, ora hacia adelante, ora hacia atrás, hasta que se confunden y se superponen: la rueda gira. Al cabo de cinco minutos, un dolor profundo entre las cejas le obliga a cerrar los ojos, y al volver a abrirlos la rueda se ha detenido ya, y está perfectamente inmóvil.

Sale el médico. Le hace una señal con la mano: «¡Bien, hasta la vista!».

Él se levanta y pone una mano sobre el cuello del caballo.

«¡He de poner el coche en marcha!», le explica el médico, ya desde lejos.

«En marcha el coche, marchelcoche, chelcoche...». Las palabras le dan vueltas en la cabeza como antes los radios de la rueda del carro. Cuando le duele entre las cejas, cierra los ojos y deja de pensar. Al volver a abrirlos, el médico ya ha desaparecido en el recodo del camino, tras las encinas, y allí están los árboles de siempre, erguidos, y bajo su mano el cuello inmóvil de la yegua.

Al caer la tarde, el señor Joaquín aparta la sábana y pone pie a tierra. Ocurre como el deshacerse de una crisálida, como una muda...

Algo, en efecto, ha cambiado en el señor Joaquín, durante estas últimas horas.

Pedro Jordana le ayuda a ponerse el abrigo.

—Quiero salir de aquí, pero no quiero meterme en la cocina. ¿Sabe usted, Jordana, dónde podríamos instalarnos sin pasar demasiado frío?

—Nos traerán una olla con brasas donde usted quiera.

Salen a la sala de entrada. Por primera vez, el señor Joaquín tiene idea de la casa, del mundo en que ha caído. La sala, tal vez demasiado vacía, produce una impresión inconfortable.

—Allí está la cocina —señala Pedro.

Delante está el portal, que da a la era. A la derecha, una escalera; a la izquierda, una puerta.

—¿Y allá?

El suelo está lleno de avellanas. En un ángulo, un montón de sacos vacíos. Una ventanita se abre a la fachada posterior de la casa, al campo.

—¿Podríamos sentarnos aquí?

Pedro Jordana penetra por todos los rincones de la casa. Encuentra una butaca incómoda, pero aprovechable, y una silla para él. La vieja le prepara el brasero. La muchacha de ojos extasiados no está por allí. Debe de haber salido al campo con su padre.

La habitación que han escogido está impregnada del seco perfume de las avellanas. Cuando, al colocar la butaca del señor Joaquín, Pedro chafa unas cuantas, parece que el perfume se intensifica.

Al otro extremo de la sala general ven la cocina. Parece que, deliberadamente, se hayan situado en una posición opuesta a los de la casa, separados los unos de los otros por un vestíbulo desguarnecido que es como una especie de tierra neutral.

De minuto en minuto, la luz entra más débilmente por la ventana, y simultáneamente se exalta el rojo de las brasas. Pedro Jordana se inclina para coger una avellana. La rompe con los dientes. Con la punta de la lengua, nota la piel rugosa y en seguida un ácido que le cubre el diente.

—¡Están verdes!

Y escupe.

El señor Joaquín cierra los ojos un momento. No puede soportar que alguien escupa delante de él.

(Era un hombre corpulento, cargado de espaldas. Tenía la nariz larga y su negro bigote se esparcía irregular como una mancha de tinta.

Aquel mediodía, la radio dijo que el ejército se había sublevado en África.

Él estaba en la puerta de la calle, mirando cómo la gente iba, igual que siempre, arriba y abajo, y cómo las mujeres entraban en la panadería de enfrente y compraban *coca*, y cómo el ciego de la esquina tocaba en su violín cada día la misma pieza. Era tranquilizador. Entonces pasó aquel hombre de la joroba, que miraba con la cabeza baja y arrastraba los pies como si quisiera acabar de reventar las alpargatas, o como si pisara la ciudad con ira.

El señor Joaquín sintió su durísima mirada y la palpitación de alguna cosa amenazadora debajo del enorme bigote.

El hombre se detuvo un segundo, y escupió con fuerza.

Le escupió a él, de un modo deliberado e insultante, y un grumo de saliva cálida paralizó el latido de la sangre en la mejilla del señor Joaquín).

El estupor le duró veinte años.

Ahora acababa de sentir otra vez su auténtico aguijonazo, en este rincón perfumado de avellano, sentado ante un hombre que le llevó en brazos. Se pasó la mano por la mejilla, como para secarse el antiguo salivazo.

Mira una vez más, con profunda atención, el rostro de Pedro Jordana. Su frente rebajada, su nariz tal vez demasiado ancha, sus labios arrugados. Le imagina perfectamente con un enorme bigote negro, con una jiba y unas enormes alpargatas reventadas de tanto pisar con ira.

Pero no le imagina escupiéndole a un hombre sin motivo. Eso es lo importante, el motivo. Se da cuenta de que tal vez, durante veinte años, ha creído que en el mundo había unas cosas con apariencia de hombres y que en realidad eran máquinas de escupir.

Y es terrible —vuelve a pasarse la mano por la mejilla— que un hombre escupa siempre con una razón, porque la fruta está verde o porque a veces le sube del corazón a la boca un ácido espeso y doloroso.

Pedro Jordana se inclina y le ofrece un puñado de avellanas.

—¿Quiere probarlas?

Mira la mano extendida.

Ocho días antes, hubiera rehusado.

Pero ahora las recoge con su mano rosada, y se decide a llevarse una a la boca. Presiona con los dientes, medroso; teme rompérselos.

Jamás supo romper nada con los dientes. Los dientes le dan angustia. Los pobres tienen unos enormes y agudos dientes.

¡Crac!

La avellana, efectivamente, está verde, y el ácido le produce escalofrío en la muela.

Siente como se le forma el grumo de saliva en la boca, espera un poco y luego escupe. Jamás había escupido en presencia de alguien.

Ha escupido sin ira, con el deseo de entender la vida de la gente que escupe.

IX

El señor Alsina, el apoderado, manda que el señor Llobet acuda a su despacho. El señor Llobet es una especie de jefe de personal subalterno; se ocupa de las altas y de las bajas, de la situación administrativa y, también, de la inspección superior de los mozos del almacén, meritorios, auxiliares de segunda, muchachos que todavía no tienen una labor apreciada en la casa.

El señor Alsina, el apoderado —que si bien cuando el señor Joaquín está presente actúa como apoderado, ahora que el dueño está fuera actúa como el señor Joaquín— llama al señor Llobet en su calidad de responsable de la conducta de los muchachos.

La cosa es grave:

—Señor Llobet: he descubierto, en el water, una inscripción inconveniente.

—¿Una... inscripción?

—Sí, una inscripción. Altamente incorrecta —hace sonar su llavero, dueño de la situación—. Tendría usted que investigar quién ha sido el autor.

El señor Llobet agacha la cabeza, medita. Le parece que puede haber sido cualquiera. Cuarenta años atrás, hubiera podido ser él mismo.

—Compruebe la letra, esto puede darle una prueba —las cejas se le pliegan sobre los ojos, gravemente—. Tal vez este muchacho nuevo. ¿Cómo se llama?

—Palau.

—Éste parece que no tiene principios.

Principios. ¿Qué significa, para el señor Alsina, tener principios?: aguantarse las ganas de orinar hasta la hora de salir de la oficina, para no tener que levantarse en medio del trabajo; no resfriarse en días laborables; no saber silbar; y, sobre todo, ir a informar a la gerencia acerca de quiénes son los que no tienen principios.

—Ya me dirá usted algo. Parece ser que a estos muchachos les sobra tiempo para dibujar en las paredes.

El señor Llobet decide que lo primero que debe hacer es ver la inscripción delictiva.

La encuentra en el vidrio traslúcido de la puerta. Está convencido de que habría pasado cien veces por ahí y no la habría visto. De hecho, así habrá ocurrido, porque quién sabe desde cuándo está ahí esa inscripción.

Dice: *Caca*.

Es curiosa la habilidad del señor Alsina, el apoderado, para descubrir inmediatamente la más pequeña deficiencia. Si se ha quitado el polvo de veinticuatro sillas y la veinticinco ha sido olvidada, únicamente pasa sus dedos por los barrotes de ésta.

El señor Llobet vuelve a leer: *Caca*. Y le parece que es una letra como cualquier otra. Pero no se le ocurre que en esto podría acabar todo. No existen precedentes de que alguien haya interrumpido voluntariamente el mecanismo. Y el mecanismo se ha

puesto en marcha.

Llama a Palau, el muchacho sin principios. «¿Escribiste tú *caca* en la puerta del water?» «¿Yo? No, señor». «¿Sabes quién lo ha escrito?» «¿Yo? No, señor». Llama a Juan: «¿Has escrito *caca* en la puerta del water?» «No, señor; no». «¿Sabes quién lo ha escrito?» «No lo sé». Llama al otro Juan, el de Facturación. Le cuesta articular otra vez: «¿Has escrito *caca* en la puerta del water?» «¿Yo?...». Y luego Manolín, el muchacho que echa de menos a Jordana, aun cuando ya ha crecido demasiado para quedarse con sus pantalones viejos. «¿Has escrito *caca* en la puerta...? ¿Sabes quién...?».

Al cabo de media hora entra en el despacho del señor Alsina, el apoderado, que tiene sobre la mesa un gráfico de la producción 1940-1950 y una carpeta con un rótulo: *asuntos pendientes*. Entra para comunicarle que no ha podido averiguar quién escribió *caca* en la puerta del water.

(Ahora, en el almacén, cuatro hombres cargan piezas en un camión y sudan, y quisieran, una vez acabada la carga, tomarse un vaso de vino caliente, y piensan que vale una peseta y que deberían cruzar la calle a escondidas. Acabarán por coger el botijo del rincón, y el agua sabrá a dinero escaso y pesará como la vida).

—Procure que no vuelva a ocurrir una cosa tan desagradable —aconseja Alsina, el apoderado, con una mueca de asco— y haga que lo borren en seguida.

Mientras repasa las notas de salida, Orfila vuelve a darle vueltas a lo que el domingo discutió con su cuñado.

«Me conformaría con ganar trescientas pesetas más, cada fin de mes», dijo.

Su cuñado le miró con curiosidad.

«¿Por qué trescientas pesetas, precisamente?».

«He hecho mis cálculos. Me gusta hacerlos, ya lo sabes. Es como una manía».

El chiquillo de Orfila se arrastra a gatas por el suelo, encuentra un calcetín para zurcir que se ha caído de una silla y lo muerde, lo deja, tropieza con la pata de la mesa y comienza a lamerla, pasa su madre y le pisa la mano...

«¡Llévatelo!» Orfila no puede soportar que el muchacho berree. La mujer se lo lleva, y cerca de los fogones encuentra el mendrugo de pan que le dio media hora antes. El chiquillo vuelve a ablandarlo un poco, pero en seguida se aburre.

«Trescientas me irían como anillo al dedo. Toma, ¿quieres fumar?»

«No pides mucho».

«No, no es mucho. Y te aseguro que para mí sería una gran cosa. A veces —enciende una cerilla y se la ofrece al cuñado— me pregunto por qué ha de ser tan difícil».

Entonces, el cuñado sonrío de un modo extraño, como si se encontrara en posesión de un secreto.

«No es que sea difícil —dice—; es que, de hecho, es imposible».

«¡No fastidies! Tú sabes dónde trabajo, ¿verdad?»

Sí, lo sabe. En una de las casas más importantes del país.

«He dicho trescientas pesetas y podría haber dicho treinta mil, ya ves».

El cuñado lanza al aire el humo espeso del cigarrillo y mira cómo sube, con ojos entrecerrados, como si estuviera contemplando algo nuevo.

«Estás equivocado —asegura—. No te pueden aumentar esas trescientas pesetas mensuales».

«¿No pueden? Pandilla de...».

«Ni pandilla de... ni nada». —Se diría que el cuñado está poseído por una profunda gravedad y mueve las manos con aplomo— «Parece mentira que tú, que eres amigo de hacer cálculos, hables así».

«Escucha: Si hay algo que yo sepa son los números de la casa».

El cuñado busca el humo con la mirada.

«¿Qué beneficios mensuales tiene?».

Orfila reflexiona durante dos segundos.

«Pon ciento cuarenta mil».

«¿No exageras?».

«Pon ciento cuarenta mil», insiste.

«Está bien». —Y sin inmutarse—: «¿Cuánta gente cobra de la casa?».

Orfila también lo sabe:

«Veinticinco o treinta en el despacho, y cuatrocientos o quinientos en la fábrica».

«Dejémoslo en quinientos, ¿eh?».

Se produce un silencio. En la cocina, un grito de la mujer y un grito de la criatura. El cuñado arroja el cigarrillo al suelo.

«Ahora empieza a echar cuentas. Tú quieres trescientas pesetas, y estás convencido de que no pides nada, de que es incomprensible que no te las den. Escucha: has de concederme que hay quinientos hombres que necesitan otras tantas trescientas miserables pesetas más». Se oye la radio de un vecino. «Multiplica. Si la casa le aumenta trescientas pesetas a cada trabajador... Multiplica quinientos por trescientas. La casa pagará, el día treinta, ciento cincuenta mil pesetas más». Le mira: «¿Cuánto dijiste que ganaban los dueños?».

«Ciento cuarenta mil».

«Pues mira, si quisieran contentaros a vosotros y daros trescientas pesetas más a cada uno, la casa se vería obligada a cerrar: cada mes perdería diez mil pesetas».

Orfila le mira fijamente.

«Ya lo ves, no puede ser. Ni pandilla de... ni nada. No *puede ser*».

Está tan preocupado que, ahora, después de comprobar que no se ve rastro del señor Alsina, el apoderado, coloca una hoja de papel debajo del montón de notas de salida y por cuarta vez efectúa la multiplicación que el domingo le sugirió su cuñado.

Es tan fácil que estremece.

No pueden pagar trescientas pesetas más... No *pueden*.

Pero debe haber algún error. Y comienza desde el principio. En los papeles consta que, al cabo del mes, para el capital queda un beneficio limpio de ciento cuarenta mil pesetas... Escribe la palabra *consta* y la subraya cuatro, cinco, seis veces, y de pronto la cosa deja de interesarle totalmente.

A Mauricio, el socio del señor Joaquín, cenar pronto le pone de mal humor. Porque cuando se cena pronto significa que hay prisa, y nada le molesta tanto como que le pongan en movimiento así que acaba de comer.

Es jueves, y toca Liceo.

Se levanta de la mesa, enciende un cigarrillo y va a ponerse el corbatín ante el espejo del lavabo. Después de todo, no es cierto que tenga que salir disparado después de cenar. Gloria se entretiene prácticamente durante una hora, y él no es de esos maridos que se ponen nerviosos, que se pasean arriba y abajo y cada cinco minutos abren la puerta para gritar «¿Todavía no?» Él le agradece a Gloria este tradicional retraso, y lo acepta como una delicadeza.

Hasta que Gloria le invita a salir, Mauricio se instala en una butaca y lee el último libro de éxito, y más que beber huele una copa de coñac.

Está impresionado por ese libro de los robots, los cerebros electrónicos y las fábricas automáticas. ¿Cómo es posible que la gente ignore todas estas cosas que se están inventando cada día? Una máquina que calcula en diez minutos lo que un sabio calcularía en cien años... Si logra recordarlo, le explicará a Gloria eso de las cocinas que trabajan solas... He aquí que no estaría mal que se inventara el robot marido-que-va-a-la-ópera...

Todavía no se ha calzado los zapatos. Con delectación, mueve los dedos dentro de las zapatillas calientes.

En realidad, piensa, el hombre de verdad no existe. De hecho, el hombre siempre es un hombre-robot, que funciona de una manera absolutamente automática. Ahora tendrá que levantarse, y desde este momento todos sus movimientos seguirán una línea ya fijada, como si estuvieran dictados por un minucioso ingeniero.

El aroma del coñac se le mete por la nariz y le despierta un millar de nervios finísimos. Es una sensación extraña y agradable, y le parece que si durase más acabaría levantándose del suelo y poniéndose a volar.

La voz de Gloria suena como detrás de un cristal, y de súbito el cristal se rompe, y Mauricio queda definitivamente incorporado a un mundo en marcha.

Al sentarse al volante del *Opel*, le dice a su mujer:

—Esta mañana he firmado la petición de un *Seat*. Éste se ha quedado muy anticuado.

Ella se echa el abrigo para atrás.

—¿Uno como el de Joaquín?

—No, él tiene un *Stromberg*.

—¿Y el que tú has pedido es mejor o peor?

—No se puede comparar, mujer...

Lástima que no se pueda comparar.

—Por cierto que no se sabe nada de Joaquín. Recibimos un telegrama y una carta desde Zaragoza, y después nada. Este silencio no es propio de él.

Se meten por la Rambla. Cruza los brazos sobre el volante y frena. El atasco de siempre.

—Joaquín es el hombre que siempre está ligado al despacho por un hilo. Sea como sea. Y ahora parece que este hilo se ha roto.

El estrépito de los cláxons. El inútil, exacerbado, infantil estrépito de los cláxons. Mauricio no se ha movido.

—¡Qué tontería! —dice—. ¿No queremos todos lo mismo? ¿Es que estos animales que arman tanto ruido piensan que hay alguien que pretende quedarse ahí parado?

—¿Y qué dicen, en la oficina? —pregunta Gloria.

—Alsina, el apoderado, está desconcertado —ahora quita el freno, Mauricio ríe—. Me parece, no sé por qué, que Alsina está extrañamente disgustado con «el señor Joaquín» porque no manda las noticias previstas. No se lo aprueba, ¿comprendes?

Hay algo que a Mauricio le divierte. Seguramente es el pensar en Alsina, el apoderado, que delante de los trabajadores hace sonar con ostentación las llaves que lleva en el bolsillo y que de vez en cuando tose autoritariamente, en este Alsina, tan seguro de sí mismo, que tan convencido está de que la mejor suerte de un hombre es pasar de mozo a hombre de confianza del dueño.

—Hoy, al traerme los papeles para la firma, no ha podido reprimir el decirme: «No hay noticias del señor Joaquín». Pero ha renunciado a seguir hablando de esto. Sabe que mi interés por la casa es muy reducido. Para él soy, evidentemente, una máquina de firmar, que se enchufa a la corriente cada mañana de once a doce y cada tarde de seis a siete.

Frena, violentamente. ¿Cuándo quitarán los tranvías de la Rambla?

Gloria se echa el abrigo para atrás y pregunta:

—¿Y a ti qué te parece que le habrá ocurrido a Joaquín?

—Sería un milagro, si le hubiera ocurrido algo. Nunca le pasa nada —acelera—. Si tanto te interesa, puedes telefonarle a Luisa. Tal vez ella sepa algo. ¡Ah, es cierto! —sonríe—. Alsina, el apoderado, se ha informado de los accidentes de tráfico. No hay ni rastro de Joaquín.

En seguida, con una mano se palpa la cartera. A veces, al cambiarse para ponerse el smoking se la deja olvidada. Se tranquiliza: debe haber en ella tres o cuatro mil pesetas, por si después los Giralt o los Bardella proponen acabar de matar la noche en cualquiera de los habituales y aburridísimos *mataderos* de noche de la ciudad.

X

Era un licor extraño, un alcohol preparado por la vieja según una fórmula imprecisa. Era espeso y violento, y el paladar del señor Joaquín lo rehusaba con un espasmo.

Pedro Jordana fue a pedirlo a la cocina, y regresó a la habitación de las avellanas con la garrafita entre las manos. La vieja cedió el licor con satisfacción, interpretando aquel deseo de beber de su alcohol como una prueba de confianza, una posibilidad de contacto.

Inmediatamente reanimó el brasero con nuevas brasas.

Es una noche singular ésta que empieza iluminada por el brasero, perfumada por las avellanas y excitada por el alcohol. Llega un momento en que el señor Joaquín y Pedro Jordana pierden la noción del tiempo.

El señor Joaquín aparta el vaso: tiene lágrimas en los ojos. Es un licor endiablado que le gustaría a Mauricio. Mauricio diría que tiene un cuerpo tal y una entrada cual, y que si la destilación insuficiente, y que si los años, y que si estos licores caseros tienen mucho atractivo.

Se seca los ojos y dobla lentamente el pañuelo en ocho dobleces.

—¿Se encuentra usted bien, señor Joaquín?

Pedro le mira fijamente, con el vaso en la mano.

—Muy bien.

En algún lugar alborotan unos ánades. Y luego silencio.

Pedro se acerca el vaso a los labios. Quisiera, ahora, que esta extraña velada durase eternamente. El líquido le quema la lengua y en seguida le explota, como una burbuja dulce y pesada, entre los ojos. Que nunca más saliera el sol. Teme que el médico acuda con el coche ya reparado y que sea forzoso regresar a Barcelona.

Y todo habrá acabado en esto.

María, que le dio los veinte duros «por si acaso»; María, que le despidió con una disimulada pero fuertísima esperanza; María, que creyó que podía detenerse a pensar por primera vez, sin dolor, en sus cuarenta años, y en el hijo y en los estudios de mañana; María, a la que ahora él imaginaba con la mano suspendida en el aire, esperando, antes de coser el próximo botón, una voz que viniera a liberarla... María sigue condenada para siempre al polvo y al desfallecimiento y a la fatiga más allá de esta muralla dulce y espesa que ahora se levanta dentro de su frente. Bebe.

—¿Se encuentra realmente bien, señor Joaquín? —insiste.

Las mejillas y los labios del señor Joaquín son de color rojo, al reflejo de las brasas. Tiene los ojos en la sombra.

Pedro los busca con angustia, y por un momento teme que el señor Joaquín se haya quedado sin ojos y que nunca más pueda ver qué hace él, Pedro Jordana, chófer y mártir. Le gusta: «chófer y mártir». Repite chófer y mártir, chófer y mártir, chófer y

mártir, hasta borrar el perfil de las palabras y crear una nueva, absurda e inexpressiva palabra: «chóferimártir».

—No comprendo cómo puede beber esto —dice el señor Joaquín—, quema todo lo que toca.

—No siento que queme —responde—. Al contrario. El alcohol es un anestésico. Cubre con un velo, y guarda dentro de algodones todo aquello que tenemos demasiado sensible, demasiado dolorido. Y usted perdone.

Bebe, un sorbo. Le ha pedido perdón por la frase o porque se le ha escapado aquel ruido... Está sudando. Hace calor en este escondrijo...

Lleno de curiosidad, el señor Joaquín se inclina un poco hacia adelante y durante un segundo se le ven los ojos. Pregunta:

—¿Cuál es su dolor, Jordana?

Pedro vacila. Mira el vaso. Luego cierra los ojos.

—Mi dolor... es todo.

Ignora si hace bien al decir esto, ignora si lo que ha dicho tiene algún sentido. Retira su cabeza hacia la sombra y levanta el vaso. Otro sorbo y basta.

La voz del señor Joaquín es sorda:

—¿Qué quiere usted decir, Joaquín?

E inmediatamente piensa: «¿Por qué pregunto? ¿Por qué quiero saber? ¿No es una frase grotesca: “mi dolor es todo”? ¿No es evidente que este muchacho se ha bebido un vaso de alcohol puro? Debería mandarle a la cama».

—Mi dolor es todo —repite Jordana, y quisiera recordar lo que pensó antes y no se acuerda de que era «chófer y mártir»—. Mi dolor es mi mujer, y mi casa, y mire usted —y muestra los zurcidos de debajo del cuello de la camisa—, y mi dolor son mis años, estos que he vivido, ahora que cumpliré los cuarenta, y los que viviré, y mi dolor es el hijo que tengo y los hijos que no tengo, yo tengo hijos que no tengo, ¿comprende?, y mi dolor, y mi dolor, y mi dolor... —los ojos le quedan paralizados, y abre lentamente los brazos, y parece que no puede decir nada más, y todavía dice... y ya lo ve usted...

«Debería mandarle a la cama», piensa el señor Joaquín. Pero no se mueve, subyugado. Tiene la sensación de que jamás ha visto a un hombre tan de cerca. No se explica por qué esto no le produce mayor angustia: tal vez porque el hombre no se da cuenta de que él le escucha con interés.

—Y no tan sólo yo, sino todos, todos... Abro los ojos y veo a Manolín al otro lado de la mesa... Tan sólo abriendo los ojos —arruga la frente—. ¿Por qué he de tener a Manolín delante de mí?

Ahora busca los ojos del señor Joaquín.

—¿Qué Manolín?

Jordana le mira, atónito.

—¿Usted no ve a Manolín?

Y busca con mayor avidez, en la sombra, los ojos del señor Joaquín. Tal vez está

metiendo la pata, tal vez el señor Joaquín nunca ha tenido ojos.

—Yo le di a Manolín un abrigo viejo —y, satisfecho, abre extraordinariamente los ojos—. ¿No se fijó usted en ello? Era un abrigo beige, con una espiguita...

Otro sorbo, y basta.

—Pero ya se acabó. Ha crecido demasiado. Cuanto más crece más pena da, ¿no le parece? Eso que se llama pena, pena, y uno pagaría lo que fuera para que no pusiera aquella cara.

Entonces, sospecha que está hablando demasiado y, cortésmente, pone la conversación en manos del señor Joaquín.

—¿Cómo están sus hijos, señor Joaquín?

Recuerda vagamente a unos niños con minúsculas corbatitas y calcetines blancos...

El señor Joaquín intenta recordar quién es Manolín.

—¿Cómo están sus hijos? —insiste Pedro, metálicamente.

Manolín debe de tener una ficha, pero no la recuerda. En las fichas no se acostumbra a escribir: «su cara da pena».

Pedro tiene la impresión de que ha dormido durante un minuto. Redescubre la presencia del señor Joaquín y sigue en alta voz el hilo de un pensamiento que hasta entonces había avanzado subterráneo.

—... y ha colocado en toda la casa lámparas de quince, para ahorrar. ¿No cree usted que esto da risa?

—¿Lámparas de...?

—Sí, mi señora. Lámparas de quince, de quiiiiince —alarga la *i*, divertido— para ahorrar. ¿No da risa esto? ¡Diga!

El señor Joaquín se frota las manos y siente los ojos de Pedro Jordana clavados en los suyos.

—Sí, da risa —confiesa.

Los labios de Pedro tiemblan de gozo.

—¡Le parece que da risa, como a mí! —Y con complicidad—: Pero a la mujer esto no se le puede decir, ¿no es cierto? ¿Usted lo diría?

Una extraña calentura va esparciéndose por el pecho del señor Joaquín, y juraría que está sudando. En este escondrijo hace calor.

—Usted tampoco lo diría —afirma Pedro.

Le mira, levanta el vaso y brinda. Cierra los ojos por un momento. En la frente le estalla otra burbuja dulce y pesada. Se inclina un poco hacia adelante, confidencial:

—No me acordé de decírselo, antes; mi dolor también son las lámparas de quince, y mi dolor también es usted, que siempre permanece en su despacho, y sólo ve al señor Alsina, el apoderado, que es una mala bestia, y usted perdone, y en cambio aquí lo estamos pasando bien, ¿no le parece?

Se dejó acompañar a la cama. El señor Joaquín le fue empujando, poco a poco. Por primera vez le cogió por el brazo y por primera tocó a Jordana —Jordana— con sus dedos avaros. Le condujo a la cama con la conciencia de que le protegía.

Pedro procuró conservar un hilo de lucidez hasta el final. En el momento de tenderse se rindió. Como si se mineralizara rápidamente.

El señor Joaquín le observa con una excepcional atención. La frente de Pedro está arrugada como algo muy usado. Del cuello le sobresale una vena que se estremece acompasadamente: parece un gusano o alguna cosa viva. Sobre todo, le atrae la piel de alrededor de la boca. Una piel trabajadísima, fatigada, sin sangre. Le impresiona que esto sea la cabeza de un hombre.

Entonces cede a un extraño deseo. Le asalta la tentación al ver el brazo largo y delgado de Pedro Jordana, que flota rígidamente sobre la sábana como el resto de un naufragio, como si fuera un objeto con vida propia. La piel desnuda y pálida a un tiempo le despierta piedad y angustia.

Y entonces se sube la manga de la americana, se inclina sobre la cama y pone su brazo junto al de Pedro Jordana.

Durante cinco minutos contempla los brazos, obsesionado.

Son iguales. El brazo de Pedro Jordana es igual que el suyo. La misma piel desnuda y pálida que produce angustia y piedad.

Es extraño, no se decide a separar —no puede— su brazo de la cama. Le parece que los dos brazos pertenecen a la misma persona. Es una sensación nueva y sorprendente esa de saberse atado de un modo misterioso, pero indestructible, a otro hombre.

XI

Encontró asiento en el piso bajo del autobús. Es el autobús de la resignación. El autobús que devuelve a los trabajadores a sus casas, cuando en la ciudad ha oscurecido. Los hombres de la boina sucia de yeso, de las manos manchadas por los ácidos, de las mejillas salpicadas de pintura o de grasa de máquina. Con una colilla apagada en los labios y con los calcetines caídos.

María, que fue a entregar un montón de camisas abotonadas, ahora deja descansar sus manos sobre el regazo. Calcula que antes de que Pedro regrese habrá acabado otras veinte docenas. Los dedos le bailan con alegre excitación.

En la lechería de Carmen comprará un *crusán*. Ya no sabe cuánto tiempo hace que tiene ganas de comerse un *crusán*.

El autobús atraviesa el Paseo de Gracia. María mira las luces, los coches, y al final la fuente iluminada, que desde la calle de Provenza parece muy pequeña. El autobús pasa rápidamente, como avergonzado de llevar incrustado a sus costados el polvo y la sombra de las barriadas...

—Quién más...

El cobrador avanza por el pasillo, hábilmente, golpeando con la caja de los billetes las barras de metal. Pregunta a una muchacha, le da el billete, cobra y devuelve el cambio sin dejar de mirarle el escote. Es un hombre de nariz aplastada, como si hubiera perdido la punta de su nariz un día de curiosidad demasiado temeraria.

—Quién más...

De los bolsillos, de los descosidos portamonedas, del calor del pecho, de las manos defensivamente cerradas salen los billetes escondidos, los ablandados, los honestos e infatigables billetes de peseta, que han trabajado de un modo desproporcionado a su modestia. A veces, estos billetes oscuros parece que se desprenden de las manos de los pobres como un recorte, como una lámina de su piel gastada...

María mira la calle, que refulge de luces de color, ahora que el autobús corre tanto como le es posible. Mira; pero no ve nada más que el juego siempre variable y embrujador de la ciudad iluminada. Por eso no se da cuenta de que va a producirse un choque, y su cabeza golpea contra la barra metálica.

«Es estambre puro, señora. Mire el peso. Finísimo. Podría enseñarle otras calidades, pero no podría engañarla. Vaya, no es preciso que se lo diga».

Eleva un poco más la pieza.

«Y el dibujo... exclusivo, naturalmente. Un tono vigoroso, pero delicado. También lo tenemos en verde oliva y en amarillo paja».

La señora Civit, la señora de Joaquín Civit, toca, mira y deja con cierta pena. Si fuera dispuesta a comprar, compraría la tela.

«Es bonita», reconoce, y con el elogio paga el tiempo ocupado.

Un botones le abre la puerta de la tienda. El chófer le abre la puerta del coche. No parece que se abra paso en el aire de la calle cuando camina, sino que el aire que la rodea siempre es el mismo y se desplaza suavemente con ella para evitarle asperezas y contactos violentos.

Aparcar es difícil. El chófer vive con la obsesión de aparcar. Si fuera posible aconsejar a la señora, ahora que encuentran un hueco delante de la casa Martí y Martí, no lo abandonaría. Intentar acercarse con el coche a casa Pellicer es exponerse a no encontrar sitio para detenerse hasta la calle de Mallorca.

Pero ésta es una proposición que jamás insinuará.

Mientras se hallan detenidos por la luz roja, una mano hace un signo cerca del cristal. Unos ojos negros miran intensamente, y, antes de que cambie la luz, Bel Terrades entra en el coche y esparce en él su perfume.

«¿Por qué lleva una piel?», arruga la frente la Civit. «Ya no está de moda. Sólo la llevan las criadas». No lo comprende. «Y es nueva, recién comprada».

—¿Y vosotros, bien?

«Sería gracioso que, después de que todo el mundo la hubiera llevado y de que nadie la llevase ya, usar una piel volviera a ser distinguido».

—No tengo noticias de Joaquín, que está de viaje, pero ya sabes lo que ocurre...

«Tres o cuatro mil duros... Calla, su santo fue hace pocos días. Debe de ser una atención de Terrades».

—Como quieras, en el Salón Rosa.

Identifica el perfume: *Femme*, de Rochas. «Hace poco tiempo que el pobre Rochas ha muerto». Bel ni siquiera debe saberlo. «Me gustaría oír cómo pronuncia *Femme*».

—Claro, tanto tiempo sin vernos...

Es la hora de la satisfacción. En los salones de té de amplios espejos dorados, manteles de color rosa, camareros de frac planchado, pastelería indigesta y excesiva calefacción, es la hora de la satisfacción más espesa.

Las cejas de las damas se mantienen artificialmente elevadas un centímetro más arriba de su nivel normal. Cada una de ellas escucha, expectante, el momento de la más alta satisfacción colectiva; cada una de ellas está atenta —mientras hablan, mientras fuman, mientras comen— a la inútil, a la vacía y gloriosa satisfacción de encontrarse, ahora, aquí, en este sitio cuya única razón de ser reside en esto: en que ellas están en él.

Luisa Civit pone sobre la mesa el minúsculo encendedor de plata.

—¿Tú sabes —dice— con qué alegría van al Colegio Alemán? Los dos mayores me dejan asombrada. Yo no recuerdo haber ido nunca al colegio con tanta

tranquilidad.

No le da tiempo para encender el cigarrillo. El camarero se acerca rápidamente y le ofrece fuego.

—¡Y qué gracia tiene, cuando oyes que rezan el padrenuestro y dicen *Vater unser* o no sé qué, con una seriedad!

—El niño de una amiga mía, la Mascort, ¿la conoces?, va al Colegio Italiano. No dirías nunca lo que allí hacen a menudo: recortar papeles de colores. Fíjate, les hacen doblar papeles de diversas maneras, pero bien doblados, ¿sabes?, y pegarlos y coserlos, porque dicen que el ejercicio manual ayuda a formar la sensibilidad o...

—Qué cosas...

—José se ríe un poco de todo esto, dice que es una comedia y que a un hombre no hay que enseñarle a coser... pero es lo que yo le digo: para los hijos se ha de probar todo... que el día de mañana no puedan preguntarse por qué no son mejores de lo que son.

—A Joaquín María ya le damos cinco duros cada domingo. Se los damos, ¿comprendes?, con absoluta libertad para que haga con ellos lo que quiera: que se compre bombones, que los ponga en la hucha, que los dé a un pobre... o lo que quiera. Joaquín no se cansa de repetir: «¡Puedes hacer con ellos lo que quieras, Joaquín María!». Esta responsabilidad es lo que les forma.

Bel Terrades saca un poco de humo por la nariz y dice, con ojos lagrimeantes:

—No hay nada tan complicado como educar a los hijos...

Y después de eso tan complicado viene en seguida el aprender a sacar el humo por la nariz.

Suben por Balmes, y el coche se detiene delante de la luz roja, tocando a la acera. Allí está la cola del autobús, que parece un friso, un bajo relieve debajo de la luz de un farol. Pero ahora ninguna de estas figuras se mueve, ninguna mano se adelanta para golpear el cristal de la ventanilla, como antes hiciera Bel Terrades. Todos los ojos del friso miran esta ventanilla con la misma intención y respeto con que miran la pantalla del *cine*. Para ellos es una pequeña, pero interesantísima, pantalla.

En la cola, una mujer carga en otro brazo la criatura que lleva a cuestas, pero en seguida el friso recupera su inmovilidad. Luisa Civit le echa una mirada y no llega a darse cuenta de lo absoluta y de lo terrible que es esta inmovilidad.

—Un día te telefonaré y...

—Siempre lo dices y nunca...

—Pero si no hay modo de dar contigo...

—Tenemos que hablar de muchas cosas...

—También podrías telefonarme tú...

Se precipita hacia adelante, doblándose por el estómago sobre el asiento del chófer, y el coche, al chocar, ensucia sus faros plateados con el polvo y la sombra de las barriadas que el autobús llevaba en su flanco.

«No es nada, mujer».

Ella no lo oye.

«¡Mi hijo, mi hijo! ¡Pobre!», solloza.

«A su hijo no le pasa nada, mujer. ¡Cálmese!».

El farmacéutico, que va de uno a otro, ante esa mujer que aprieta entre sus dedos un pequeño portamonedas azul y un pañuelo de envolver doblado muchas veces, le pregunta al médico:

«¿Grave?».

«En absoluto. Se ha recuperado fácilmente de la conmoción. Ahora son los nervios».

«¡Mi hijo, mi hijo, qué dirá Pedro!...».

El médico le deja en manos de un dependiente, que le propina dos cachetes afectuosos.

«¡Ya pasó todo, mujer! Esté usted tranquila».

«Ahora que Pedro no está aquí...».

«Deje tranquilo a Pedro. ¿Quién es Pedro?».

Pero ella no le oye.

«Hijo mío, me necesitas, ¿verdad? No he podido darte nada, no he pensado en que... Tal vez el sacrificio... Venía de entregar veinticuatro camisas, tú me viste trabajar». —De súbito se le paraliza la lengua y las palabras le estallan en la cabeza: «No podíamos hacer más, hijo, no podíamos... Tu padre...».

Entonces el nombre familiar despierta la voz y el primer grito sale roto: «¡Pedro! ¿Dónde estás? Ven, mira, el niño...».

El dependiente, exasperado, le toma nerviosamente el pulso. Perfecto. Le deja caer el brazo, con brusquedad.

«He recibido tu telegrama. *Todo bien*. ¿Oyes, hijo? Todo bien. Tu padre dice: todo bien. Se ha hecho lo que se podía. ¡Pobre! Tengo trescientas cincuenta pesetas en una caja de metal en el último estante del armario. ¡Trescientas cincuenta al cabo de nueve años! Ni padre lo sabe, hijo. Nunca quise tocarlas, ni cuando tuviste la escarlatina, ni cuando tú, Pedro, perdiste la cartera... No pudimos hacer más, hijo...».

«¿No reacciona?» se interesa alguien.

La puerta de la farmacia se abre y se cierra continuamente, y entran repetidas ráfagas de aire frío.

«Bien que tu padre hubiera querido, pero no ha podido, no le han dejado hacer más... por ahora...».

Entonces se le afloja la mano, le cae el pañuelo al suelo e inspira profundamente tres veces, con lentitud, como adormecida. Y vuelve en sí.

Al fin le llega el turno del teléfono.

«No te alarmes, hombre. Bel es fuerte: sólo un golpe y nada más, lo máximo alguna costilla... no te engaño, ven, tú mismo lo verás...». «¿Qué señas, por favor?», le pregunta al farmacéutico. «Te espero, sí... No, los niños no iban con nosotros... Sólo los tres... Están en casa, a salvo... ¿Mutua? ¿De qué mutua me hablas...?».

Así que su madre acaba de salir del piso para ir a entregar las camisas, el pequeño Pedro cierra el cuaderno y se mete una mano en el bolsillo. Saca dos pinzas de tender la ropa que le robó a su madre. Intenta separar el muelle metálico de la madera; escogió las dos pinzas más viejas, más destensadas. Se esfuerza tanto como puede, y el hierro le deja una señal blanca en los dedos.

Se lo enseñaron en la Escuela Nacional.

Ya ha desmontado una. Casi toda la mancha de lápiz tinta que tenía en el dedo gordo ha pasado a la madera porosa de la pinza. Es una lástima. Piensa que la rascará con una hoja de afeitar. ¿Dónde las guardará papá?

Se pasará media hora yendo de un lugar para otro del piso, abriendo armarios y cajones, subiéndose a las sillas y tocando con dedos expectantes los mil pequeños y curiosos objetos que le salen al paso.

El pequeño Pedro, el niño Jordana, ignora que esta tarde pudo perder a su madre. Ignora que la puede perder en cualquier momento, cada día y cada hora. Si entendiera esto ya no sería un niño.

Con una pinza de tender la ropa se puede hacer una pistola. Esto es lo que él sabe. Y esto es lo que los hombres no saben.

Hay un gallo, un perro y un conejo, pintados de color rojo, amarillo y azul en las puertas del armario de los juguetes. Es una alegre, luminosa y estimulante habitación para jugar. Sobre la mesa hay una grúa inmóvil hecha con un meccano del número 4. En el estante, un teatrillo con la decoración de «El mercader de Venecia» y todos los personajes de papel amontonados en la escena. Los cuadernos de la escuela abiertos, y un montón de lápices de colores, compases, reglas, gomas de borrar, plumieres y para cada niño una maquinilla en forma de avión, de teléfono, de coche, para sacar punta a los lápices.

Mama está fuera, salió con el chófer.

De vez en cuando, una sirvienta de delantal almidonado asoma la cabeza por la puerta, dice unas palabras y se va a leer, sentada en la cama, la novela que le prestaron el jueves.

Sobre la mesa también hay un curioso juego eléctrico, extraordinariamente instructivo, que consiste en adivinar cuál es la bandera de Italia o cuál de los animales de la lámina III es un puma.

Y en un rincón, sentados en el suelo, Eduardo María y Luis María intentan

desmontar una pinza de tender la ropa para hacer con ella una pistola, tal como han aprendido en el Colegio Alemán.

También ignoran que su madre pudo morir, que puede morir cualquier día.

También ignoran que es una lástima que los padres de todos los niños hayan olvidado ya que con una pinza de tender la ropa se puede hacer una pistola, y que cada uno de ellos se haya acostumbrado a gozar de la vida como de un juego personal e incompañable.

XII

Se tendió en la cama con precaución. Los dedos de los pies, moviéndose con lentitud, iban entrando en contacto con la frialdad de la sábana. Estaba completamente horizontal, con los brazos doblados y las manos sobre el pecho.

El silencio le asediaba, le inquietaba, le mantenía despierto. Tan sólo había bebido un sorbo del licor casero, y se notaba la frente fresca y como iluminada interiormente. Procuraba permanecer tan inmóvil como le fuera posible, procuraba confundirse con la noche, borrarse en la sombra. Pedro Jordana estaría durmiendo profundamente, y sentía que le envidiaba.

Pasaban los minutos y no podía olvidar el seco perfume de las avellanas.

Primeramente pensó que era este curioso, fino pero penetrante aroma, lo que no le dejaba dormir. Pero no tardó en darse cuenta de que había algo que le tenía prisionero, que le obligaba a respirar calladamente. Tenía la impresión de que los brazos de Pedro Jordana seguían tendidos a su lado.

En una ocasión, mueve su brazo derecho hacia afuera para asegurarse de que no encuentra nada más que la fría extensión de la sábana.

La intranquilidad es una sensación que desconocía. Ahora se da cuenta de que su vida siempre ha sido algo fácil, una ocupación segura. En realidad, nunca se detuvo a pensar, como ahora. Siempre, durante cincuenta años consecutivos, se durmió en el momento de poner la cabeza sobre la almohada.

Y ahora piensa que en su vida tuvo ocasiones de intranquilizarse, de sufrir. En el colegio, en la fábrica, en la vida familiar. Y, no obstante, salvó cada momento difícil con una naturalísima facilidad.

«Muy bien, Joaquín —dijo un día su padre, felicitándole—. Ya has estudiado bastante. Ahora la fábrica te espera».

En aquel tiempo, la fábrica era algo relativamente joven. Su padre acababa de darle su casi definitiva dimensión, pero cada día había aún sorpresas, iniciativas, improvisaciones. La frase «ahora la fábrica te espera» significaba: «Ahora te ha llegado el momento de hacer algo y de hacerte a ti mismo».

En la fábrica había ochenta hombres empleados, y él entró como tejedor de segunda clase. Esta era la costumbre del país. El hijo del dueño permanecía durante dos años bajo las órdenes de un obrero experimentado, que le tuteaba y le llamaba Pepito, o Quimet o Juanito. Por esto en las casas antiguas el dueño aun hoy es conocido por el nombre de pila. (En este momento el señor Joaquín se da cuenta de la distancia ilógica que se ha producido entre su nombre familiar y la vida de la oficina).

Tardó en aprender el oficio. Su primer maestro tenía una paciencia relativa: le irritaba que aquel muchacho no progresara más rápidamente. A veces parecía ignorarle, y hacía el trabajo solo. Años después, el señor Joaquín explicó a sus amigos: «Yo empecé por abajo. También yo he sido un obrero». Y hasta ahora, en el

silencio de esta noche sin sueño, no comprende que la irritación del viejo maestro no le había preocupado; verdaderamente, no fue un obrero. Solamente ganaba treinta pesetas a la semana, no tenía más fiestas que las reglamentarias, llevaba el mono y se ensuciaba las manos, hacía de obrero pero no era un obrero. Porque al dejar el trabajo se iba a la casa del dueño a cenar, y se sentaba en el lugar del hijo del dueño.

Recordaba vívidamente aquel lugar. La silla de madera oscura y de respaldo alto y vertical, la lámpara de hierro y vidrio sobre la mesa, y, en un rincón, un reloj de pesas que daba las horas con una sonora y lenta solemnidad. El abuelo decía que lo construyó el mejor relojero de Zurich. Este relojero de Zurich era uno de los hombres que más había admirado en su infancia.

Y un día, casi de pronto, aprendió todo lo que tenía que aprender y se escapó como un pájaro de las manos del viejo obrero. Durante cuatro años pasó de uno a otro puesto de la fábrica, y ganó veinte, y después veinticinco, y después treinta. Cierta tarde estropeó dieciocho metros de una pieza, pero tampoco se preocupó por esto. Entonces le pareció que sí se preocupaba, pero ahora veía claramente que no se preocupó en absoluto. Que un segundo después del desastre, mientras la sangre le volvía de la cara al corazón, para tranquilizarse pensó: «A la hora de cenar me sentaré, como siempre, en mi sitio de la mesa de mi casa». En el sitio del hijo del señor Joaquín, el dueño.

Ahora, en una noche de insomnio, en una cama extraña, en una casa ajena, por primera vez se siente preocupado.

Fué un muchacho sin problemas. Cuando llegó el momento, ya un poco mayor, se casó con gran satisfacción y pacífico orgullo. Luisa encajaba en su vida de un modo automático. Montaron un piso en la calle de Balmes y, al cabo de cinco años, compraron una torre en Pedralbes.

«Mañana vendrá un chófer —anunció un día—. Conducir me cansa». Su mujer, un mes más tarde, avisó: «El lunes ya tendremos otra muchacha: la casa es muy grande». Por San Juan tuvieron el tercer hijo.

Su padre sufrió un ataque, le quedó paralizado el brazo derecho, y caminaba con dificultad. Él le substituyó sin esfuerzo, y conoció unos años en que el dinero se ganaba sin que uno se diera cuenta. Alsina, que era el cajero, fue nombrado apoderado. Conocía a la gente y el negocio, y no le hacía perder tiempo inútilmente.

Ni siquiera Mauricio llegó a ser problema. El trabajo no le interesaba ni seguramente le interesaba cosa alguna, pero era lo bastante prudente como para no cometer disparates. Dos horas diarias en la oficina era todo lo que podía soportar. Él no le pedía más.

Llegó el cuarto hijo, y dos años más tarde el quinto.

En el silencio de la noche, le parecía oír unos pasos lentos y pesados. Escucha atentamente: unos pasos que, parece, no avanzan ni se alejan. Siempre iguales. Tal vez la rama de un árbol contra una pared, o una puerta.

Cierra los ojos e intenta dormirse al arrullo de este ruido repetido. Inútil. Hay algo

que le mantiene en vigilancia, alguien que le acompaña y que no le deja dormir. Pedro Jordana. Ahora no le ve en sueños, ahora le tiene presente en sus pensamientos y su cabeza está tan despejada como su mirada, que incluso en la oscuridad descubre la línea de la cómoda, y el rectángulo de los cuadros y la silla vacía a los pies de la cama.

A un tiempo le ha tranquilizado y le ha decepcionado que Pedro Jordana enmudeciera de golpe, vencido por el alcohol, cuando se había lanzado a monologar junto al brasero. Aquel no era el Jordana que él conocía, el Jordana gris, sin voz ni sangre, el Jordana reducido a la ficha. Era un hombre nuevo y temible, encendido y desnudo como una llama: se sentía el calor que su piel esparcía y en un momento determinado experimentó su proximidad como una quemadura. Era impresionante advertir que un hombre oscuro puede ser una cosa tan patética; la explosión de Jordana no le ofendió. Le sorprendió al inundarle de una confusión desconocida. Ahora lo veía claro: era esta íntima confusión lo que le tenía inquieto esta noche, una confusión que pugnaba por adquirir un perfil concreto, por convertir cien recuerdos y dudas sombríos en una preciosa luz.

¡Y tenía que ser tan fácil entender lo que le ocurría y entender a Pedro Jordana! Luchaba con su inexperiencia: le faltaba práctica, incluso le costaba pensar medio minuto seguido en Pedro Jordana. Pensar en él como en un algo distinto de un chófer; pensar en Jordana como si aquel hombre fuera él mismo.

Quería imaginarse que tenía su camisa zurcida debajo de las puntas del cuello, y sólo veía la camisa de Jordana. Quería hacerse cargo de la mujer y del hijo de Jordana, y su pensamiento estaba totalmente ocupado por su propia esposa y por sus hijos. Se esforzaba en borrar continuamente estas imágenes familiares, pero también continuamente reaparecían. Se veía incapaz de saber cómo era otra persona, y lo que le torturaba era haber adivinado que esa otra persona tenía una profunda, auténtica existencia, quizá tan real como la suya.

Pensó, por un momento, en levantarse e ir a tomar un vaso del espeso licor, para comprobar cuál era su reacción, y si en el fondo también tenía los mismos resortes que Jordana. Tal vez el licor le ofrecería un súbito conocimiento de sí mismo y de los demás, de lo que es común a la gente.

«... Alsina, el apoderado, que es una mala bestia, y usted perdone», dijo Jordana. Intenta darle la razón: «Alsina es una mala bestia». Una mala bestia, una mala bestia. Le ve entrar por el fondo de su despacho, con silencio eficiente. «Ya le traigo resuelto este asunto, señor Joaquín». «He reorganizado la sección de Ventas, señor Joaquín». «He proyectado una mejor distribución de los lotes de Navidad». «Se ha expulsado de la casa a una chica que perturbaba el orden en Estadística». «Ya le traigo resuelto este problema, señor Joaquín». Y se repite: es una mala bestia, una mala bestia. No lo comprende y le inquieta no comprenderlo, porque quisiera adivinar qué piensa, qué siente, qué sabe Pedro Jordana cuando dice que Alsina es una mala bestia.

El grito lejano de un animal que no conoce perfora la noche. No sabría decir qué

animal ha chillado, jamás conoció a los animales, ni las plantas, ni las cosas del campo. El grito se repite un poco más prolongado. Le parece que es la voz audible de todas las cosas que ignora. Es como un clamor que nace del corazón de la noche. No le asusta, sino todo lo contrario. Se incorpora en la cama para escuchar mejor esta poderosa voz que le invita al contacto, a la amistad.

Pero el grito no se repite. Absorbe rápidamente el silencio que le rodea. Lo bebe a sorbos, como si fuera un alcohol excitante.

«Quizá», piensa, dejándose caer sobre la almohada «Pedro Jordana tiene algunas ideas sobre mí que yo no había imaginado hasta ahora. Quizá le dice a su mujer: el señor Joaquín, que es una mala bestia...».

No le importaría en absoluto lo que pensara si fuera un chófer —hasta ahora nada le había importado—, si Jordana no le hubiera llevado en brazos cuando ocurrió el accidente; si no le hubiera velado, si no le hubiera curado y mirado con un extraño afecto, si no le hubiera puesto la mano sobre la frente con deseo pacificador, si no hubiera estado tan presente. Tal vez no le importaría si no le hubiera visto tendido en la cama y los dos brazos uno al lado del otro, el suyo tan indefenso y frágil como el de Jordana. Entonces pensó, por un momento, que Jordana y él eran iguales. Que, si las pieles eran idénticas, también lo eran las vidas que en ellas se abrigan.

Era como si le hubiera dado un febrón. La sofocación le pasó, pero la idea seguía dándole vueltas por la cabeza, indeformable, como si se hubiera convertido en un cristal de sangre.

El grito del animal desconocido se repite en la noche, y ahora ya no le parece la irritada voz de las cosas que ignora. Ahora —suena por cuarta vez— le parece lo contrario, que la naturaleza aprueba ostensiblemente esta pequeña certidumbre que le invade, y confirma la profunda y misteriosa comunidad de las cosas vivas.

Luego, le parece que ha dormido un rato. Siente un estremecimiento de frío y sube el embozo hasta la nariz. Y se le presenta vivísimamente una escena: él permanece de pie al lado de la cama de Jordana, mirándole. Jordana suda todo el alcohol que ha bebido, los cabellos le caen sobre la frente, se le ven las enormes cejas y tiene un brazo fuera de la cama. Le toca la mano helada. Le dobla el brazo y lo pone debajo de las mantas. Entonces, Jordana se desdobra en cuatro, ocho, dieciséis, cien hombres iguales y distintos que esperan dentro de la cama a que él vaya poniendo los brazos debajo de las mantas. No puede con todos. Siempre hay brazos que abrigar, no se acaba nunca. Suda y es feliz. Piensa un momento que al único que le interesa ayudar es a Jordana, pero ya no puede identificarlo entre todos los hombres. No para hasta que todos están abrigados. Entonces nota frío en su propio brazo y se va a la cama.

Al día siguiente, cuando Pedro Jordana entra en la habitación —la luz del día ya es un poco amarilla de sol— con la taza de leche del desayuno en las manos, el señor

Joaquín, inmóvil, observa sus movimientos con los ojos medio cerrados.

Pedro Jordana parece estar completamente sereno. A ambos lados de la nariz le nacen unas finas arrugas oscuras que se alargan por las mejillas y en su nuca hay un mechón de indómitos cabellos. Imagina que el señor Joaquín todavía duerme, entorna los postigos y se dispone a salir.

—¡Jordana!

Se vuelve. Con la menor estridencia posible, dice:

—Mándeme, señor Joaquín.

—Hace buen día, ¿verdad?

—Un día excepcional.

El señor Joaquín anuncia:

—Voy a levantarme.

—¿Y el desayuno?

—Luego.

Jordana abre los postigos y sale de la habitación, para que el señor Joaquín pueda vestirse. Se pasa la mano por las mejillas y se nota crecida la barba. Piensa que mientras el señor Joaquín se viste podría afeitarse.

Sale de la casa, atraviesa la era y dispone las cosas del afeitado sobre las piedras del lavadero. Efectivamente, hace un buen día. Ni una brizna de aire. El sol débil de invierno va depositando como un aliento sobre la tierra, y al cabo de una hora la tierra tibia se pone a respirar y va devolviendo el calor recibido. El juego, amoroso y largo, durará hasta las primeras horas de la tarde.

Pedro Jordana se moja la cara, pero antes de enjabonarse decide volver a lavarse los dientes, porque todavía siente en la boca el sabor del licor de anoche. Después se frota otra vez el cuello, la cara y la frente, como para arrancar de ellos un velo de efluvios que imagina tener adherido sobre la piel.

Cuando se encuentra cubierto de jabón, la vieja de la casa cruza la era. Lleva un saco vacío sobre los hombros, y al verle se acerca con los pequeños pasos que no se notan debajo de su falda amplísima. De este modo, parece que avanza sobre invisibles ruedecillas o movida mecánicamente.

—¿Le gustó el licor? —pregunta.

—Sí —y Jordana no puede evitar que le caiga un poco de jabón sobre los labios.

La vieja le mira fijamente, con una extraña intensidad. Como de momento guarda silencio, Pedro coge la maquinilla y se inclina sobre el pequeño espejo. Éste es el único momento agradable del afeitado: cuando la hoja corta y se lleva el primer dedo de pelo.

—Oiga.

Vuelve la cabeza. La vieja busca sus ojos entre el jabón.

—¿Ha visto a Isidora?

No, hoy todavía no ha visto a la muchachita de ojos extáticos.

Pero en los ojos de la vieja hay una rara insistencia.

—¿No la ha visto?

Y Pedro adivina que eso quiere decir si *se ha fijado en ella*, si alguna vez se ha dado cuenta de la existencia de la muchacha, durante estos cuatro días que llevan aquí. Efectúa un rasurado largo y lento, y con el borde de la hoja recoge lo que sobra del jabón. Entonces vuelve la cabeza y mira a la vieja:

—¿Qué ocurre con la muchacha?

La vieja se halla prácticamente inmóvil. Sigue con el saco vacío sobre los hombros, la falda hasta el suelo como una campana, como una figura del «nacimiento», de las de seis reales la docena, pero con toda la vida ceñida en sus ojos negros.

—Isidora es tímida, pero es una moza fina, la moza más fina de toda la comarca.

Pedro Jordana la mira un rato, sorprendido. El jabón se le seca sobre la mejilla.

«Están a punto de marcharse. Hoy, mañana. Pronto. Cuando el médico de Tesera les devuelva el coche. Marcharán porque ya se encuentra bien. No volverán nunca más». Al despertarse, por la noche, escuchó el silencio de la casa, y este silencio le pareció estar lleno de la presencia de los forasteros y que mientras ellos estaban aquí a cada tic-tac del antiguo reloj, a cada sorbo de tiempo, descendía sobre la casa la suerte o la prosperidad.

«Tenga esto, de momento», le dijo el joven, poco después de llegar, dándole cinco billetes de cien pesetas. «Más adelante liquidaremos». Resultó ser gente pacífica, y podrían vivir para siempre en la casa sin ningún inconveniente. Seguramente no tardarían mucho tiempo en dar otros cinco billetes. El médico de Tesera, junto a los forasteros, era un campesino como ellos, y llegó a pensar que también a él le interesaría entretenerles, que podría ayudarle a lograr que se quedaran en la casa. Pero no le dijo nada.

Dos días antes, hizo hervir tres hojas de menta durante una hora en un poco de leche de cabra rubia y después de recitar la oración las bañó con sangre de su propia mano. La sangre les dotaba de la fuerza de su deseo. Las puso debajo de la almohada del viejo, porque parecía ser el que mandaba.

Sin embargo, algo le hacía dudar de la eficacia de este recurso. Entonces pensó en Isidora.

—La moza más fina de la comarca —repite— y la más dócil.

Una oleada de calor se extiende por las mejillas de Pedro Jordana, debajo del jabón. Nunca tuvo un pensamiento sensual respecto de la muchacha. Tal vez la vieja se dio cuenta de que él la miraba con una cálida intensidad al encontrarse con ella. Efectivamente, se sentía atraído por la chiquilla, y era una atracción que no obedecía a los estímulos normales, ni tan sólo nacía del hecho de que aquel pequeño y silencioso ser fuera una muchacha. La contemplaba siempre como un misterio y sentía por ella un extraño afecto fraternal, aparentemente injustificado.

Ahora, en la plácida mañana, siente una violenta oleada de odio contra la vieja. Se

vuelve hacia el lavadero y se enjabona de nuevo con rápidos movimientos. Siente que la vieja se le aproxima, y oye una voz que detrás de él explica:

—Ella no tendrá ningún inconveniente.

Contenerse le cuesta un doloroso esfuerzo, y piensa que si la vieja no se va pronto ya no podrá dominarse por más tiempo. Deja la maquinilla sobre la piedra del lavadero. «Ella no tendrá ningún inconveniente». Y, no obstante, siempre le ha parecido que la alegría de la muchacha era natural y profunda. Pura.

Y de súbito lo comprende. Jamás había experimentado tanta ira y tanta piedad a un tiempo. ¿Cómo no lo adivinó antes? La dulce, la intensa, la extática criatura de los ojos maravillados era como su padre. Si hubiera visto padre e hija un instante juntos, lo hubiera descubierto.

La vieja piensa que tal vez se ha equivocado, que hubiera sido mejor proponer la cosa al otro forastero, al mayor, al que sabía mandar.

El señor Joaquín se detiene en el umbral de la casa. Todavía no ha abandonado la protección de un techo. Mira el cielo —un cielo azul que parece muy lejano, muy alto, y bruñido con una paciencia extraordinaria, como si fuera de metal—. Y rápidamente descubre a Jordana en el lavadero. Acaba de afeitarse, se está quitando el jabón de la barbilla. Se había levantado las mangas del jersey hasta los codos.

Su primer impulso ha sido llamarle, hacer que volviera su rostro, obtener una inmediata aproximación física con el hombre que su pensamiento no había abandonado durante la noche. Pero queda como sugestionado mirándole, siguiendo cada movimiento de sus brazos nerviosos. También él tendrá que afeitarse, por más que su pelo sea rubio y escaso. A los cuatro días, se le nota como una neblina sobre la piel.

Se acerca al lavadero. Es un rincón sucio, con un olor extraño que nace de la tierra o de un agua vieja. Piensa, por un momento, que no tendrá valor para afeitarse allí. Sobre la piedra del lavadero hay unos hilos oscuros, antiguas manchas de sustancias ignoradas que se adhirieron ahí. Los ángulos y sobre todo el fondo —el lavadero está vacío— jamás han sido limpiados.

Jordana ha oído sus pasos y se vuelve hacia él. Una precisa y brillante gota de sangre está detenida sobre su mejilla.

Se pasa la mano por los labios, cierra un segundo los ojos y le dice al señor Joaquín.

—Excúseme.

El señor Joaquín le contempla sin entenderle.

—No me había ocurrido nunca, no sé cómo explicármelo... La verdad es que no acostumbro a beber...

Desde que se levantó estuvo pensando si era o no posible hacer alguna alusión a la noche pasada. Y había decidido callar. Casi no recordaba nada, no tenía más referencia que el gustillo del licor en la boca. Ignoraba lo que había dicho y lo que había hecho hasta el momento en que el señor Joaquín le ayudó a meterse en cama.

Porque de eso sí que estaba espantosamente cierto: el señor Joaquín le ayudó a meterse en cama.

Y ahora piensa que esta amargura que siente en la boca no es el gustillo del licor sino la prueba sensible de su más profundo desánimo. Una y otra vez se dice que el desastre es irreparable, que por imprudencia ha destruido todas sus posibilidades ante el señor Joaquín. Tiene la impresión de que se ha quedado vacío por dentro —¿en qué sueñas, mujer?, ¿qué esperas tú mismo? Porque también él estaba sugestionado y creía en este viaje, creía que había de darle dinero e hijos, y una ilusión que se estirase como una goma cada día un poco más, una fe de vida y un más tranquilo sueño— y ahora toda su vitalidad se ha convertido en esta saliva amarga que constantemente le viene a la boca.

Tenía el firme propósito de callar, de ignorar la violencia de la noche. Pero al ver ante sí al señor Joaquín se pasa la mano por la barba recién afeitada y dice:

—Lo siento, créame que no sé...

Inconscientemente, arranca con el dedo el tierno coágulo de la mejilla. Y así vuelve a formársele una precisa y brillante gota de sangre.

El señor Joaquín jamás vio tan cerca a un hombre, a un hombre patético, ridículo, temeroso y profundamente vivo.

Con un gesto de posesión, coloca su mano sobre el brazo desnudo. Es un hombre acostumbrado a mandar, y la presión de sus dedos se debe a un nuevo afecto, sin que por ello renuncie a una antigua autoridad.

Dice:

—Acompáñeme a dar una vuelta, Jordana. Buscaremos un poco de sol y charlaremos un rato.

Toda la sangre de Pedro se aglomera dolorosamente en su brazo, bajo la mano del señor Joaquín.

—Tenemos que hablar, Jordana.

XIII

Los costados del coche llevan unas grandes manchas de polvo. Mauricio se arrima a la acera, frena, y antes de abrir la portezuela se echa para atrás en su asiento, relaja las piernas tanto como le es posible. No comprende por qué se encuentra tan cansado.

Al subir en el ascensor se mira en el espejo. Tiene una arruga en la americana, cerca del cuello, a causa de haber permanecido sentado durante una hora seguida ante el volante. Las arrugas le ponen de mal humor, aunque nada hace para evitarlas.

—¿Nada de nuevo, en Tarrasa? —le pregunta su mujer que está haciendo «frivolité» junto a la radio.

—Qué va... —y parece dar a entender que es imposible que en Tarrasa ocurra algo. Abre el pequeño armario, saca un vaso alto y pide—: Una cerveza. —Se sienta—. Martori tiene la curiosa manía de asustarse cuando Joaquín está fuera de Barcelona. Total, nada. La fábrica marcha sola. Me ha planteado cien cosas diferentes, cien problemas: todos ellos pequeños, absurdos. ¡Bah!...

Una camarera hierática trae una *Guinness* en una bandeja.

—¿Dónde comiste? —pregunta la mujer, y la lanzadera del «frivolité» va para arriba y para abajo como una mariposa.

Mauricio bebe con avidez y luego mira, irritado, a su mujer.

—En casa de Martori, tú dirás. Había preparado un festín. El gerente de la fábrica invita, naturalmente, a uno de los dueños que viene de Barcelona. Un festín, ¿qué te diré?, pensado como si hubiera convidado a un elefante. Debe de haber gastado el sueldo de medio año, pero, los pobres, de este asunto no tienen ni la más mínima idea. Y te obligan a comer...

—Mauricio, me olvidaba.

La mira; queda un último sorbo de cerveza en el vaso.

—¿Noticias de Joaquín?

—No. Te ha llamado Artigas. Tienes que telefonarle.

A última hora decidió ir, para borrar el recuerdo de la gente que había visto y la fatiga del viaje.

—Pero si Schumann no te interesa, Mauricio.

—Da lo mismo, mujer. No te preocupes, que no escucharé esa lata.

«Carmen Martín cantará unos *lieders* de Schumann». «¿Es obligatorio escucharlos?» «También irán Juan y Benito» «¿Me lo juras?» «Anda, no seas pelmazo y ven».

El coche todavía estaba cubierto de polvo y él iba a quitarse el polvo de encima.

Piensa: «Carmen Martín cantará unos *lieders* de Schumann». ¡Qué ocurrencia!

Hizo bien en ir. En algún sitio suena, vagamente, un piano y se oye una voz que

canta. Vuelve a llenar su copa de coñac y echa un tronco en el fuego del hogar.

—Mira, el pillo ese se ha comprado el «Diario» de Kafka.

No ha leído nada de Kafka, pero le agrada pasar sus dedos por el lomo del libro, con gesto familiar. Toda la tarde estuvo palpando, por obligación, los nuevos modelos de telares recién montados, modelos que desconoce, y ni siquiera sintió la tentación de saber cómo funcionan.

Dominar perfectamente con la vista la biblioteca de Artigas le satisface, y a cada visita comprueba, sin equivocarse, las modificaciones que la biblioteca presenta.

Mientras hurga entre los libros, Benito revuelve los discos.

—¿Qué buscas?

—Artigas me dijo, el otro día, que había comprado un concierto de Béla Bartók sensacional.

«Faulkner, Hemingway, Caldwell, Steinbeck... alto, aquí hay un Hemingway mal colocado...».

—¡Aquí está!

Benito tiene un disco en sus manos.

—¿Vas a ponerlo?

—¿Por qué no?

Mauricio se acerca a la puerta y escucha: sigue sonando el piano, al fondo del pasillo, y de vez en cuando llega una voz como un gemido pudoroso...

—¡Ponlo, ponlo!

«Unamuno, Baroja, Azorín...», ese granuja lo tiene todo... Esto lo conozco: «Las confesiones de un pequeño filósofo». Un poco sosillo...

Se inicia el concierto de Béla Bartók. Benito reduce el volumen.

Y aquellos desgraciados, en el salón, aguantando a Carmen Martín y al pobre Schumann...

No escucharán el concierto de Béla Bartók. No quedarían satisfechos si no pusieran sobre el pick-up la última novedad, pero siempre la olvidan inmediatamente. No tienen bastante paciencia para escucharla.

—Te veo de mal humor, Mauricio.

—No se necesita ser un genio...

Coge un libro y se sienta. Con el lomo del libro se golpea rítmicamente la rodilla.

—¿Tú sabes lo que es pasar un día, comida incluida, con el gerente de una fábrica? De una fábrica que resulta ser la tuya, y que por lo tanto ha de interesarte hasta lo más profundo de tu alma. Y esto es lo que les ocurre a esa gente: se interesan por las cosas hasta lo profundo de su alma. Que si con un telar de esta marca, eso; que si con uno de aquella, lo otro...

»¿Quieres fumar? —le ofrece el paquete—. Me he detenido un momento en el vestíbulo de entrada de los trabajadores. Fíjate: no han cesado de entrar... Impresionante. Viejos y jóvenes, chicos y chicas. Cada cual cogía su cartoncito, lo ponía en el reloj automático y otra vez lo colocaba en su lugar. Y venga entrar

obreros, ¿comprendes? Venga, uno tras otro, y todos colocando el cartoncillo en el reloj y “clac”, y la hora de llegada se registra en la ficha. —Enciende su cigarrillo—. Daba miedo imaginar que todos ellos tenían un trabajo que desempeñar en la fábrica, y que yo les pagaba, y que de vez en cuando pensarían en mí; tenían esa cara de garbanzo que... vaya, la verdad, no me he tranquilizado un poco hasta salir a la calle».

Benito le mira, atento. Béla Bartók suena confusamente. Por un instante, Mauricio encuentra la mirada del amigo:

—Tu caso es diferente, Benito. Tú eres médico y para ganar dinero has de tratar con el cliente. —Fuma—. Yo no. Fíjate bien: yo no. Yo gano el dinero sin necesidad de conocer a nadie. Y lo celebro, créeme.

—Existe el interés por el trabajo...

—Seguramente, seguramente existe eso que tú dices —lanza el cigarrillo al fuego—. Yo no sé qué cosa es. El trabajo no me interesa en absoluto. De veras. Si me interesase, ¿supones que me limitaría a asomar las narices por la oficina un rato cada día? Haría lo mismo que Joaquín, mi socio, ya le conoces —calienta entre las manos la copa de coñac—. Y todavía llego a imaginarme interesado por el negocio. Que si de este modo se gana tanto, y de este otro modo, en cambio, podríamos aumentar... que si las ventas en provincias, y el equipo de viajantes... Está muy bien. Ahora yo cierro los ojos y puedo sugestionarme: lo conozco todo, lo domino todo. Toma, si ahora me mandasen un pequeño informe acerca de la marcha del negocio lo leería y me gustaría comprenderlo, y diría: «vaya por donde, es curioso...» —bebe un sorbo de coñac—. Pero tocarlo con las manos, ¿comprendes?, no. No. Tratar con eso que llaman «altos empleados», y fijarme en las máquinas... La proximidad con este mundo de trabajo es embrutecedora. No existe ninguna posibilidad de contacto. Me he enterado de que, hace quince años, Tarrasa tenía treinta mil habitantes. Ahora tiene sesenta y dos mil. Tú verás. El gerente me explicaba la mentalidad de esa gente. No hay diálogo posible. Pisé a un obrero que salía, y le dije «perdone» sin darme cuenta. Me miró, asombrado, y me preguntó: «¿Cómo dice?». Se trata de una gente que, a los dos días, te habrían acostumbrado a no decir jamás «perdone», ¿comprendes? Tan sólo han aprendido el asunto de los puntos, los turnos de trabajo y las horas extraordinarias...

Aguzan el oído un instante. Al fondo del corredor, el canto ha finalizado y se oyen aplausos.

—Que venga Joaquín, y que haga lo que quiera. Es un hombre un poco espeso y no tiene más afición que la fábrica. Por eso lo soporta. De todos modos, fíjate en lo que te digo, el trabajo más molesto, más desagradable, que es ver la cara y oír la voz de esta gente, lo ha traspasado al antiguo cajero, del cual ha hecho una especie de apoderado. Joaquín no puede soportar a un hombre que huela a ajo, ¿comprendes? —Bebe otro sorbo—. Escucha: ¿tú sabes qué maravilla de iglesias románicas hay en Tarrasa? Han plantado unos cipreses y...

—Fíjate, escucha este fragmento... —y da mayor volumen al altavoz y la música de Béla Bartók crepita secamente en el aire, como una hoguera que todo lo devorase.

Piqué y Velasco, al salir de la fábrica, llevan el mismo camino hacia sus casas. Noche fría, inmóvil. Sentir los propios pasos y la propia voz en las calles negrísimas da un curioso consuelo.

—A dormir hasta mañana.

—Sí.

Caminan rápidamente, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada sobre el pecho, para sentir menos el frío.

—Me han dicho que tal vez me darán uno de los pisos nuevos del bloque que construyen por la parte de Vallparadís —explica Velasco.

—Ah, ¿sí?

—Hasta que no tenga la llave en mi poder...

—Entonces nuestros caminos se separarían.

—Ya lo creo...

Vuelven la esquina, y el aire de la montaña viene helado. Piqué piensa algo, y de súbito propone:

—¿Qué te parece un coñac, antes de ir a la cama? Te invito.

Jamás lo había hecho. Pero ¿por qué no hacerlo, hoy?

El pequeño bar está pintado de color oscuro. Tan sólo hay dos mesas viejas y el roto mostrador de mármol blanco y negro.

—Dos coñacs corrientes.

Hasta que el alcohol les quema un poco la lengua, el bar no acaba de ser confortable.

—El señor Martori anduvo de cabeza, hoy, ¿verdad?

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No le viste pasar con un tipo alto y delgado, de cara enjuta, que llevaba un abrigo de camello?

—Sí.

—Es uno de los dueños, que vino de Barcelona. Roberto me dijo que no sé quién le explicó que el fulano comía en casa del señor Martori.

—¿Y por esto anduvo de cabeza?

Piqué se pasa la lengua por el paladar.

—Tú dirás. ¿Acaso a ti no te molesta que Estrems observe lo que estás haciendo? Y tan sólo es un jefe de sección. Pues el dueño, imagínate. No me negarás que debe ser un hombre más complicado que Estrems. Y estos dueños que viven lejos no saben nada de nada y quieren saberlo todo y marear a preguntas. Te aseguro que hoy yo no hubiera querido la paga del señor Martori. Bien que la ha sudado.

Tanto le llenaron la copa que un poco de coñac cae en el platillo. Con una mano

coge la copa y con la otra el platillo, e inclinándolo, recoge casi todo el alcohol.

—Yo no quisiera estar en su piel por nada del mundo, Velasco. Mira, yo me he dicho que he de hacer un trabajo y ganar un dinero. Procuro no matarme y, al final, alargar la mano. Por más que yo quiera no me aumentarán el sueldo, no se preocuparán de si puedo vivir o no, de cuántos hijos tengo; no vendrán a preguntarme nada, porque tal vez ni saben que existo —bebe—. Esto, ya lo sé. Por otra parte, al cabo de unos años, uno ya sabe cómo arreglárselas para que el jefe de sección le deje a uno tranquilo. Pues ya no se puede conseguir nada más. Escucha, Velasco: sólo me interesa recordar una cosa acerca del dueño: que es mi enemigo y que se encuentra muy lejos. No sé si me explico.

Saca la petaca, guarda unas migajas de tabaco en la palma de la mano y la pasa al compañero.

—Personalmente, no me ha hecho ningún daño, pero le pondría una bomba bajo sus pies, ¿comprendes? Es la ley. Una ley que no me he inventado yo. Si hay algo que yo crea, Velasco, es que los dueños están a un lado y nosotros en el otro, y que la línea que nos separa quema. ¿Tú has visto nunca que un obrero ponga su mano sobre el hombro del dueño, Velasco? Y tampoco que un dueño ponga su mano sobre la espalda del obrero, ¿no es verdad? Pues ahí lo tienes.

Enciende el cigarrillo, demasiado grueso, que esparce pequeñas chispas.

—Por eso te digo que el trabajo del señor Martori es un mal trabajo: estar cerca del dueño. Querer entenderlo, querer estar a bien con él... Al señor Martori no le está permitido odiar a nadie; ¿cómo puede vivir, entonces?

Al salir, Velasco se cala la boina. Sonríe.

—Tal vez espera el día en que el dueño le ponga la mano sobre el hombro...

Piqué suelta una risotada estrepitosa.

En la calle la noche es fría y el hombre se siente como desnudo. Se van calle arriba, con las manos en los bolsillos.

—Mira, chico, a mí no me interesa nada de todo esto. Alguien pensará tal vez que debiera interesarme, ¿verdad?, porque se trata de mi trabajo y de mi vida. ¡Mierda! Que si con un telar de esta marca lo uno, y que si con el de la otra lo otro... Que si el dueño piensa blanco y el señor Martori negro, que si yo y que si ellos y... ¡comedia! Yo sé quién soy yo, y lo que te decía: aquella línea que arde... No hay quien la pase, ¿comprendes? Es la ley de la vida.

Se van calle arriba, con las manos en los bolsillos y la cabeza inclinada sobre el pecho para sentir menos la inclemencia del aire.

XIV

El señor Joaquín pone su mano sobre el hombro de Pedro Jordana y repite:
—Vamos a pasear un poco por el sol.

Jordana no quisiera moverse. Desde que se despertó piensa que lo mejor sería no ver al señor Joaquín en todo el día. Esto es, naturalmente imposible, pero no puede olvidar el recuerdo de la noche anterior. Si se atreviera volvería a decir «excúseme», pero la presión de la mano del señor Joaquín le domina y en aquellos ojos hay una mirada extrañamente densa.

Avanzan por el camino con la cabeza erguida, absorbiendo con los labios, con los ojos y con cada trozo de piel la tibia palpitación del aire.

—Un buen día, ¿eh?

Después de veinte o treinta metros, cuando han doblado el primer recodo y la casa ha desaparecido detrás de los árboles, experimentan una vaga sensación de vida profunda, como si se volvieran más ligeros y participasen en la amplísima respiración del mundo.

Pero pronto se detienen. El camino empieza a ascender hacia la carretera y el señor Joaquín descubre una piedra alargada que puede servir de banco. Aquí, en este escenario, el señor Joaquín parece más joven. Su redondez y su pálido color rosáceo le dan un aire casi infantil. Está sin los atributos que le dan categoría social y edad, faltan los elementos que, por comparación, en la ciudad le definen. En cierto modo, Pedro Jordana parece más viejo de lo que es. Jordana tiene la nariz un poco larga, y las orejas grandes y, recién afeitado, todavía no le desaparece totalmente de sus mejillas un tenue fondo gris, que es como la marca del adulto. El señor Joaquín camina perfectamente erguido, Pedro Jordana cargado de espaldas. El señor Joaquín parece el niño que aún no ha comenzado a hacerse hombre.

—Siéntese, Jordana.

Dos hombres, sentados sobre la misma piedra, perdidos en el valle, pequeños, extrañamente juntos.

—¿Sabe usted que empiezo a pensar que tal vez debería tomarme unos días de vacaciones cada año? ¿Cuántos años me he pasado sin unas vacaciones? —Cuenta, mentalmente, y con la punta del zapato va limpiando el suelo de yerbas, piedrecillas, polvo, hasta dibujar una pequeña superficie de tierra desnuda—. Después de todo, vacaciones, lo que se llama vacaciones no me las he tomado nunca. Un verano tuve el tifus, y hace un par de años se murió mi suegra en Puigcerdá y pasamos allí cuatro o cinco días...

Levanta los ojos, mira las ramas de los árboles y más allá las montañas y el cielo que parece iluminado por dentro.

—Es bonito, ¿verdad?

Se vuelve, esperando la conformidad de Pedro. Sonríe.

—¿Cuántos días de vacaciones tiene usted, Jordana?

—Quince.

Pedro le mira, sorprendido. ¿Por qué le pregunta esto?

—¿Dónde las pasó usted, este verano?

—En Barcelona, naturalmente. La casa de transportes que me da trabajo cada domingo tiene mucho que hacer en verano, y me emplea cada día.

Es curioso. El señor Joaquín se da cuenta de que es curioso y terrible. Había mirado las montañas y el cielo, y le pareció que todo era fácil, agradable, conocido. Es penoso preguntar si uno no tiene idea de la posible respuesta.

¿Y por qué no tiene idea de esa respuesta? Con la punta del zapato limpia con más precisión aquel trocito de tierra.

—¿Tiene usted hijos, Jordana?

—Un niño.

Pedro saca la cartera, y de la cartera la foto guardada en el departamento de celofán. Con un gesto sencillo le entrega la foto al señor Joaquín, que la coge con cierto recelo.

Es un niño, realmente. Un niño flaco, de ojos negros, al que se adivina peinado a la fuerza.

—¿Cuántos años tiene? —pregunta, por decir alguna cosa.

—Siete años.

Todavía no se atreve a devolverle la foto. ¿Por qué no lleva él la foto de sus hijos en la cartera? Jordana sabe que tiene cinco hijos, ayer se habló de esto, pero ahora no pregunta por ellos.

—Muy guapo, ¿eh? —y devuelve la foto.

Pedro la recoge ávido. Por un instante, ha tenido la sensación de que su hijo era realmente aquella frágil cartulina y que estaba a merced de las manos y de la voluntad del señor Joaquín.

—Jordana —el pie deja de allanar la tierra. La punta de una nube comienza a salir por detrás de la montaña— ¿tiene usted padres?

—No.

El señor Joaquín le mira fijamente.

—Yo tampoco. Sin que uno se dé cuenta, ¿verdad? los padres han desaparecido. Siempre desaparecen demasiado pronto. Y a medida que uno se va haciendo viejo es cuando más lo siente: no se comprende. Usted es todavía bastante joven. ¿Qué edad tiene? ¿Cuarenta años?

—Treinta y cinco —corrige Pedro, rápidamente. Todavía no ha cumplido los cuarenta. Siempre pensó que antes de cumplir los cuarenta ocurriría algo.

No sabe cómo empezar. El señor Joaquín se da cuenta de que no sabe plantear la conversación que le interesa, y que Jordana le mira inquieto, preguntándose: «¿Por qué habla de esto?».

No sabe cómo conseguir que un hombre hable de sí mismo sin decirle secamente,

absurdamente: «Hábleme de usted».

—¿Qué era su padre?

—Albañil.

—Albañil...

—Sí.

Y Jordana sigue sin hablarle de sí mismo porque no puede comprender que sea esto lo que él quiere.

Pero ha de haber algún sistema, piensa el señor Joaquín, mientras ensancha con el pie la superficie de tierra que ha alisado.

Pedro saca de su bolsillo el paquete de cigarrillos: se ha arrugado. Se lleva uno a los labios, busca las cerillas: enciende.

—Una vez fumé —dice el señor Joaquín—. Tenía veinte o veintidós años. Era la fiesta mayor de Cardedeu, y gané un paquete en el tiro al blanco. Hace mucho tiempo que no he vuelto a tirar, pero tenía buena puntería. ¿Y usted?

—Corriente, supongo. Más bien mala.

—Gané un paquete. Parece que todavía lo estoy viendo. De una marca de entonces, que ahora no puedo recordar. Tal vez hacía treinta años que no había vuelto a pensar en esto... No pude terminar el primer cigarrillo. El estómago o no sé qué... No me sentó bien. Siempre he tenido el estómago un poco...

Pedro le mira.

—Yo también. A menudo siento una especie de ardor... Pero no hago caso.

A Pedro le da un arrebató de tos: de la boca le sale a empellones el humo del cigarrillo. Se produce un silencio absoluto.

El señor Joaquín se siente grotesco; ¿por qué habla de todas estas cosas? No es el tabaco, no es el estómago lo que le interesa de Jordana.

No recuerda haber sufrido nunca una tortura semejante. Está sentado en la misma piedra que este hombre, extraordinariamente juntos en la amplitud del valle. Bastaría alargar la mano para tocarle la espalda.

Y sabe lo que quiere de él, y no saber cómo obtenerlo le resulta doloroso.

Pedro se suena ruidosamente, vagamente.

¿Por qué es tan inhábil, tan incapaz? Debe de haber algún sistema para conocer la verdad de un hombre sin necesidad de decirle: «Hábleme de usted».

Se oye el motor de un automóvil que pasa por la carretera. Es un ruido que llega apagado, como envuelto en trapos, después de pasar las múltiples barreras vegetales...

—Supongo que el médico no tardará en venir con el coche —comenta el señor Joaquín, con desaliento en la voz.

—Hoy o mañana —contesta Pedro, y también lo dice con una queja que no escapa a la atención del señor Joaquín, que le espía sorprendido.

—¿Le parece demasiado pronto? —adivina.

Entonces Jordana ve los ojos gravemente curiosos del señor Joaquín, comprende

que le ha concedido libremente la palabra, que le escucha. El aire no está dividido en rectángulos jerárquicos, como en los despachos de la ciudad: es el mismo aire para los dos, y no hay ni protocolo ni urgencia ni ningún otro trabajo más que hablarse y escucharse. El tiempo sobra, se vierte sin parar sobre sus manos, y pueden darle la forma que deseen.

—Sí, me parece demasiado pronto —contesta—. Lo siento, no quisiera que llegara la hora de irnos.

Inmediatamente el señor Joaquín comprende la aproximación que se ha puesto en marcha como un mecanismo seguro. Intenta recordar, inútilmente, la palabra que ha producido esto, la palabra clave que equivale a decir: «Hábleme de usted». Y no sabe que no es una palabra, sino una actitud. Que la tortura del hombre que en un momento determinado necesita una compañía no se puede esconder, y Jordana la ha visto en él, ha visto que le transformaba, que se imponía como una segunda naturaleza en sus gestos, en sus silencios, en su violenta mirada.

Llega un momento en que la mera presencia, en que el puro contacto físico sostenido conscientemente hacen imposible la ignorancia. La indiferencia cae hecha pedazos, y a veces esto se debe a un suspiro o a la manera de rascarse la cabeza — casi nunca a una palabra concreta.

Entonces dos hombres se miran cara a cara y, como una flor de exacerbado aroma, el afecto o la antipatía suben a la sangre.

Pedro Jordana empieza a explicarse vivamente, con una instintiva confianza que, por la noche, cuando la recuerde, le asustará, mientras una nube larga y fina crece y crece y construye un puente blanco entre las dos orillas del cielo.

—No quisiera que llegase la hora de regresar. Este es un viaje frustrado, y lo será definitivamente cuando llegemos a Barcelona.

—No tiene ninguna importancia, Jordana. No tiene ninguna importancia. Nuestras casas del Norte puede pasar, por ahora, sin mi visita. Les mandaremos las muestras, podrán preparar la temporada perfectamente. Me hubiera gustado verles, pero esto no es más que un deseo mío. De modo que...

Pedro se mira las manos, amplias, cuadradas, con grises manchones de pelo.

—Yo no pensaba en nuestras casas del Norte, señor Joaquín, ni en la temporada, ni... Yo pensaba en mí, y en mis cosas, y siento que me duele que este viaje no se haya terminado.

—Pero ¿por qué, Jordana?

Pedro calla unos segundos con las manos sobre las rodillas y la mirada en tierra.

—Yo tenía una gran confianza en ser útil en este viaje, en hacer un trabajo que pudiera ser aprobado y recompensado —le mira—. Exactamente esto —sonríe entre amargado y divertido—: el señor Alsina, el apoderado —ahora el señor Joaquín también sonríe, porque recuerda que anoche Jordana dijo: «que es una mala bestia», y ahora no debe recordar—, el señor Alsina me felicitó porque había sido elegido para acompañarle a usted, ¿comprende? Me dijo, más o menos, que después de tantos

años, y teniendo en cuenta mi historial en la casa, había creído conveniente proponerme para este trabajo, darme esta oportunidad. —Vuelve a mirarse las manos, que no acaban de encontrar un perfecto descanso sobre las rodillas—. Yo me pregunto, ahora, ¿qué trabajo he realizado? ¿Qué oportunidad he tenido?

—Escuche.

—No supe dominar el coche. Todo acaba aquí.

—No fue culpa suya. Aquella curva de la carretera era una pista de hielo.

Pedro Jordana no contesta, levanta un poco los hombros y el señor Joaquín entiende «muy bien, es lo mismo».

—¿A qué oportunidad se refiere usted, Jordana?

Ahora Pedro se cierra en sí mismo. Piensa en el dinero —ha aprendido a no hablar de dinero. En el último segundo, el instinto de callar le vence. Y encuentra terriblemente sencillo, terriblemente grotesco, ridículo, absurdo, ser un hombre tan obsesionado por el dinero. Porque no se puso al volante con la ilusión de servir, no pensó en la casa, no sintió la más pequeña oleada de afecto al sentarse al lado del señor Joaquín.

¿Por qué se puso al volante? Le sorprende no haberse detenido a pensarlo con un poco de atención hasta ahora. Tampoco habló de esto con su esposa. ¿Qué hubiera podido sucederle si todo hubiera ido tal como estaba previsto? Inconscientemente suponía que iba a dejar de ser el auxiliar que era... y, ¿qué habría podido ser, qué cosa *diferente*? Es extraordinario, pero no encuentra ninguna respuesta, no se le abre ningún horizonte...

No obstante, iba a obtener algo muy concreto: dinero, un pequeño montoncito de dinero más cada día treinta, y en el fondo ve que lo quería para unas cosas también muy concretas: para que su mujer dejara de pegar botones a las camisas, para poner unas lámparas más potentes, para que el niño pudiera estudiar o...

—Tener una hija...

Lo dice en voz alta, aunque el señor Joaquín no le entiende muy bien. En sus ojos hay, no obstante, una alucinación, debajo de su frente una explosión de luz hasta ahora contenida que le obliga a hablar y a liberarse:

—Tener una hija, una hija para Maria, antes de que sea demasiado tarde. Yo imagino que esperar un segundo hijo ha de dar una nueva confianza en la vida, una seguridad... Jamás me sentí tan joven como cuando fui padre... La oficina está llena de viejos, ¿lo sabe usted? Los veo, los siento a mi lado, y desprenden una niebla gris que entumece y paraliza. Viven, como los viejos, sólo pendientes de pequeñas cosas, y se limitan a desear la máxima comodidad y perfección dentro de la rutina de cada día. Piensan —saben— que ya lo tienen todo hecho, que siempre serán así, como ahora son. Por esto son viejos. Incluso el pequeño Manolín, ¿usted le conoce?, que está creciendo de un modo que da angustia. Yo le di un abrigo viejo. Y, también, también Manolín tiene una sombra de vejez detrás de sus ojos.

»Usted me ha hablado de mi padre, y yo le he dicho que era albañil. Era, sobre

todo, un viejo. Yo le recuerdo como un hombre endurecido contra él mismo, un hombre que vivía en el mundo como dentro de un círculo rígido, infranqueable. Llegó un momento en que no podía hacer nada más que repetirse, y toda sorpresa le era imposible.

»Yo he pensado que todavía era joven y que podía romper mi círculo».

También el señor Joaquín descansa sus manos sobre las rodillas.

—Ya entiendo lo que quiere usted decir con su oportunidad, Jordana.

Pedro le mira atónito. Como si no hubiera pretendido decir nada. Como si no contara con que el señor Joaquín estuviera allí. Inspira profundamente. Diría: «Excúseme», si no fuera que el señor Joaquín le contempla con una absoluta naturalidad, lo que le obliga a seguir.

—Y mi mujer... ¿sabe usted cómo son las mujeres como la mía? El otro día se le metió en la cabeza hacer unas cortinillas para la ventana del dormitorio. Yo ya lo comprendo, esto es lo que quieren las mujeres, ¿no? Pero es que nunca compra carne porque no le llega el dinero, hace cinco años que no ha estrenado unos zapatos, sabe que para ahorrar he dejado de ir al fútbol... sabe que carecemos de todo, pero ha creído que no podíamos vivir un día más sin unas cortinillas en el dormitorio...

Ahora, el señor Joaquín le pediría un *ideal* y lo encendería para tener una idea del ambiente —los olores, la humedad, el silencio acre de la casa en que vive Pedro Jordana.

—Son unas cortinillas muy bonitas, es cierto. Cada día, al irnos a dormir, se las arregla para que yo las mire. Cenamos de mal humor, ¿comprende? Cada noche me presenta algún pequeño e insuperable inconveniente para la vida familiar. Han subido el precio de las patatas, o del jabón, o el niño tiene los zapatos agujereados o a ella le duele una muela y tendrá que ir al dentista. Pequeños obstáculos, ¿no? Pero insuperables, porque cada día se gasta un poco más. Y, no sé por qué cada noche me habla de todo esto, porque ella ya sabe lo que le puedo contestar. Tal vez habla de ello porque necesita decirlo del mismo modo que necesita respirar, para no morir ahogada.

»Los sábados me enseña las notas que el niño ha traído de la escuela. He de firmarlas; si no, no querría verlas. No son malas, pero me desespera pensar que el niño no podrá saber más. No sé si es verdad, pero no puedo menos que imaginar que en un buen colegio, los Jesuitas o algo así, el niño haría otros progresos. Y entonces firmo allí donde pone *el padre*, y firmo con rabia porque me hallo culpable o idiota o... ¡bah!

»Y ahora pienso que a lo mejor está bien que mi mujer haya hecho esta m... de las cortinillas, y que cada noche, cuando nos vamos a dormir, se las arregle para que yo las vea... Durante el día pienso en ellas con irritación, pero al verlas me viene así como algo raro a los ojos y tardo más en darle la espalda para dormir...».

El sol ha ido cambiando de posición en el cielo. Ahora da sobre el trozo de tierra que el pie del señor Joaquín limpió de piedras y de hierbecillas, y se descubre que un

hilo de hormigas, invisibles hasta entonces, pasa por en medio.

—No sé explicarlo mejor —dice Pedro— ni con orden, y no sé si usted tendrá una idea de cómo van las cosas en mi casa... A veces he pensado que si yo fuera un hombre de café todo sería más fácil. Sólo estaría en casa durante las horas de comer y todos los quebraderos de cabeza me resbalarían un poco por encima. Podría pensar: «Hago lo que puedo, ¿no es cierto? Si no gano más no es culpa mía». Pero no soy hombre de café. Jamás lo he sido...

Y entonces vuelve a pensar en el licor de anoche y mira al señor Joaquín, pero no es necesario decir nada. El señor Joaquín no le escucha.

«Es curioso que, mientras habla, me parece que le veo cambiar de cara. Y no cambia. Es que he aprendido a imaginar, a ver qué hay detrás de la cara de un hombre.

»Habla, habla y cada palabra es una insinuación, y cada frase una evocación. ¿Por qué veo ahora a este hombre como al protagonista de una historia —exactamente, un hombre con una historia, una manera de ser, una vida— y los demás hombres hasta ahora han pasado ante mí como inexpresivos muñecos, nada más que caras borrosas, inmediatamente olvidadas? Tal vez, si me hubiera sentado en un mismo banco con cada uno de estos hombres vulgares, habría descubierto que también ellos tienen una historia, una manera de ser, una vida».

Y ahora mira, ahora escucha a Pedro Jordana como si, a través de él, en él, pudiera conocer a todos los hombres que tuvo cerca de sí...

—... en cambio siempre me gustó bailar. Cuando era joven no me perdía ningún baile. Incluso con mi mujer... si usted me viera ahora no lo comprendería, pero éramos los más aficionados del barrio...

«Los más aficionados del barrio... un conocido del barrio, un tendero del barrio, un café, un crimen del barrio... Él nunca tuvo barrio, es curioso. Jamás usó esta frase. Siempre era un amigo de la calle de Gerona, o un café de la calle de Provenza, o una tienda de la calle del Bruch...».

—... y todos querían salir con nosotros porque éramos muy alegres. A los quince años yo tenía una bicicleta, porque iba a trabajar muy lejos de mi casa. Se organizó una carrera en el Pueblo Nuevo y me inscribí. Quedé tercero y me dieron cinco duros. A veces pienso que tal vez hubiera sido mejor para mí dedicarme al ciclismo...

«Él también tenía, a los quince años, una bicicleta. Una bicicleta que en julio se llevaba a Cardedeu y en septiembre volvía a encerrar en el piso de Barcelona. Ni se le había ocurrido montar en ella por la ciudad. Había una ley informulada que sentenciaba que únicamente los pobres iban en bicicleta por las calles de Barcelona. Él, en el fondo, había admirado —sin perder el miedo— a aquellos muchachos de su edad que pasaban como flechas entre los coches y los camiones. Tan sólo por un lugar un hijo de buena familia podía ir en bicicleta sin que fuera mal visto: por el extremo de la Diagonal. Porque entonces era evidente que la bicicleta estaba dedicada a la única actividad digna, a pasear...».

—... y también conocía de memoria los nombres de todos los corredores de coches. Ya los he olvidado... —levanta la cabeza, hacia los árboles— es terrible.

—Sommer, Von Stuck... —recuerda el señor Joaquín.

—¡Von Stuck! —repite el nombre, emocionado, como si fuera la pérdida fórmula de la juventud—. ¡Von Stuck! Aquella carrera de poco antes de la guerra, en Montjuich, que ganó Nuvolari...

—No —el señor Joaquín sonrío y le mira a los ojos—: la ganó Caracciola, con Mercedes.

Pedro le sostiene la mirada, sin verle, porque medita.

—Caracciola quedó segundo. Ganó terreno, al final, pero no llegó a tiempo de alcanzar a Nuvolari.

—Es exactamente al revés —vuelve a sonreír el señor Joaquín—; fue una magnífica carrera. Ganó Caracciola. Segundo, Nuvolari.

Pedro vacila.

—Yo diría que no, pero... ¿quién quedó en tercer lugar?

Las hojas de los árboles se mueven. Pasa un aire frío, tímido. Los dos hombres del banco lo sienten un poco sobre sus cabezas, y hurgan en sus recuerdos con una extraordinaria y callada alegría. ¿Quién quedó en tercer lugar? Intentan recuperar una pequeña chispa de la decaída luz de ayer, que ahora les parece que posee el escondido secreto de la alegría...

—¿Tercero? —piensa en voz alta el señor Joaquín.

—Yo todavía era un muchacho —dice Pedro Jordana—. Estaba encaramado sobre una piedra o no sé qué cosa, y me apoyaba en la espalda de mi padre, en la parte superior del circuito. Mi padre me excitaba a cada momento: «Mira, ahora viene el seis. Mira, ahora viene el catorce». Ya no sé quién era el seis ni quién era el catorce. Únicamente recuerdo el extraño olor que despedían los cabellos de mi padre, que quedaban debajo de mi barbilla, y el humo del cigarrillo que me pasaba ante los ojos. —Tiene los ojos medio cerrados, como si aquel humo todavía le irritase—. Ahora me gustaría que mi padre viviera... y preguntarle quién quedó tercero...

«Qué cosas. El mismo día, a la misma hora, este hombre y yo estábamos en el mismo sitio. Bueno, en el mismo sitio no. Yo tenía una silla de tribuna. Hará de esto unos veinte años... También estaba papá, y también papá ha desaparecido. Yo sé bien que ganó Caracciola, yo tenía treinta años... Es curioso: un hombre al que encuentras por la calle, un hombre cualquiera, desconocido, un hombre al que tal vez no volverás a ver nunca más, puede haber sentido lo mismo que tú y guardar un parecido recuerdo; y este hombre ignoraba que tú te encontrabas ahí, y creará que él es el único depositario de aquella realidad que ya se ha perdido...».

—Mi padre —explica Pedro Jordana, encendiendo un cigarrillo— murió hace seis años, yo no era ningún chiquillo. Y, no obstante, las veinticuatro horas que, ya muerto, permaneció en casa han sido las más... las peores de mí vida. Me pareció, ¿cómo se lo diría?, que me había quedado aplastado por dentro. Qué tontería,

¿verdad?

Ofrece un cigarrillo al señor Joaquín, olvidando que no fuma. El señor Joaquín lo coge, mecánicamente, y con las puntas de sus dedos juega unos instantes con él y acaba —sin atreverse a devolverlo— por guardárselo en el bolsillo.

«Aplastado por dentro —piensa—. Él sintió algo semejante. La preocupación del negocio, las mil ocupaciones propias de su vida, que con la muerte de papá se incrementaron enormemente, enmascararon aquella sensación de vacío. Pero era cierto. ¡Y qué rápidamente había desaparecido aquella sensación! Olvidó los detalles que entonces le parecieron desagradables, todo lo tapó con la confortable realidad de sí mismo. Un hombre no puede vivir vacío. ¿Qué ocurriría, si no se restañaran esta especie de dolores finísimos, que parece que abren en el pecho un pequeño agujero físico, por el que se escapa una sustancia invisible?».

—La madre es distinto... murió cuando yo era muy pequeño, y, por más que dicen que hubiera necesitado de ella, no guardo su recuerdo. Es una ventaja, así no duele.

«El recuerdo del padre es doloroso... incluso el recuerdo de un padre como el de Jordana, cuyos cabellos “despedían un extraño olor”... Piensa que si el padre de Jordana y el suyo se hubieran encontrado hubieran vuelto la cabeza con una indiferencia total. Y, ahora, los hijos se han sentado en el mismo banco y abrigados bajo la misma túnica de sol se escuchan mutuamente el latido de la sangre, con expectación, con inquietud, con sorpresa, con un poco de miedo: es decir, se reconocen la inmediata existencia...».

Ahora el señor Joaquín comprende lo terrible que es reconocer la existencia de la gente —es reconocer que tienen la misma *realidad* que nosotros y... Si uno empieza a pensarlo todo se va complicando y ligando de tal modo que uno no sabe dónde iría a parar. Es más prudente detener el primer pensamiento.

Se levantan, se sacuden los pantalones y regresan hacia la casa. Caminan en silencio, con la cabeza baja. El aire es cada momento más fresco, y de los márgenes del camino aún no se ha evaporado la humedad de la noche. Sobre el valle se forman, como un velo, unas nieblas finas, y el sol sigue siendo amarillo y amable a la vista, pero ha perdido el suave calor cordial.

Desde lejos divisan a la muchacha de ojos atónitos, la pequeña Isidora inmóvil en el umbral de la casa. Pedro Jordana le cuenta al señor Joaquín:

—Tiene usted que saberlo... la vieja me ha ofrecido a la muchacha y, ¿comprende?, imagino que el ofrecimiento también iba dirigido a usted...

El señor Joaquín se detiene, un instante, y mira el rostro impassible de Jordana, después mira allá a lo lejos la figura solitaria, como un animalito doméstico.

La gente existe, vuelve a pensar, aunque él se haya pasado cincuenta años sin darse cuenta, y la existencia de la gente —y también la suya propia, ésta es la sorpresa— es una cosa más complicada y dolorosa de lo que había imaginado.

Al ir a entrar en la casa, el señor Joaquín sufre un desmayo.

No pierde el conocimiento de un modo fulminante. Experimenta como si la cabeza empezara a moversele *dentro* de la cabeza. Una sensación difícil de explicar y físicamente imposible, pero terriblemente angustiada. Perdía el dominio de sí mismo.

Pedro Jordana primero le coge por el brazo, al ver que abre demasiado las piernas y que oscila de un lado para otro. El señor Joaquín se va haciendo más pesado de segundo en segundo y ya no puede sostenerlo con una mano. Se le doblan las piernas, tiene los ojos semicerrados y expulsa apagadamente algunas sílabas confusas, inidentificables.

La muchacha desaparece hacia el interior de la casa.

«Todo se acabó, esto es el final», piensa Jordana mientras le lleva a la habitación y le tiende sobre el lecho. «El final. ¿Por qué he llegado a estar tan seguro de que ya no existía ningún peligro? El médico dijo que ya había superado el momento crítico, pero es un burro». Contempla al señor Joaquín, cuyo rostro está blanco como una sábana, blanco como la muerte. Quisiera saber que se trata de una pesadilla, pero en algún lugar chillan unasocas —es una burla grotesca, despiadada. «Todo se ha terminado. Cuando la vida de este hombre era más preciosa, más útil, más prometedora. ¿Es posible que el ataque tenga por causa el haberle llevado la contraria sobre si Caracciola...? Estúpido, estas cosas ocurren porque han de ocurrir, y algo en el fondo le estuvo advirtiendo, durante estos días, de que todo acabaría mal, de que no podía acabar de otro modo, de que después de tantos años la vida solamente le permitirá una aventura: la aventura del fracaso, la aventura de la desesperación, la aventura de la crueldad. Porque era malignamente cruel que ahora este hombre se volviera polvo entre sus dedos».

¿Acaso no se ha convertido siempre en polvo todo lo que ha mirado o ha tocado con deseo?

La vieja entra en la habitación. Pedro Jordana imagina que sus oscuros ojos desafían: «¿Dónde está la persona que ha de resolver esto?».

Pero la vieja avanza silenciosamente hacia la ventana y parece que más que con las manos la abre con un conjuro inaudible:

—Necesita aire —dice.

«Es ridículo, aire», piensa Jordana.

—Ha permanecido demasiado tiempo al sol, y todavía está un poco débil. Se ha desmayado.

Pedro adivina que le está acusando. «Desmayado. Se ha desmayado. Pretende que volverá en sí». Y entonces le invade una profunda excitación, una parte de sí mismo, como un poderoso músculo interior, se está riendo con una violencia irresistible, mientras espía maravillado el rostro del señor Joaquín.

Cuando el señor Joaquín abre los ojos, lo que ve primero es —como la otra vez, como siempre, le parece— el rostro de Pedro Jordana, inclinado sobre el suyo con una emocionante intensidad. Es un rostro que le vela con la máxima atención, y

juraría que le transmite una profunda vida.

Cierra otra vez los ojos, confiado.

Entonces, aflora en su conciencia, todavía un poco imprecisa, la sensación de que el rostro de Pedro Jordana también es un rostro que pide algo...

Que pide...

En realidad no hace otra cosa desde el primer día, al velarle, al traerle el desayuno, al vaciar media botella de licor, al hablarle en el banco, ahora.

Joaquín Civit es eso que se llama un buen hombre. Desearía dormir la siesta. Pero permanece en pie delante de la ventana, ¿no le estáis viendo?, de cara a la tarde clara y fría que de cada cosa —la rama del árbol, el perfil de la montaña a lo lejos, el volumen de la piedra— hace una finísima filigrana.

Cuando uno de sus hijos tiene unas décimas no puede dormir. Ahora ya es padre de cinco hijos y podría haberse acostumbrado a esto, porque sabe, le consta, que por más que tengan unas décimas a los niños nunca les ocurre nada. Pero es inútil. No puede soportar la anormalidad, le duele que en el mundo haya cosas negativas.

Y no solamente en casa. Si por la calle se encuentra con un accidente, se aleja en seguida. Sistemáticamente. Por principio. Es terrible pensar que un hombre puede haber muerto —o que, simplemente, puede haber quedado mutilado— porque sí, de un modo tan estúpido. Bastante terrible es pensarlo para desear verlo. Y no se trata sólo de que la sangre le produzca angustia, como a todo hombre decente, sino que, sobre todo, piensa que aquel infeliz es digno de lástima, y que él no tendrá apetito a la hora de comer. ¿No es eso tener buenos sentimientos?

Seguramente, ahora, solo en la habitación, bañado en la más pura luz, desnudo de toda sensualidad, Joaquín Civit piensa en estas cosas.

Una de sus criadas se rompió un brazo, hará cosa de un año, cuando se cayó al apearse de un tranvía. La llevaron al Clínico. Joaquín Civit se enteró de cómo estaba el Clínico y, el día de su santo, entregó veinticinco mil pesetas al hospital.

La Parroquia de la Concepción, recién acabada la guerra, también recibió una considerable ayuda de Joaquín Civit. Uno de los sacerdotes era pariente lejano suyo, y solamente él podía ahora recordar la auténtica importancia de las diversas aportaciones que procedían del fabricante.

Joaquín Civit es tan sensible a los hechos sentimentales que procura ignorarlos. Lleva muchos años de entrenamiento, y ha conseguido construirse a su alrededor los necesarios muros de contención, que le permiten vivir tranquilo.

Por eso en esta casa, en esta situación que no le es habitual, se siente vulnerable. Hay la presión directa de las cosas, la mirada inesperadamente profunda de unos ojos, la proximidad más inquietante de un hombre. Le falta Alsina, el apoderado..., «que es una mala bestia, y usted perdone».

¿Por qué no puede olvidar estas palabras? Las recuerda como una acusación. Una acusación incomprensible.

«Y perdone», dijo Jordana. Y sabe que no le pide perdón por haber dicho unas palabras groseras como «mala bestia», sino porque a él le correspondía en parte el calificativo... porque al insultar a Alsina, el apoderado, le insultaba a él también.

La cabeza, que se le ha inclinado hacia delante, topa con el cristal, y por un momento siente como si la frente se le hubiera convertido en vidrio y experimenta un escalofrío, de pies a cabeza.

Seguramente imagina que, al hacer apoderado a Alsina montó una trampa diabólica para su conciencia. Alsina es una mala bestia, Alsina es capaz de abrirle un expediente al trabajador que se duerme porque ha de trabajar por la noche, Alsina es capaz de tratar con dureza, de mirar los ojos doloridos, de escuchar las voces desfallecidas, de practicar conscientemente la crueldad.

Y la trampa es evidente, y la verdad es terrible: *él es Alsina*. O tal vez piensa de otro modo: Alsina se conforma con cargar con todos los malos sentimientos de Joaquín Civit por cinco o seis mil pesetas al mes. Él queda limpio de culpa, limpio de crueldad. Él se ha amputado la parte indigna, y no siente ningún remordimiento. Ignora todo lo que el apoderado hace.

Hasta que comprende que se ha amputado la parte maligna no para matarla, sino para poder vivir con mayor libertad, sin que estropee su calidad de buen hombre.

Pasó el escalofrío producido por el contacto con el cristal helado. Ahora inspira profundamente —el aliento empaña la claridad del cristal.

No puede evitar, en esa especie de examen de conciencia, que le vengan a la mente los recuerdos confortadores. Cuando el negocio de su cuñado estuvo a punto de irse a pique, él le echó decididamente una mano. El cuñado no le era simpático, jamás se lo fué. Sabía que prestarle dinero era, económicamente hablando, un error. Y se lo prestó. Y no volvió a hablar nunca más de ello...

Se abre la puerta. Pedro Jordana queda sorprendido al ver que el señor Joaquín no se ha tendido para descansar; hay algo impresionante y misterioso en la actitud del hombre que parece asistir a un apasionante espectáculo ante la ventana... Más allá del cristal sólo hay la luz quieta y afiligranada de las ramas de los árboles.

Y también un extraño pudor, una curiosa delicadeza, le obliga a dejarle de nuevo solo.

El señor Joaquín ha oído el ruido de la puerta al cerrarse, pero lo ha oído dentro de su mismo cuerpo, en un mundo vago, y ha comprendido que una puerta, o lo que fuera, se cerraba detrás de él para siempre, y le impedía volver a su refugio habitual, a su soledad.

Se da cuenta de que ha pasado la barrera. Por primera vez en su vida. Una barrera que fue difícil pasar, pero ya era imposible volverse para atrás. Este nuevo país que ha conocido —el país de los hombres, del dolor, del deseo, de la inquietud— se le ha pegado a las manos tan pronto como lo ha tocado, como un fango poderoso, ávido, expansivo. Tiene los pies clavados en la tierra descubierta.

Ya nunca más podrá olvidar este nuevo conocimiento del mundo. Él cree en el

dogma de la Comunión espiritual de los santos y jamás se detuvo a pensar en su base necesaria, en la identidad esencial de todos los hombres.

Es una certidumbre que le enriquece y que le fatiga. Es una voz triste que, como un agua sucia, para siempre se mezcla con su antigua paz —una voz sorda, pero que ya no callará nunca más.

A las seis de la tarde, Pedro Jordana vuelve a entrar en la habitación del señor Joaquín y dice:

—Ha llegado el médico. Trae el coche, reparado.

E inclina la cabeza, lo que significa: «Cuando usted quiera...».

XV

Mauricio se mete en el bolsillo las llaves del coche, atraviesa la calle y empuja la portezuela del bar. No se puede entrar en este bar sin descender, porque inmediatamente después de la puerta hay tres peldaños. Este obligado descenso es lo que distingue este bar de un café normal, lo que le distingue, sobre todo, desde el punto de vista del ambiente.

Bajar los tres peldaños es participar de alguna misteriosa complicidad.

Es un café pequeño, y el local es gemelo del de la planchadora de al lado. Y seguramente no existe un contraste más evidente. El de la planchadora tiene las paredes desnudas y una luz blanquísima y el conjunto —la ropa limpia, las manos grandes de las mujeres, las planchas de modelo antiguo, las arrugas de la cara de la vieja, que lleva el mantón sobre los hombros, el calendario de casa Jorba en la pared—, todo el conjunto desprende un perfume familiar y fija una época, una manera de vivir, un momento concreto de la ciudad.

El café es todo lo contrario. En él, todo es deliberadamente impreciso y suavizado. Con una perfección increíble se ha conseguido que, en un espacio tan reducido, no haya nada que se haga notar —que se haga notar con exceso.

En todo el bar no se descubre ni un centímetro cuadrado de color blanco. Se ha eliminado el blanco —un color demasiado puro, demasiado descarado— tanto como ha sido posible. En la pared, sobre el mostrador, un tubo de neón rosa se estira ligeramente ondulado y, un palmo más arriba, otro de color azul tirando a morado. La mezcla es una luz débil y paralizadora, que invita al corazón a trabajar más lentamente —una luz que favorece las ideas obsesivas.

En los primeros tiempos de frecuentar este bar, Mauricio sufría unos accesos de exasperación, como jamás había sufrido en las atmósferas más estridentes, más excitantes. Y comprendió que pertenecía a la clase de gente que reacciona con mayor violencia ante una soledad y ante un silencioso ahogo maliciosamente preparado.

Pero esto ya pasó. Ahora, el bar le es ya demasiado habitual, y se sienta en el sofá sin experimentar tensión nerviosa alguna, sin más deseo que conseguir la máxima comodidad.

Mientras se quita el abrigo, el *barman* le prepara ya el ron con agua fresca. En verano y en invierno. A veces repite, y entonces ya no se puede prever cuál será su capricho. Le tienta el color, y por el color se decidirá a tomar las cosas más contradictorias: el rojo enlutado del campari, el amarillo alegre de chartreuse, el verde enfermo del pernod, a veces el blanco diabólicamente ingenuo de la ginebra.

—Hace calor, aquí dentro —dice.

Se sienta al lado de José Martí, el fabricante de pianos, que lleva chaleco de fantasía y gafas de oro.

José Martí le mira con ojos divertidos.

—Los fabricantes de lana siempre tenéis calor...

Luce, además, una calva extensa, y acostumbra a mirar así a Mauricio —como si desde que cumplió los sesenta todos los amigos que tienen diez o quince años menos que él se hubieran convertido en unos niños.

Al lado de José Martí, en el rincón del sofá, Carmen se arregla las uñas con la lima minúscula. De vez en cuando, levanta los ojos y mira a José Martí, a Mauricio o a quien descienda los tres peldaños. Pero mira sin ninguna especial intensidad.

—Carmencita —dice Martí— nunca tiene calor. Siempre la veo con jersey. ¿Verdad, Carmencita?

A Carmen, Martí siempre la llama Carmencita. Y este nombre tan marcadamente casero no suena mal —parece mentira— en este bar impersonal que parece estar apartado de toda patria y de toda historia; es curioso que le caiga tan bien a esta chica que se arregla las uñas sin artificiosidad, con simple eficacia; que mira a la gente sin pasión en los ojos, y que tiene el orgullo de resolver los crucigramas del *Ciero*.

Aquí se suspira a menudo y se diría que es debido al blando sofá, a la luz pálida y a la sensación de hallarse debajo del nivel de la calle.

—Me han dicho que la industria de la lana está colapsada —insiste Martí— y que, en Tarrasa, tenéis parados el cincuenta por ciento de los husos.

—Un desastre —concede Mauricio, y nada más.

«Si este año no podemos exportar»... le amenazó Alsina, el apoderado, en la oficina.

Pero ahora, aquí, en el pequeño bar que está bajo el nivel del mundo, nada tiene importancia, nada tiene prácticamente vida a no ser este silencio, esta respiración lenta y tenue, esta luz piadosamente vaga.

Eduardo Ribes, al descender los tres peldaños, siempre se detiene un instante en el de en medio y lleva sus manos a la solapa del abrigo. Parece que toma las medidas del bar. Su frente es alta. Se le arruga y desarruga con facilidad. Es autor teatral y tiene un negocio de paquetería.

—Hoy está desanimado esto, ¿verdad?

Sus hombros son anchos, y se apresura a quitarse el abrigo. Ha dicho sin pena que el bar estaba desanimado, más bien lo ha dicho con una inflexión divertida, porque hay una secreta sabiduría que les enseña que esto está bien cuando se encuentra desanimado.

No se acomoda en el sofá. Toma asiento en una silla al otro lado de la mesa, frente a Carmen, a José Martí y a Mauricio, para tenerles a todos al alcance de la mano.

Ahora empieza a explicar cosas —tan sólo se interrumpirá, cuando el camarero le sirva el coñac, para decir «muy bien, guapo»— y su locuacidad sostenida no llegará nunca a absorber totalmente la atención de los otros. Aquella cosa disolvente y narcótica que flota en el aire del bar tiene una fuerza superior.

Ninguno de estos tres hombres que se reúnen aquí cada noche puede decir que ha ido con Carmen. Y no porque Carmen sea inasequible.

O tal vez Carmen es inasequible para ellos, porque ya es algo demasiado propio, demasiado familiar. Quizá, alguna vez, hace ya mucho tiempo, se llevaron a Carmen. Pero esto ha quedado en el olvido. Ahora, para José Martí, para Eduardo Ribes y para Mauricio, Carmencita es otra clase de mujer.

De vez en cuando, algún muchacho inquieto, algún hombre maduro y petulante descenden los tres peldaños, y en su manera simplemente eficaz de arreglarse las uñas encuentran una frívola artificiosidad, y una burbuja de fiebre en sus ojos sin pasión. Los transeúntes tienen del bar una visión demasiado superficial. Posiblemente, es necesario mirar muy detenidamente las cosas para llegar a ver en ellas sólo lo que hay, para acostumbrar a la verdad el ojo fantasioso.

Carmen vive de la fantasía de los hombres —pero es cordialmente apreciada por los hombres que han perdido la fantasía y bajo el nivel del mundo buscan nadie sabe qué consuelo.

En realidad, cada cual busca un consuelo distinto.

Quien distribuye la vida ha sido demasiado duro con Mauricio: le dio conciencia, una conciencia un punto demasiado lúcida. No una conciencia aplicada al mundo que uno escoge, que es una clase de conciencia normal. Cada hombre tiene esta conciencia animadora, complaciente, que solamente pide lo que cada uno puede hacer. Él tiene una conciencia demasiado vital, rebelde, que le propone normas en todos los ámbitos.

Menosprecia a Joaquín por múltiples razones —temperamentales, intelectuales—, y al mismo tiempo le es posible envidiarle. Sabe que Joaquín Civit posee una conciencia cómoda.

Son cosas de las que no es necesario hablar —¿quién podría, y cómo podría hablar alguien de estas cosas con Joaquín?, piensa—. Pero no es difícil saber qué clase de conciencia tiene la gente, siempre que no se sufra de una irreparable estupidez: la de imaginar que solamente hay una clase de conciencias.

Joaquín Civit es un hombre que cree en Dios y en sí mismo. Cree en su familia, que ha formado según su deseo —con cinco hijos que intenta educar para ángeles. Cree en su trabajo: su rectitud y su competencia. Cree en el orden establecido, y, a pesar de ser un hombre pacífico y tal vez sentimental, cree que siempre habrá guerras y desigualdad social, porque esto es propio de la naturaleza humana...

Mientras se llena la boca de ron aguada, piensa que a él le sería difícil hacer una lista semejante de las cosas en que cree.

No ha tenido hijos, no puede creer en la familia. (Por otra parte, no tiene ningún deseo de creer en ella, pero el vacío le intranquiliza). No cree en su trabajo —¿cuál es su trabajo? No lo tiene, propiamente, ni lo desea, pero éste es un segundo vacío.

Hay momentos en que, como ahora, hundido en el sofá del bar, piensa que debería ser un hombre entregado al odio, al más profundo sarcasmo, al escepticismo total. Y no es así. Siempre se maravilla de esto.

Porque él, que prácticamente es un inútil, un hombre con la voluntad destruida, cree que en el mundo todo puede hacerse mejor; que la paz, el progreso y la fraternidad son perfectamente compatibles con la naturaleza humana.

Y cada vez que se da cuenta de su fe, de su apasionada fe, siente que algo como una oleada amarga le llena el pecho —una amargura que se ha hecho resistente al ron.

Se abre la puerta del bar y de la calle llega una especie de bufido, intenso y breve, que la puerta, al cerrarse de nuevo, ahoga como quien obliga a callar a alguien poniéndole una mano sobre la boca.

Un hombre de cara pálida, con un sombrero fuerte de color gris y cuello duro, pide un coñac y deja sobre la mesa unas manos trémulas —unas manos que despiertan compasión, como si al cabo de sesenta años todavía no hubieran podido aprender a moverse con seguridad.

Mira de soslayo a la gente del bar, como para saber si le están mirando. Luego se quita un momento el sombrero y se pasa el pañuelo por la frente y por la cabeza. Bebe el coñac, y antes de marcharse lanza otra mirada —que brilla un momento con desesperación— a todo lo que le rodea.

Sube, pesadamente, los tres peldaños.

Abre la puerta y, como es muy alto, parece que no podrá pasar, que quedará decapitado. Inclina la cabeza y pasa con su sombrero fuerte.

Entonces se oye el *rrrr* de la calle —como el ruido de una maquinaria—, y la puerta cae detrás del hombre, igual que una trampa que lo sepultara en la muerte.

Eduardo Ribes, el autor dramático que tiene un negocio de paquetería, saca, del bolsillo de su americana, una máquina de afeitar eléctrica. Se trata del modelo más moderno, más perfecto y más caro del mundo... que a él le costó una miseria (teniendo en cuenta la modernidad y la perfección). Puede venderla, naturalmente.

El *barman* sale del mostrador y se acerca para discutir. El *barman* se deja el bigote: no podría afeitarse con esta máquina. «Ya veo por qué los americanos no tienen afición al bigote», comenta José Martí, fabricante de pianos. Ribes se pellizca la mejilla: prueba documental de la perfección. «No hay nada como la navaja», afirma Martí. La discusión ya está armónicamente orquestada. El tema progresará solo, como un divertimento, hasta el final.

Ahora que Joaquín regresará —finalmente se ha recibido un telegrama: «Llego viernes tarde, Civit», que por más que no explica nada, ni el incomprensible silencio de los días pasados, ni sobre todo la renuncia a seguir el viaje que tenía que durar doce días, por lo menos es tranquilizador—, ahora que Joaquín regresará comprende que no habría podido soportar por mucho más tiempo el exceso de trabajo de estos

días ni el pequeño incremento de responsabilidad.

Tampoco de esto podría hablar con Joaquín.

No había pasado tres horas seguidas en el despacho, desde que conocía su fe en el progreso y en la fraternidad de los hombres. Ahora les había visto en la gran sala, debajo de la claraboya gris, y había comprobado que, al cabo de tres horas, no habían progresado nada.

Era una idea estúpida —¿cómo podían progresar en tres horas?—, absurda, pero le obsesionaba: quería sacar de ella alguna conclusión que no fuera grotesca, alguna conclusión defendible.

—Y tú, ¿con qué te afeitas?

—Con maquinilla.

Ribes le mira de cerca la mejilla, con el rigor de una investigación científica.

—La piel está terriblemente irritada.

«La piel está irritada», dice el eco de Mauricio. Tiene el pensamiento en blanco, y la frase le da vueltas por la cabeza sin hallar obstáculos: la piel irritada, la piel irritada.

También tiene siempre irritada alguna cosa más profunda, más sensible, más dolorosa que la piel. Y todo el mundo, está seguro de ello, ha encontrado el sistema de protegerse de los contactos dolorosos y sublevantes. Como Joaquín. Gente invulnerable a la duda, a la inquietud.

Joaquín podía pasarse diez horas en el despacho, sin que nada le sorprendiera.

Y de súbito vuelve a recordar los rostros grisáceos bajo la claraboya gris —y ahora ve, clarísimo, que lo que le impresionó no es que no progresaran en tres horas, sino que ni tan sólo creyeran en la posibilidad de progresar...

Decide escuchar a Carmen, y la cabeza se le llena de frasecitas lógicas, agradables, precisas.

—Hay que saber muy bien el francés para entender el teatro... Yo me pierdo. Hará un año, ¿o tal vez dos?, vino el «Grenier de Toulouse»...

—Lo entienda o no, no se lo pierda —dice el autor teatral que tiene un negocio de paquetería—. Si nosotros tuviéramos actores de esta categoría...

El pequeño bar también desprende un extraño perfume. Mauricio se da cuenta de que el pequeño bar tiene el color, el perfume y la irrealidad de una rosa. La necesidad de evasión aquí es una enfermedad incurable —una tentación demasiado fuerte.

Por esto va cada día al bar.

Mañana, cuando llegue Joaquín, podría dejar de acudir y sostener con él una larga conversación en su propia casa. Podría hablar con toda libertad, verter en esta conversación todo aquello que le roe por dentro.

Joaquín le escucharía imperturbablemente, estaba seguro de ello. Contaba con esta imperturbabilidad: la necesitaba. Tan sólo con verle ante sí las palabras perderían fuerza, urgencia. La mera presencia de Joaquín le tranquilizaría, porque sería la demostración de que hay hombres que *pueden* vivir en paz, hombres que si alguna

vez sintieron estas mismas dudas que él siente, las superaron igual que se deja atrás el miedo grotesco de la infancia.

Pero, no obstante el ejemplo pacificador que sabe que Joaquín puede darle, mañana, cuando llegue, no irá a hablarle, sino que volverá, igual que lo hace cada noche, a este pequeño bar.

Porque Joaquín permanece imperturbable —él es así—, pero Mauricio tiene miedo de sí mismo, de escuchar las propias palabras. Teme llegar a concretar algunas ideas y algunos sentimientos que siempre procuró mantener en una deliberada vaguedad.

Joaquín Civit es hombre que exige un preciso planteamiento de los problemas. Después de todo, lo que le plantee Mauricio lo resolverá con una sonrisa de superioridad, con una cita bíblica o quién sabe si incluso le bastará aludir a una ley, a un contrato o... Joaquín le dará una solución a cambio de su planteamiento. La solución no le servirá para nada, y habrá caído, en cambio, en la trampa de todas sus preocupaciones, que ahora —se acaba el ron— todavía no sabe exactamente cuáles son.

No, no lo sabe.

Con las manos, se cubre la frente y los ojos, y en seguida pide un martini seco.

Figuerola y Pradell, *artistas pintores*, penetran en el pequeño bar.

Descienden los tres escalones con precaución porque llevan un cuadro en cada mano.

Pradell se guarda del frío a base de acumular porquería sobre su gabardina y de dejar que el pelo abunde en sus mejillas y en su cogote. Él es quien habla.

Instalan los cuadros, el uno junto al otro, apoyándolos contra el mostrador, frente a los clientes. Se trata de cuatro paisajes en los que sobreabunda el mismo verde de la corbata de lacito, con unas masías, unas gallinas en primer término, un río y los árboles amarillos del otoño.

Ribes, el autor dramático que tiene un negocio de paquetería, coge una tela y lleva a cabo la operación que a Pradell más le irrita: la mira a contraluz.

—Fijaros —les dice a los compañeros—, mirad cómo transparenta. No hay más que una leve capa de pintura.

Y se echa a reír como si hubiera descubierto la trampa, como si hubieran intentado estafarle con el espesor del color.

—¿Cuánto piden por esto? —pregunta Martí, fabricante de pianos.

Figuerola, el artista que habla, hace girar sus ojos, modifica la posición de cada cuadro para que la luz caiga mejor sobre ellos, comprueba la colocación de su corbatín y dice:

—Cien duros.

Pradell, el artista que pinta, se reclina sobre el mostrador y, vuelto de espaldas a todo el mundo, pide un café.

Quince minutos más tarde, Mauricio compra por doscientas pesetas el cuadro de las gallinas en primer término, que es el que a Carmencita más le agrada.

Todos le dicen que parece mentira que un hombre de su gusto artístico se deje engañar de este modo.

Pero Mauricio, terco, dice que el cuadro no está mal, que incluso halla en él una gracia espontánea, una pincelada lírica y una armónica matización de colores.

Piensa que estas son las frases que había que decir y queda bastante satisfecho. Para él, doscientas pesetas son el precio de una cena. Para Pradell y para Figuerola son el precio de veinte cenas.

El cálculo le impresiona.

Coge la tela y la deposita en el regazo de Carmencita —que ahora, cuando Mauricio se vaya, le mirará a los ojos, con una ya olvidada atención, quizá para saber si quiere que salga detrás de él.

Pradell y Figuerola, desde el último peldaño, antes de abrir la puerta de la calle, echan la última ojeada al fondo del pequeño bar.

Las figuras del sofá están envueltas en una especie de humo o de niebla azul y rosa, una niebla que tiene calidades de algodón en rama.

«Mira, parece que se hayan colocado dentro de una caja. ¿No te hace pensar, Pradell, en aquellos soldados de pasta de cuando éramos chicos, que guardábamos entre algodones para que no se rompieran, para que no se hirieran, para que no se hicieran daño?».

«A mí también me gustaría poder esconderme en un nido como este...».

XVI

Al salir del metro se sube el cuello del abrigo, y si no fuera que las calles están tan oscuras se notaría que por debajo es de un color más claro —su color original.

Dobla tres o cuatro esquinas, rápidamente. Algunos trozos de la acera están aún por empedrar: un instinto natural o una larga práctica le ayuda a no aventurar los pies sin riesgo. Acelera el ritmo de los pasos en la cuesta, y acaba doblando a la izquierda. Cinco casas más allá, el café.

Uno de los portales que se encuentran antes de entrar en el café es el de su casa. Ni se detiene, ni siquiera disminuye la rapidez de su caminar. Echa una ojeada al portal: al fondo, en el patio común a las tres casas, una lámpara débil que da fe de vida de la sombra que la envuelve, y en la tierra, el reflejo cuadrangular de alguna ventana invisible.

Empuja la puerta del café.

—Hola, Tomás.

—Hola.

Su mesa está al fondo. El peón y el mozo ya le están aguardando, ellos son los que cada día acaban antes de trabajar. Falta el cerrajero, y, si viene, el peón viejo.

Hasta sentarse en esta mesa y decir «¡Ay, c...!», Tomás no se halla totalmente liberado de la oficina, de la presencia —visible o invisible, es igual— del señor Alsina, el apoderado, y de su desinterés por todo lo que pueda ocurrir a su alrededor. Ahora que Manolo el del café le trae el carajillo y despliega sobre la mesa de mármol el paño verde, Tomás siente deseos de respirar profundamente y de hablar en voz alta.

Las cartas caen sobre la mesa igual que hojas del calendario, como símbolo de los minutos que ahora estos hombres entretendrán en las puntas de sus dedos —de estos minutos libres que se pasarán el uno al otro, a fin de que todos disfruten de ellos.

Si bien se considera, en este café de barrio todo el mundo habla en un tono de voz excesivamente elevado. A las ocho de la noche, todo el mundo siente la necesidad de acreditar su existencia. Inconscientemente, el peón, el mozo y el cerrajero están un poco maravillados de que realmente puedan existir fuera del trabajo. Más se admirarían, todavía, si pudieran acordarse de una cosa que ya han olvidado: que su existencia es anterior al trabajo —anterior e independiente. Que tan propio de su condición humana es ser un jugador de cartas, ocioso y alborotador, como ser peón, mozo o cerrajero de profesión.

Cuando Tomás se quita el viejo abrigo —¿por qué hace tanto calor en este café que no tiene calefacción?— el peón le da la noticia.

—¿Te acuerdas de Salvador, que el mes próximo tenía que entrar en la Compañía de Tranvías? Pues ha perdido una mano.

—¡Qué me dices!

—Lo que oyes. Triturada, ¿comprendes? Se la pilló una viga.

Aparta las cartas que sobran y baraja, hábilmente.

—¡Pues sí que traes buenas noticias!

—Las que hay. Y otra: a éste le tocó en el sorteo de los ciegos...

—¡Vaya!...

En este café las cosas son como son, y se presentan, se dicen y se piensan bajo una luz cruda. Es un café que se encuentra exactamente al nivel de la calle, y por la puerta entra y sale una continua corriente, una incesante transfusión.

—No esperemos, ya vendrán.

Jugarán unas cuantas vueltas los tres solos. Es la única mesa en donde se juega al póker, casi a escondidas, porque es un juego demasiado distinguido para el aire grasiento del café. Tomás fue el innovador, y tal vez por esto la gente del tute y del canario todavía le miran con cierta suspicacia.

—Pues mira que también yo estoy de humor —dice Tomás, y recoge las cinco cartas que tiene sobre el paño verde—. El apoderado de la oficina es un tipo que, no sé por qué, me tiene puesto el ojo encima.

—¿Cuántas?

—Dos.

Nada: doble pareja. Pero aumentará la apuesta, a ver qué pasa.

—¿Qué te ha hecho? —preguntó el peón.

—Directamente, nada: afortunadamente, le veo muy poco, y no se digna dirigirme la palabra...

—Escalera de color.

—Ful de dieces.

—Mierda. —Levanta una ceja y arroja las cartas al centro de la mesa—. Pero debe creer que yo soy más idiota que los demás o qué sé yo. El dueño se ha marchado al Norte, y se ha llevado a un chófer. Ya tenía un chófer, ¿comprendes?, pero se lo dejó a su mujer... A ver si ahora habrá más suerte. Y buscó a uno del despacho que supiera conducir. Él sabe que yo sé conducir, ¿verdad?, pero no creas que me ha llamado.

—¿Cuántas?

—Tres.

—Pero ¿tú tienes título?

—No. Pero conduje el camión de la casa, algún día en que había que repartir con urgencia.

—Pero sin título, Tomás...

Tomás le mira duramente:

—Bien que servía para hacer horas extraordinarias, ¿verdad? *Podía* conducir, ¿no? ¡Doblo! —y se revuelve en su silla.

—No es lo mismo, hombre.

—Tú no le conoces. Me tiene manía, el hijo de...

—Trío de kas.

—Escalera.

—¡Póker de jotas!

Recoge las cartas y las monedas, agresivo.

—No te digo yo que es un hijo de... —como si la suerte le hubiera dado la razón...

Vuelve un momento la cabeza. Sobre ocho o diez mesas de mármol hay ocho o diez paños verdes, y junto a estos paños verdes unos hombres mal afeitados, de violencia contenida, quieren obtener del juego —que, sin saberlo, aplican a un plano trascendente— la justificación de sus vidas, de sus fracasos, de sus dificultades.

—No podían ir todos, tenían que escoger a alguien.

—Todo esto está muy bien, y ha ido un muchacho de quien no tengo nada que decir...

—¿Pues?...

—Escucha —se inclina hacia adelante, y después de servir las cartas sigue con la cara a un palmo del peón—. Quiero decir que *necesito* ser yo, yo, ¿comprendido? Déjate de si tan sólo puede ser uno y de todo este cuento. No me interesa saberlo, no tengo por qué saberlo. Tan sólo sé que yo no he sido escogido, y que seguramente no lo seré nunca.

—¿Cuántas?

—Ninguna.

—¡Rec...! ¡Todo te sale bien!

Los jugadores de una de las mesas se ponen a gritar. Dos de ellos se levantan y golpean la mesa con sus puños. Alguien hace *ssst*, sin demasiada autoridad. Todo el mundo comprende que ha de estar permitido gritar —que mientras se grita se respira y se vive.

Al final, alguien les abronca:

—¡Vaya, callaros, que vais a perder el apetito!

Y muchos se ríen. Es una risa un poco nerviosa, porque saben que disfrutan de la suerte de poder estar ahora en el café, mientras que otros compañeros no saldrán del trabajo hasta las nueve, o hasta las diez, o hasta las once. Y encuentran gracioso eso de «callaros, que vais a perder el apetito», y vierten el último sorbo de café en el vaso con agua, para que la cosa dure más.

Se abre la puerta del café y penetra un aire helado.

Una mujer abrigada con dos jerseys, que calza unas zapatillas con piel de conejo y que lleva un gran monedero, ofrece unos décimos de la lotería.

—Mañana sale —dice.

Un poco del aire helado del exterior va acompañando a esta mujer. Es un aire pegado a los billetes de la lotería, que los hombres procuran no mirar, no ver, sobre todo los números.

Es una presencia incómoda, y cuando, finalmente, la puerta se cierra detrás de la mujer, el café del barrio vuelve a ser acogedor y otra vez los hombres levantan las

voces que sin darse cuenta habían apagado y no tardan en recuperar la sensación de que aquel es el único mundo posible —el único mundo deseable.

—¿Cuántas?

—Una.

Un nueve. Exactamente lo que quería: un nueve.

Entra el cerrajero. Lleva una cazadora muy gruesa que obtuvo durante la guerra y que, por su aspecto, parece que ha de durar toda la vida.

Se sienta silenciosamente. No dirá nada hasta que hayan acabado la jugada. Luego, señalando el periódico, que lleva doblado en un bolsillo interior, dice:

—Parece que quieren hacer una ley nueva para lo de los alquileres y realquilados y todo el asunto ese.

—¿Y qué ocurrirá?

—No se sabe, todavía. Discuten un proyecto, y esto siempre es lento.

—¿Cuántas?

—Tres.

—Podemos empezar a temblar. No saldrá nada bueno de todo esto.

—Quieren aclarar el caso de los realquilados según un tanto por ciento... ya te digo, no está claro.

—Mejor sería no removerlo.

—Póker de dieces.

—Doble pareja.

—Póker de ases.

—Ya veo que Gabriel y yo nos peharemos otra vez.

—¿Gabriel?

—Sí, hombre, el que vive con nosotros.

El cerrajero le hace un signo a Manolo el del café, para que le traiga, como siempre, un vermut de la casa.

—Ah, escuchad, ¿os acordáis del hijo del peón viejo? Pues el juzgado ha ido a su casa.

—¿Qué ha hecho?

—No ha podido pagar las letras de la radio, no sé cuántas pesetas cada mes. Pero, oye, el juzgado en peso, ¿sabes? Secretario, alguacil, todos. Y venga escribir, le llaman una acta, que si no pagaba y que sí el embargo y...

—¡Y para qué quería una radio!...

—¿Cuántas?

—Dos.

—¿Y por qué no había de quererla?...

Se abre la puerta y entra otra bocanada de aire frío —y esta transfusión constante entre la calle y la taberna hace que estos hombres ni siquiera aquí dentro consigan sumergirse en un mundo privilegiado y amable, en un mundo de luz rosa y azul, bajo el nivel de la vida.

Y, por otra parte, si ahora les arrancaran del imperio de esta luz cruda y blanca, que a cada pensamiento, a cada dolor, a cada verdad, les da su perfil auténtico y familiar, tampoco sabrían cómo vivir. Sería necesario que algún hombre abnegadísimo, algún Estado muy sabio o alguna nueva religión les preparase profundamente.

—Póker de reyes.

El único mecanismo de evasión que tienen al alcance de sus manos es el juego. No llega a ser un mundo. Es una pura actividad, sin contenido, sin valoración posible —por eso no les hace daño y les resulta agradable y sano, igual que respirar con los ojos cerrados bajo un cielo amplio.

Y de pronto.

—¡Padre!

El hijo de Tomás, desde la puerta del café.

—Madre dice que si vas a venir a cenar o qué.

XVII

El médico dejó el coche delante de la casa.

Parece, en medio de la era, un enorme insecto negro, un escarabajo de una especie monstruosa que hubiera descendido del monte.

La vieja de la casa intenta domesticarlo a distancia con el misterioso poder de su mirada fija.

Pedro Jordana abre una portezuela y se sienta ante el volante. Da vuelta a la llave, y el motor ronca.

Unos ánades chillan.

Ahora el motor ronca más fuerte, como a empellones, y se diría que el coche está a punto de elevarse como un avión.

El médico, usando de un privilegio de médico, entra en la casa a beber una copa de licor y a pellizcar golosamente la barbilla de la muchacha de ojos atónitos. Antes le dijo al señor Joaquín: «Lo han reparado perfectamente, ya verá usted», y le dio la factura a Pedro Jordana.

Jordana quita el freno y el coche empieza a rodar. Da la vuelta a la era y huye camino adelante, hacia el encuentro de la carretera.

Y entonces se encuentra solo, como aún no ha ocurrido desde que salió de su casa. «De nuevo el coche», piensa, y se siente como traicionado, se siente devuelto a una época ya vivida, y la inmediata realidad que con tanta fuerza se le presenta —él es el chófer ocasional de un millonario llamado señor Joaquín, y sus obligaciones y sus derechos son los que explícitamente resultan de esta relación— intenta desdibujar todas las demás cosas, los demás pensamientos, las demás relaciones que ha vivido y, sobre todo, las que ha imaginado.

Mientras sube la cuesta del camino, hacia la carretera general, intenta identificar los árboles y las piedras que, pocos días antes, le vieron pasar llevando en brazos al señor Joaquín. Lo intenta con una avidez casi enfermiza.

Es inútil. Y, al fallar el testimonio material, llega a pensar si fallaría todo, si todo se ha montado en su fantasía.

Y, no obstante, hace menos de una hora sostuvo la última conversación con el señor Joaquín. Una conversación que le ha quedado grabada sobre la capa más impresionable de la pasta que lo forma.

En la frente del señor Joaquín ha aparecido una arruga, y alguna cosa impalpable le tiembla debajo del ojo —un poco de piel o quizá un poco de su misma mirada.

Era una arruga que jamás le había visto.

—¿Qué le parecen estos días que hemos pasado aquí, Jordana?

Pedro comprende, naturalmente, que no se refiere al tiempo, ni tan siquiera al descanso, al agradable descanso, sino a aquella cosa indefinible que entre los dos

había crecido, una especie de planta que les unía bajo la misma sombra.

—Me parece que no hemos mantenido grandes conversaciones. Usted ya sabía que yo era hombre de pocas palabras. ¿No es cierto?

No sonrío con familiaridad. Estuvo demasiado obsesionado por su pensamiento, y la arruga no cedió ni un segundo. Sí, era hombre de pocas palabras, y en la oficina jamás había dicho más de ocho o diez seguidas, pero ahora, además, parecía expresarse con dificultad.

—Pero he de decirle que estos días han sido los más extraños que... Ya sé que extraños no significa nada... Yo no sé si usted lo ve como yo...

¿Qué cosa ha de ver? Y a pesar de tanta imprecisión, Pedro Jordana *sabe* perfectamente por qué aquellos días han sido extraños. Mientras, en el despacho, el señor Joaquín pronunciaba palabras concretas, entre el uno y el otro había una distancia insalvable. Ahora, en esta casa, en donde toda conversación naufraga ineludiblemente, día tras día, en las más patéticas vaguedades, el contacto había sido profundo y próximo hasta el estremecimiento.

«Usted, Jordana, me ha llevado en sus brazos desde la carretera hasta aquí» — mientras piensa esto, le mira con sus ojos pequeños, estúpidamente. Era un hecho natural, sin importancia. ¿Por qué, pues, le tiene un secreto temor? ¿Por qué le cuesta tanto traducir en palabras todas estas cosas tan sencillas? —unas palabras abortadas que van comprimiéndose dolorosamente como una sangre destruida... Y quisiera saber: «¿Y qué más sucedió cuando usted me llevaba en brazos, o qué sentía usted, y qué pensaba...?». Se percata de que todavía no le ha dado las gracias. «¿Hay que darle las gracias al chófer que no quiere dejarte morir solo en el campo?»... Y experimenta la impresión, clarísima, de que Jordana todavía le tiene asido, de que no le suelta.

Mueve los labios, sin hablar, y si hubiera sido fumador se habría llevado un cigarrillo a la boca.

«Y no es propiamente que me tenga cogido. Soy yo quien no le deja...». Diría que se habían cambiado los papeles. Ahora sentía la proximidad de Jordana como una carga pesada, como si le llevara sobre sus hombros.

¿No bastaba con cerrar los ojos?

Tiene deseos de alargar los brazos, poner las manos sobre el pecho de Jordana y apartarlo hacia lo lejos, tan lejos como sea necesario para romper la pegajosa pasta que les une...

«Y no es una sensación estrictamente física...». También piensa en aquella foto del niño despeinado. «Hay algo que me impulsa a conocer qué sentido tiene que la proximidad de un hombre pese sobre mí con una opresión dolorosa. —Y esto mismo me impulsa a conocerlo tan tarde como me sea posible...».

El silencio, la mirada petrificada, la marca interior de la angustia —estos son los frutos del doble impulso, del saber y del no saber.

Pedro Jordana, sin embargo, piensa sólo que el señor Joaquín siempre ha sido, en

efecto, hombre de pocas palabras. Con las pocas palabras que ahora ha pronunciado el señor Joaquín, Pedro Jordana se monta una pequeña, intensa y suficiente conversación.

Una conversación que, ayudado por el rítmico funcionamiento del coche, ahora recuerda del todo, continuada, como si no se hubieran producido vacilaciones ni silencios.

—Si el coche funciona bien, mañana por la noche estaremos en Barcelona, Jordana.

—Tendríamos que salir de aquí al mediodía.

—Sí. No tiene usted deseos de volver a Barcelona, ¿verdad, Jordana?

—Sí.

—¿Qué es lo que más echa usted de menos?...

—Tengo a mi mujer... No sabe lo que ha ocurrido.

—Nadie sabe lo que ha ocurrido...

—Es verdad.

—Casi ni nosotros...

—Tenía usted razón al decir que han sido unos días extraños...

—¿Había vivido usted alguna vez en un rincón de mundo como este, Jordana?

—Solamente en sueños. A veces he imaginado una casa como ésta, tal vez porque mi familia procede del campo.

—¡Ah!

—Yo sé que mi mujer se encontraría mejor si pudiera respirar este aire, y lavar al sol, y darles nombre a cuatro gallinas...

—¿Está enferma su esposa?

—No. Pero todos tenemos nuestros nervios, nuestras cosas... Aquí estaría mejor.

—Quizá sí... En cambio, yo aquí me he sentido inquieto... Jordana.

—Diga.

—Jordana: tal vez, en el fondo, el accidente me ha tocado. Tal vez deseo volver a casa para descansar.

—Es natural.

—Un día, cuando haya descansado, cuando tenga la cabeza un poco más despejada...

—¿No se ha puesto el termómetro, hoy?

... entonces hablaremos con calma de todo esto, Jordana, de... en fin, hablaremos...

De regreso, Pedro frena en la misma curva en donde unos días antes volcaron. Abre la puerta y sale del automóvil.

De pie en la carretera siente pasar un aire continuo, un aire que incansablemente se le lleva el calor de la cara —un aire que le aísla confortablemente de las cosas que le rodean.

Este es el lugar exacto.

Es posible que quede un poco de sangre en el suelo —ya como otra clase de tierra oscura.

Y ésta es la piedra, y éste es el árbol. Pero no.

Es como si el aire que pasa duramente, continuamente, se lo hubiera llevado todo. También el vacío y la sombra de las cosas que, en un momento intensísimo, estuvieron aquí. Un aire como el tiempo.

Cuando vuelve al camino y se acerca a la casa piensa que, a pesar de todo, aquel momento existió, y que ha producido nuevos momentos y nuevas cosas, en una cadena de infinitos e imprevistos eslabones...

Entra en la casa, porque el aire sigue creciendo.

El médico se resiste a marcharse... Se le ha pagado todo, no se le adeuda nada. Sólo se le debe un poco de comprensión. Reconocer que es cierto que no tiene simpatía alguna, que es cierto que no posee ninguna ciencia, pero también reconocer que quién sabe si, un día, tuvo simpatía y poseyó ciencia. Reconocer la miseria de su actual soledad.

Por eso nadie le vuelve la espalda cuando se resiste a marchar.

El señor Joaquín le ofrece otra copa del licor de la vieja, y se sientan junto al fuego de la cocina. El señor Joaquín todavía no se había sentado nunca en esta cocina, y por el hecho de sentarse allí la vieja se retira a un rincón, como si sólo fuera la sombra del forastero en la pared.

Pedro Jordana no está con ellos. Pasa lista, en su habitación, a todos los objetos que no debe olvidar poner en el maletín. Hasta el día siguiente no ha de preparar su minúsculo equipaje, tiene tiempo de sobras. Pero sintió la necesidad de estar solo.

Por otra parte, estas cuatro cosas esparcidas a los pies de la cama tienen ahora un perfil marcadísimo —son como fragmentos de un espejo que le refleja con toda fidelidad.

El cepillo de dientes, envuelto en un trozo de papel roto y arrugado por el contacto con el agua, le causa una rara angustia. Es un cepillo que ha perdido muchas cerdas. Durante tres o cuatro años lo ha utilizado cada día sin darse cuenta de que es una ruina. Pero para darse cuenta de ello fue suficiente abrir la maleta del señor Joaquín, el día del accidente. No encontró en ella nada de lo que absurdamente esperaba encontrar: vendas, desinfectantes, algodón. En la maleta solamente había pequeños objetos de uso corriente: camisas, calcetines, agua de colonia, pijamas... y un cepillo de dientes. Un cepillo colocado en su lugar dentro de un neceser de piel que contiene un tubo plateado para el jabón, otro para la brocha, unas tijeritas para la manicura, un espejo... Al comparar esta suntuosa bolsa de piel con el papel mojado que envuelve sus cosas... también intentó comparar el rostro del señor Joaquín con el suyo. Por la mañana, se afeitó con violencia contenida. Puso una hoja nueva en la maquinilla y la presionó con energía sobre la piel. Pero no fue posible obtener aquella rosada limpieza del señor Joaquín. Se miró en el espejo y seguía siendo el hombre de

mejillas grisáceas de siempre, y la sombra debajo de los pómulos era como un estigma de origen.

Y mirando ahora el viejo cepillo medio estropeado se decía que, a pesar de todo, no bastaría tirarlo y comprar otro —y, además, comprar una maquinilla de plata y una auténtica *gillette*— para dejar de ser un hombre marcado.

Tira el paquete de cigarrillos, vacío, y coge otro. Atraviesa el vestíbulo y, desde la puerta de la casa, contempla el coche negro en medio de la era, como un anuncio de la noche que se inicia tras las montañas.

«Si el coche funciona bien, mañana por la noche estaremos en Barcelona», había dicho el señor Joaquín.

Mira los dos árboles altísimos que flanquean la entrada de la finca, y el lavadero, y los cuatro grandes cestos de mimbre que se encuentran en un rincón, y el lento desfile de los ánades a su izquierda, por el camino estrecho que lleva a la fuente, y la luz que se reduce como una mano al cerrarse —y percibe el aroma que no solamente es de la tierra, sino de todas las cosas diversas que un día estuvieron en la tierra y que en la tierra siguen respirando.

Barcelona era una realidad muy lejana y cuyo sentido era difícil entrever a pesar de hallarse tan cercana, al caer el día. Al día siguiente por la noche ya estaría allí.

«Entonces hablaremos con calma de todo esto, Jordana...». Lo dijo dos veces. Con extraña turbación en la mirada y, al mismo tiempo, con voz rotunda.

Sale de la era y comienza a rodearla. A medida que camina, y al caminar se desliga de todo lo que le rodea y vuelve a encontrar los límites de su persona física y de su pensamiento, se convence de que, en efecto, el señor Joaquín acabará por hablarle. Se convence de que en el fondo es de desear el regreso a Barcelona, porque en Barcelona, y en la oficina, el señor Joaquín encontrará como siempre las pocas palabras necesarias —esta vez serán unas palabras llenas de la fuerza nacida durante estos días, y que Pedro Jordana adivina tan favorable.

Unas palabras que tendrán un valor económico. El dinero todo lo puede, piensa Jordana. El dinero hace posible el descanso nocturno, y la alegría de los domingos, y la compañía, durante cada minuto, durante cada hora, de otro hijo. La hija que ahora devolverá a su mujer un poco de su juventud.

Pedro Jordana no piensa —no puede imaginarlo— que las palabras del señor Joaquín puedan tener otro valor, y menos un valor superior al del dinero. Pedro Jordana piensa que las cosas han llegado a un punto en que al señor Joaquín sólo le falta decidir si trescientas, quinientas o mil pesetas. Pedro Jordana ignora —¿cómo iba a saberlo?, ¿quién le ha preparado para más altas esperanzas?, ¿cuántos años hace que los hombres como Jordana creen que, por más que intenten arrancársela, una sombra como un estigma les distinguirá siempre de los hombres como el señor Joaquín?—, Pedro Jordana ignora que el señor Joaquín tiene planteado, por primera vez, un problema más grave que el de conceder un aumento de sueldo.

Cuando el médico se fue —vino con el coche y se marchó en el carro del idiota; de nuevo entró en la nube de polvo de su vida— el señor Joaquín no se movió de su silla en la oscura cocina. Le invadió un extraño sopor.

En el sueño, Mauricio es altísimo, y él se esfuerza continuamente en conseguir la misma altura. Se yergue de puntillas —procurando, sin embargo, que no se note que lo hace. Se encuentran en una habitación que le es familiar, por más que no la identifique con ninguna habitación concreta.

Mauricio tiene en sus manos un montón de pequeños objetos de colores, que podrían ser monedas, cartas de póker o huesecillos de pollo. Juega con ellos, los mueve rápidamente entre sus dedos. Él sigue esa evolución con fijeza hipnótica, y quisiera librarse de mirar porque sabe que está ante Mauricio para hacer otra cosa, una cosa importante y urgente.

Tiene la sensación de que pasan días, años; de que jamás podrá destruir el sortilegio.

Cuando Mauricio comienza a hablar la angustia cede. La voz otorga lógica, facilidad y normalidad a todo.

—¿Y ya te encuentras bien?

—Muy bien.

—De todos modos, aquí deberás someterte a una revisión general. Mi cuñado es amigo de Pedro Pons.

—No es necesario. Una cosa espectacular, pero en el fondo nada...

¿En el fondo nada? ¿En el fondo nada?

Le fatiga permanecer tanto tiempo de puntillas, para conseguir la misma altura que Mauricio.

—Te convenían unas vacaciones, Joaquín. No hacer nada, no pensar...

—No han sido precisamente unas vacaciones —protesta—. Y he pensado...

Mauricio se hace un poco más alto ahora que realmente había conseguido su misma altura. «He pensado», repite, pero Mauricio se le escapa, no puede oírle.

Hace un esfuerzo para atraerlo.

—He visto cosas nuevas, Mauricio. Tengo que explicártelo.

—Has descubierto cómo se vive en una masía, ¿verdad?

—Sí.

—¡Qué mundo tan primitivo!

—Sí.

—Tan pintoresco.

—Sí.

—La miseria de estas familias perdidas en la montaña.

—Sí. Y he descubierto otras cosas, Mauricio. Cosas que me han impresionado absurdamente. Tengo que explicártelo.

Y entonces los pequeños objetos de colores otra vez vuelven a dar vueltas

rápido entre los dedos de Mauricio, que sonríe, y él siente como si se le vaciara la cabeza.

Y llega un momento en que toda la niebla del sueño se desvanece. Se despierta sentado en la silla baja, rodeado de la oscuridad de la cocina, y comprende que no le será fácil hablar. Nada fácil, y, no obstante, es necesario encontrar el modo de hacerlo.

Entonces imagina la escena, con admirable limpidez.

El hecho tiene lugar en el *living* del piso de Mauricio. La lámpara veneciana, el pequeño tríptico de estilo gótico, el jarro con la verde rama de magnolias. Al sentarse en el sofá, uno queda hundido profundamente, y desde este instante el señor Joaquín tan sólo sabe hablar en voz baja. Siempre hay algún libro —sobre una mesita, sobre el hogar, incluso ocupando una butaca— que parece recién abandonado. Una artificiosa naturalidad que nunca despierta sospechas en Joaquín Civit —cree de buena fe que Mauricio, que es un muchacho así, ha estado leyendo estos libros.

En el *living*, es evidente, tan sólo hay dos personas: Mauricio y él. Aparentemente, todo sigue como siempre. Igual que otras veces que se reunieron allí para cambiar impresiones o para resolver algún pequeño problema. Mauricio ha servido el *Carpano* —su manía— y Joaquín, que no soporta nada amargo, se limita a llenar medio vaso con sifón. Pero ni siquiera lo prueba.

—Aquí estaba la puerta de entrada, ¿comprendes?, allá la cocina. Una cocina terriblemente oscura. Nunca se podía saber si la vieja estaba ahí o no.

—Es extraño que la cocina no se hallara en la misma pieza de entrada, como en las masías del país...

Joaquín Civit encoge los hombros, desinteresado de la cuestión. No sabría decir por qué aquella casa era así. Hace rato que está hablando, con el único propósito de acumular noticias, observaciones, detalles. Adivina que, por más que hable, no conseguirá traspasar su inquietud a Mauricio.

—Y allí había un montón de avellanas que uno pisaba sin querer y que despedían un aroma intenso y seco.

Y en el *living* hay una alfombra que parece ser persa, hecha a mano, que vale una fortuna. ¿Por qué, piensa Joaquín Civit, su voz no es tan segura como él quisiera? Mientras habla, contempla la inmensa reproducción de Picasso, y el bibelot chino, y la colección de ceniceros de plata, y tiene la impresión de que está explicando un sueño, de que la historia suena como una invención, de que aquella era la única realidad. Cuando él decía *el accidente*, parecía que quisiera engañar a Mauricio. Cuando decía *Pedro Jordana*, no podía lograr que Mauricio comprendiera toda la dimensión real del auténtico Pedro Jordana.

Incluso Mauricio se ha equivocado una vez y ha dicho *Pedro Jansana*.

Joaquín Civit se decide a servirse dos dedos de *Carpano*.

—Te aseguro que si hubiera tenido que confiar en los de la casa, estaba perdido. El hombre era como una bestia, ni siquiera sabía articular una palabra. La mujer era

la cosa más parecida a una bruja que puedas imaginarte. («Esta bebida es realmente amarga, pero no parece ser muy fuerte...»). Afortunadamente, Jordana me sirvió de guardaespaldas. Ahora lo pienso y me hace gracia: se impuso de tal manera que la vieja ya no volvió a acercarse a mi cama, y volvió a esconder sus potingues.

—Es molesto que sea un empleado.

Joaquín le mira un instante y oprime el vaso entre sus dedos.

—Es un empleado, Mauricio, que me recogió del suelo, que detuvo mi hemorragia, que me llevó sobre sus hombros...

Repite la dosis de *Carpano*.

—Te diré una cosa. Para mí, ahora Jordana no es un empleado.

—Es natural. Existe el agradecimiento.

Es una palabra demasiado fácil, demasiado utilizada. Joaquín contempla el movimiento del líquido dentro del vaso, y calla.

—Piensas gratificarle, supongo.

—La gratificación no es ningún problema.

—No, claro que no.

Joaquín piensa que no se ha expresado bien. Tendría que haber dicho: «La gratificación no es el *gran* problema».

—¿Ahora te gusta el *Carpano*?

No sabe si le gusta por más que ha repetido.

—Yo no sé si todos los empleados son como este Jordana.

—Hombre, me imagino que más o menos sí...

—Yo nunca traté a mucha gente, ya lo sabes. No soy como tú. Y durante estos días me he visto obligado a convivir, vaya, no sé si esto es convivir, pero he estado junto a un hombre que era completamente desconocido para mí... ¿No está muy alta esa calefacción, Mauricio? Al principio, me causaba cierta angustia... Lo que te decía, no soy como tú.

Iba a decir: «Fíjate, después de tantos años, todavía cuando estoy a tu lado no me siento del todo tranquilo... Aún no he conseguido que tu compañía me sea plenamente cómoda». ¿Por qué ha de ser así?

—Esta gente —comenta Mauricio— a veces no sabe ser discreta...

—Te aseguro que no me ha molestado. Es un tipo que no habla.

Bebe un poco, y parece estar pensando.

—La verdad es que si quiero recordar lo que hemos dicho durante estos días, sólo se me ocurren tonterías. Entonces me doy cuenta de hasta qué punto pesaba su mera presencia para que ocurriera esto.

Mauricio le mira, curioso.

—¿Para que ocurriera qué...?

Una nueva oleada de calor en la casa. Tal vez no se deba del todo a la calefacción. Tal vez el *Carpano*... Pero el *Carpano* le ayuda, y sigue oprimiendo el vaso entre sus dedos con una obstinación que tiempo atrás no se hubiera explicado.

—Te diré, Joaquín. No se trata de hoy, solamente; ayer, en el despacho, te encontré un poco extraño. Cambiado. Pareces preocupado por algo...

Le pone una mano sobre la rodilla, afectuosamente. En el fondo, siempre ha considerado a Joaquín como si fuera un niño. Se enorgullece de conocerle perfectamente. Un individuo fácil de entender, este Joaquín. Si bien es cierto que le ha admirado por el hecho de ser un hombre de una sola pieza, también es cierto que, por el mismo motivo, siempre lo ha considerado inferior, benévolamente inferior.

Ahora, sin embargo, le mira con afecto intensificado. Y, por primera vez, con un interés profundo. Insiste:

—¿Qué ha ocurrido?

—Este hombre —Joaquín se palpa los bolsillos, nervioso—, este hombre tiene una mujer... («La frase suena muy mal») y una niña («¿y por qué se preocupa de cómo suena la frase? La cuestión es hablar, no detenerse»), y yo supongo que todo el mundo tiene una mujer y una niña, pero cuando descubres («¿le gusta o no el *Carpano?*») qué cosa es una mujer y una niña, para según quién («¿qué es esto?»)...

Ha encontrado, en el bolsillo de la chaqueta, un pequeño objeto cilíndrico, blando... ¿Cómo llegó este cigarrillo a su bolsillo?

—¿Ahora también fumas? —se admira Mauricio.

Con total perplejidad, Joaquín mira este cigarrillo entre sus dedos.

—Déjalo, te daré uno mejor.

Mientras Mauricio se levanta para traer la verde caja de los *Abdullah*, Joaquín revive la imagen del primer paseo por los caminos del valle perdido, bajo un cielo altísimo. A lo lejos, los ánades chillaban y se elevaba el tenue aroma de la tierra soleada, cuando Pedro Jordana le ofreció el cigarrillo y él, sin darse cuenta, lo aceptó...

—No, fumaré éste.

Fumará éste. Un cigarrillo de los veinte que Pedro Jordana fuma diariamente. No tiene costumbre, aproxima demasiado la cerilla a su rostro, y medio cigarrillo le queda gris por el humo.

Inmediatamente la boca se le llena de espesa saliva. De momento, no se decide a tragársela. Hasta que tiene la impresión de que va a ahogarse.

—No te empeñes en seguir, hombre. —Mauricio sonrío.

Sí, se empeña en seguir. Temeroso. Vacilante. Seguir hasta que Mauricio le comprenda. Es probable que, al fin, y sin ningún esfuerzo, Mauricio le precise y le concrete su malestar. Es seguro de que el suyo no se trata de un problema nuevo. Debe de haber alguna etiqueta que lo defina —se da cuenta de que es un problema y un malestar de una amplitud general, que afecta a todo el mundo. Sin duda, Mauricio conoce la fórmula que lo resuelve.

Lo único difícil —él, fuera del negocio, siempre ha sido un hombre inepto—, lo único, para él, terriblemente difícil, es el planteamiento.

—¿Y tú sabes cuál es la ambición de este Jordana? —Tener una hija.

—¿No tiene?

—No. Tiene un hijo.

Mauricio mueve una mano, ágilmente.

—La pareja, ya se sabe.

La pareja. Ya se sabe. Puede decirlo alegremente, sin que la frente se le arrugue. La pareja: es bonito, es natural.

—Puedes darle una alegría. Puedes aumentarle el sueldo, ¿verdad?

—Ya lo pensé.

Lo pensó, sí, pero todavía, desde que lo decidió, no ha podido comprender si Pedro Jordana espera algo más, si ésta es *toda* su esperanza. Porque ni una sola vez, durante los días en que estuvieron juntos, pronunció una frase orientadora. No formuló, ni siquiera inconscientemente, una reivindicación. No le cuesta esfuerzo creer que, en este preciso momento, ante su mujer y su hijo, en un comedor que la oscuridad ha ido envolviendo, Pedro Jordana tiene en el corazón una sangre mucho más tranquila que la suya. Esto es lo que más le paraliza, lo que más le angustia. No se ha visto obligado a la inquietud. No tiene lucha, exigencia, enemigo externo que le niegue la antigua paz. La inquietud es, solamente, un puntito incandescente que le da vueltas por su interior. Entre la alfombra persa, el tríptico gótico y la bellísima rama de magnolio, él es, incomprensiblemente —lo siente, aunque no lo sabe—, un inhábil aprendiz de revolucionario.

—Pero ¿sabes lo que ha ocurrido? Me hizo el efecto de que Pedro Jordana me pedía permiso para tener un hijo. ¿Comprendes?

¿Por qué Mauricio, que a todo le saca punta, no se ríe ahora?

—Claro es que le aumentaré el sueldo. Pero no es tan fácil como tú decías. Están los otros.

—¿Quiénes son los otros?

—Todos. Todos los Jordanas de la oficina.

Ya se ha fumado medio cigarrillo. Dicen que se trata de la peor clase de tabaco del país. ¿No le producirá un cáncer en el labio?

—¿Temes que protesten?

—No. Pero ¿por qué Jordana ha de ser un privilegiado? ¿No piensas en todos aquellos que ni siquiera han tenido la ocasión de pedirte permiso para tener un hijo?

Deja el cigarrillo.

—Yo quisiera saber que Jordana es un caso desgraciado; por eso te pregunté antes si todos los empleados eran como él. Y comprendo que se trata de un hombre cualquiera. Entonces me pregunto qué sentido tiene darle cuatrocientas pesetas más porque sé que las necesita... si me consta que también las necesitan los demás.

—Estás desenfocando la cuestión, Joaquín. Si tú le mejoras la posición es porque te ha prestado un servicio.

Joaquín le mira un instante, tímido. Pero el *Carpano* —por fin sabe que no le gusta— le ayuda.

—No, Mauricio. Si quiero mejorar su posición, como dices, no es porque me haya prestado un servicio, sino porque, simplemente, su posición puede ser mejorada. Es un hombre que desea cosas que, ahora, yo comprendo.

Tiene la vaga idea, que flota por su cerebro calenturiento, de que repite la escena de Jordana ante el licor de la vieja bruja: tan sólo teniendo la cabeza turbia se consigue hablar tan claro.

—Es un hombre como yo.

—No lo creo.

Mauricio, sin mirarle, le echa un poco de sifón al vermut.

—De acuerdo, como yo no. Si bien se mira, no nos parecemos en nada. Ya sabes que no sé explicarme muy bien. Quiero decir que *podría* ser un hombre como yo, y que ya lo sería un poco si yo quisiera.

De la calle, llega la penetrante sirena de los bomberos, y el tiempo se inmoviliza en el *living* —y el pensamiento queda clavado como por un estilete.

—Pues hay algo más que hacer que aumentar el sueldo a un hombre llamado Pedro Jordana. ¿No lo crees así?

Mauricio tira de su bigote, obstinadamente.

—Dime, ¿no lo crees?

—Hay muchas cosas que hacer, efectivamente —reconoce—. La primera es preguntarte: ¿dónde quieres ir a parar?

—¿Y si te dijera que no lo sé —contesta Joaquín, después de un silencio— y que para ponerlo en claro quería hablar contigo?

Otra vez, Mauricio coloca una mano afectuosa sobre la rodilla de Joaquín.

—Mira, no vamos a adelantar nada con hablar. Solamente podrás curarte con el trabajo, con la acción. Solamente podrás curarte si te decides a adentrarte del todo en la enfermedad, ¿comprendes? Comienza por donde quieras; lo más difícil no es comenzar. Dale más dinero a Jordana. Muy bien. Entonces alquila a alguien, no es preciso que sea un técnico, un economista. Alguien que tenga la cabeza en su sitio. Enséñale el juego sin trampa alguna. Dile que tú ganas cada mes ochenta o noventa veces más que Jordana —y que Mateo y que Hernández y que cualquier otro, vaya. Que tú tienes cinco hijos y él uno. Que te has construido una casa en Viladrau y él ha compuesto el cristal roto de una ventana con papel de pegar. Que a ti, los domingos, te mandan medio kilo de crocantes de casa Llibre y Serra y que él se lo pasa dando tumbos dentro de la cabina de un camión. Y explícale, sobre todo, que de veras eres eso que se llama una buena persona. Que crees que un hombre ha de tener muchos hijos, habitar en una casa agradable y descansar en domingo. Y entonces déjale que haga lo que crea oportuno.

Señala la botella:

—¿Quieres más?

Joaquín rehúsa con la cabeza.

—Me parece que si lo planteas así la solución es extraordinariamente fácil. Pero

créeme: encárgaselo a alguien; no quieras hacerlo tú. No quieras hacerlo con afecto personal, con caridad directa. Fallarías.

Los labios de Mauricio se pliegan en una extraña línea, y prosigue:

—A Jordana, ¿comprendes?, no le saldrá a cuenta esperar a que cada día tengas un pronto de abnegación, y para ti será una preocupación constante. La otra solución es mucho más fácil, y segura. Aprovecha este primer momento lúcido, y ordénalo todo de arriba abajo y para siempre. No es tan emocionante, pero es más consecuente.

Mauricio se levanta del sofá, y de una caja de tabaco que se trajo de Londres saca una pipa larga.

Joaquín Civit tiene los ojos clavados en la alfombra, y las manos rosadas y blandas le descansan sobre las rodillas como dos flanes.

En el silencio, crece un mezclado aroma de madera y de tabaco.

—Yo —Mauricio habla vuelto de espaldas a Joaquín, mientras hurga la pipa con un hierro— no tengo ningún inconveniente, si es que te interesaba saberlo. Hace mucho tiempo que me conoces... Nada de lo que hasta ahora he hecho ha llegado a interesarme...

Al volverse, Joaquín ve una serie de minúsculas arrugas alrededor de los ojos y de la boca de Mauricio.

—Podrían suceder cosas extraordinarias, Quim. O tal vez yo tengo una imaginación terrible. Podrías cambiar la vida (y las ideas, y los sentimientos) de un montón de gente. No puedo imaginar cómo acabaría todo esto. Entonces, tal vez, llegaríamos a saber si llevabas razón, si todos somos iguales. Saldrías en los periódicos, qué sé yo... En nombre de tus hijos, tu mujer te haría incapacitar legalmente por pródigo, quién sabe —y tuerce la boca raramente— tal vez te harían santo...

A pesar de las palabras, qué profundísimo impulso, qué terrible tentación, qué antiquísima sinceridad le estremece todo el cuerpo, y le transforma en un hombre animoso e impresionante, en un hombre que viene del fondo del tiempo, cuando dice simplemente y con palabras gastadas:

—Ya me ocuparé yo de esto.

Y con la mano abierta invita a Joaquín a que se eleve hasta su mismo nivel.

XVIII

El señor Alsina, el apoderado, se encuentra en el pasillo con Ignacio, el mozo, que parecía venir del water. Nunca podrá comprender qué les ocurre a esta gente, que cada hora han de ir al water. Tal vez hace un año, o dos, que él no utiliza la instalación del despacho... Él no olvida nunca evacuar el vientre cada mañana, al levantarse, mientras se calienta el agua de la ducha.

Pero es fácil ver que esta gente es desordenada. El cabello de este Ignacio jamás estuvo sujeto a norma alguna, y es negro como el pecado.

Cuando Ignacio se aplasta contra la pared para dejar que pase libremente el señor Alsina, y el aire privilegiado que el señor Alsina lleva en torno suyo, el apoderado recuerda que este hombre vive un drama.

—¿Cómo está su chico?

Por un momento, parece que Ignacio se despega de la pared, que adquiere cierto volumen.

—Prácticamente bien, señor Alsina. La cloromicetina le ha salvado, me lo ha dicho el médico.

—Adelante, pues...

Ignacio se desliza rápidamente y, como los escarabajos, quiere pasar inadvertido a base de correr por el ángulo que forman el suelo y la pared. Y la mirada del señor Alsina le sigue, efectivamente, con una intención de escoba.

Habría sido una lástima, piensa, que el chico de este hombre se hubiera muerto. Y habría muerto, no hay duda, si en vez de trabajar en aquella casa, en donde le concedieron dos mil pesetas para cloromicetina, Ignacio...

No recuerda si le pasó la nota a Riera, el cajero. Vuelve a su despacho: está allí, sobre la mesa. Descontar del sueldo total cien pesetas cada mes.

La claridad que desciende por la claraboya es insuficiente, y hay que encender la luz eléctrica. En el mundo, ahora son las doce del mediodía. Por las calles, de vez en cuando, un hombre que lleva un paquete y que arrastra un carretón eleva los ojos al cielo —y a pesar de las nubes y de la luz fría y grisácea es mediodía, y participa un poco de la fugaz exultación del mundo.

El limpiabotas, sentado sobre su caja mira pasar las piernas de las muchachas — este año los abrigos se llevan largos. El inspector de parada del tranvía ha vuelto a encender la faria —precisamente ahora que son las doce, aunque no lo sepa. Un perro ladra desde el balcón de un tercer piso, porque ha pasado un camión ruidoso —y fraudulentamente colgado detrás del camión, un chavalillo con una colilla en los labios, mueve las piernas y canta *Santa Marta, Santa Marta tiene tren...*

Son las doce del mediodía en la ciudad y todavía lo son más al otro lado de las montañas, allá a lo lejos, en donde los frutos que cuelgan de los árboles están, en esta hora, llenos de música igual que pequeñas campanas, allá en donde cada cosa existe

en un aire libre y unos perros sin nombre van por caminos de polvo florecido...

Puesto que la claridad que ahora desciende por la claraboya es insuficiente, hay que encender la luz eléctrica del despacho.

Manolín mira las manos de Vila, y luego los botones de su jersey, y lentamente va elevando los ojos —la corbata de Vila, la boca, el bigote— hasta encontrar la mirada del hombre que tiene delante, al otro lado de la mesa.

Siempre que se equivoca la sangre se le calienta súbitamente, y parece que su pecho encogido vaya a estallarle. Desde que Pedro Jordana está fuera —desde que ha sido substituído por Vila— se equivoca a menudo. Nada justifica sus errores de ahora, porque delante de Vila hace exactamente el mismo trabajo que hacía delante de Jordana.

Pero tiene miedo. El pequeño Manolín, que este invierno está creciendo mucho, tiene miedo de que Pedro Jordana ya no vuelva a sentarse al otro lado de esta mesa. Imagina que su vida se halla estrechamente ligada a la de Pedro, y que sólo podrá ir hacia adelante estando a su lado. Por esto la ausencia de aquel hombre amigo le tiene angustiado. Angustia de que, mientras se halle fuera, mientras no pueda tenderle una mano, Jordana se transforme en otra cosa distinta y superior, irrecuperable. Una cosa que evolucione sola mientras él sigue creciendo solo, e inútilmente, y equivocándose.

Vila, que le mira con ojos penetrantes, adivina el nuevo error. Vila es más listo que Pedro Jordana —Manolín se encuentra en una edad en la que estas cosas ya empiezan a vislumbrarse. Y, por otra parte, no se puede decir que le trate mal, pues ni siquiera comenta sus disparates. Pero su mirada y su voz tienen un sonido más duro, y se trata de una dureza que no va dirigida especialmente a Manolín, sino que es general, es como la mirada del hombre que está acostumbrado a ver muertos.

«No es muy listo —piensa Vila, mirando al muchacho—; y desconfía de sí mismo y de todo. Es absurdo que todavía no sepa hacer este trabajo con seguridad. Si bien se mira, ¿por qué tenía que ser listo? Es natural que sea un muchacho como los demás, y lo único que ha de esperar es no tener demasiada mala suerte; que no caiga enfermo, que no caiga enfermo nadie de su familia, que no se enamore demasiado pronto...».

No, este Vila no es igual que Pedro Jordana, piensa Manolín. La mirada de Vila es franca, pero carece de piedad —porque cree que todo lo que le rodea tiene unos límites inevitables y una muerte interna; ¿qué se puede esperar? En cambio, Jordana tiene la pupila enturbiada y desea un muchacho como aquel inteligente, sensible, trabajador, altísimo y maravilloso muchacho que este invierno está creciendo tanto... después de todo, ¿para qué?

El cajero espera que pasen dos minutos desde que la mano silenciosa del señor Alsina, el apoderado, le dejó sobre la mesa la nota del descuento que cada mes ha de cargarle a Ignacio.

A los dos minutos retira un poco la silla, saca con parsimonia la petaca y le dice a

Antonio, el auxiliar de Caja:

—Supongo que el Espía no volverá antes de media hora. Vamos a liar un pitillo.

Al señor Alsina, el apoderado, le llaman el *espía* porque camina sin hacer ruido, se mete en todo y luego comunica a los dueños sus descubrimientos. También le llaman el *Manco*, y esto ya son ganas de molestar, porque en realidad sólo le falta la punta de un dedo.

—¿Qué hay de eso del aumento de salarios? —dice Antonio, pasándose una mano por el pelo.

—Muchas habladurías y nada más. Escucha: ¿acaso no ganas ya más de lo que puedan aumentar? ¿Pues, qué?...

El cajero no puede aceptar que Antonio, el auxiliar, vista tan bien —no hay que decir que viste mejor que él. Antonio siempre lleva unas camisas de lujo, blancas, con cuello de largas puntas, y se compra zapatos del último modelo. Le duele que esto lo haga un hombre que se sienta en la mesa de al lado de la suya y que en realidad está a sus órdenes —por más que muchos domingos se vayan juntos al fútbol.

Antonio es soltero. Pero ¿esto lo explica todo? Antonio tiene madre y dos hermanos, y por más que estos dos hermanos hayan tenido suerte y mantengan a la madre, ¿cómo es posible que él no tenga ninguna obligación, ni tan siquiera la prudencia de ahorrar algo? Sabe bien lo que gana: mil doscientas al mes más pluses. Siempre fuma rubio y exhibe una variedad de corbatas que le exaspera. Juraría que las mil doscientas se las gasta, *todas*, en sus cosas... y es el auxiliar de Caja.

No lo comprende. Pero, sea como fuere, es imperdonable y lo siente como una ofensa personal. Le reconoce el derecho de hacer lo que quiera con el dinero —cada cual se entiende— menos alardear con él ante todo el mundo. Y cada vez que le mira, y ve la corbata y la camisa y los zapatos, siente que le están restregando el dinero por las narices.

Debería estar prohibido. Él se compra una corbata para Reyes y otra para San Luis. Debería estar prohibido que los hombres como Antonio pudieran ser auxiliares de Caja —no debería permitirse que un empleado más bien modesto se presentara como un lord.

Porque, al fin de cuentas, se producía un hecho lamentable: el señor Alsina, el apoderado, consideraba que aquel Antonio que vestía mejor que él mismo y que los demás, era el empleado más capacitado de toda la casa, y el que tenía un futuro más brillante, y esta consideración se debía precisamente al hecho de ir como un maniquí; el vicio de malgastar impropriamente era tomado como una virtud de dignidad. Y, en cierto modo, Antonio era una acusación que se levantaba contra todos ellos: la prueba de que el sueldo daba, no sólo para vivir, sino para lucir.

El cajero aplasta la colilla contra el cenicero, y de nuevo se inclina sobre los libros. Mientras coge la anticuada estilográfica de color verde con la que hace unos números finísimos, dice:

—¿Y tú no piensas casarte, Antonio?

Antonio se echa a reír.

—¿Y a qué viene esto, ahora?

El cajero, en el fondo, desea que Antonio se case, a ver qué pasa; y piensa que en los calendarios de pared que la gerencia distribuye por toda la oficina, en vez de las vistas de Suiza o de las reproducciones del Museo del Prado debería haber, para que todo quedara bien claro, unos dibujos con el precio de los huevos, de las patatas, del aceite y del gas.

El día tiene cinco minutos que pasan con extraordinaria lentitud. Son los cinco minutos anteriores a la una.

Todo el mundo procura, no se sabe por qué, hacer menos ruido. Como si el ruido de cada uno pudiera estorbar la preciosa labor del tiempo, que no hay que interrumpir.

Al fin, el timbre suena bruscamente, y se diría que suena cuando el deseo general ya se había hecho irresistible. Empiezan las carrerillas —las carrerillas que no paran hasta que, dos horas más tarde, estos hombres vuelvan precipitadamente a sentarse aquí, en estas mismas mesas. Estos hombres solamente aquí hallan la paz —es aquí donde renuncian a la pesada carga de ser hombres, es aquí donde se comportan como máquinas útiles, y aunque técnicamente anticuadas, insuperablemente económicas.

Esteban e Isidro salen juntos y corren hacia la parada del 58, que les llevará a Las Corts.

—¿Ya sabes que Jordana llega esta noche?

—¿Sí?

—Sí. Luisa me ha dicho que le habían dado el telegrama por teléfono.

—¿Y qué decía?

—Sólo que llegaban.

—¿Y no se sabe qué diablos ha ocurrido?

—Me parece que ni el *Manco* lo sabe.

—Estará negro.

—¿Quién?

—El *Manco*. Tú dirás, él siempre lo sabe todo.

—Te advierto que esto de estar cinco días sin noticias tuyas no se comprende.

—No es propio del señor Joaquín.

—Si esto dura un poco más, aquí se arma la gorda.

—Hombre, ¿te parece?

—Tú verás. ¿No te diste cuenta de que el *Manco* cada día se iba poniendo más nervioso? Tanta importancia como se da y después de todo...

—Y el señor Mauricio...

—¡Vaya con éste!...

—El señor Joaquín es el único que vale, déjate de historias.

—Pues algo ha ocurrido.

—Jordana nos lo explicará.

—Sube.

El 58 ha pasado pronto. Si ahora las luces del tráfico se ponen bien, todavía tendrá tiempo de comerse la mandarina sentado a la mesa.

—Mira, yo siempre he creído que muchas de las cosas que ocurren...

—¿Cuáles?

—Esto de escatimarnos los lotes de Navidad, y descontar en seguida los *vales* y..., ya sabes a qué me refiero. Aquí tienes el caso de Mascaró: tú no estabas aquí y no lo sabes, pero Mascaró, durante la guerra, fue el jefe del Comité, sí, eso es, del Comité, ¿y sabes lo que le dijo al viejo señor Joaquín, ¿me comprendes?, al que ya murió? Le dijo: «Usted sigue siendo el amo, ¿sabe?, aquí no ha pasado nada», tal como suena.

—Pasen adelante, por favor, que hay sitio para medio mundo.

—Oye, que eso está muy bien, ¿verdad?, que no todos hicieron lo mismo.

—Mascaró es un pedazo de pan...

—Bueno, pues, el septiembre pasado, Mascaró le dice al *Manco*: «El jueves hará veinticinco años que trabajo en la casa», veinticinco años, ¿te das cuenta?

—Pues está muy envejecido...

—Sí. Pero atiende. ¿Sabes que le contestó el *Manco*?

—¿Qué?

—Le dijo: «¡Cómo pasa el tiempo, Dios mío!» Así mismo. «¡Cómo pasa el tiempo!» Y hale, ¡a hacer puñetas!

—¡Es una bestia!

—¿Qué te parece?

—Y bien sabe que Mascaró...

—¡Hombre, tú dirás! Y a eso quería ir a parar yo: me juego la cabeza que de todo esto el señor Joaquín no sabe nada. Es natural que no se acuerde de si Mascaró ha cumplido o no los veinticinco años en la casa.

—El señor Joaquín tiene tantas cosas en qué pensar...

—Tú dirás. Por eso te decía que, si él estuviera informado de cómo marcha todo... las cosas irían de otro modo. Puedes estar seguro.

XIX

El idiota, al ver que Pedro Jordana cruzaba la era y llevaba las maletas al coche, se rascó la cabeza. Esta era su despedida.

De todos modos tuvo el gesto excepcional de estar allí a la hora de la marcha, en vez de adentrarse en el bosque, como cada mañana. Su presencia —mera presencia— tenía que ser entendida como una instintiva prueba de respeto, o tal vez se trataba únicamente de una irresistible curiosidad.

Parece que volverá a llover.

La vieja bruja les ofreció la garrafita de su licor, *para el camino*. La vieja imaginaba la expedición a un país que no vio jamás como una aventura extraordinaria y larguísima. Rehusaron el licor, pero no pudieron evitar que la felicidad del viaje fuera encomendada a cuatro hojas de una misteriosa planta que ardieron rápidamente, mezcladas con cuatro manojos de pelo de conejo blanco.

Pero nada fue tan angustioso como aceptar la última mirada de la muchacha de ojos extáticos. Una mirada que hacía daño precisamente porque carecía de toda intención, porque era trágicamente inexpresiva. Abandonar a aquella muchacha costaba tanto como abandonar a un náufrago.

—¿No olvida usted nada, Jordana?

No, no olvida nada. Pero vuelve a cerciorarse, porque si olvidaran alguna cosa nunca más volverían a recogerla.

Y de súbito tiene la impresión de que, efectivamente, en esta casa se queda algo importante —algo que se ha hecho invisible para que ya no lo pueda recuperar nunca más.

Al salir a la era, el primer aire que pasa le arrebató el seco aroma de las avellanas que se le balanceaba en la piel.

—No tendremos muy buen tiempo —dice el señor Joaquín, cubriéndose el cogote con la bufanda.

—Es posible que llueva, pero no hará frío.

¿Por qué son tan largos estos últimos momentos? En el aire todavía permanece la primera luz del día, y lo mismo el señor Joaquín que Pedro Jordana se mueven en la era con una lentitud rural, como si su sangre y su pensamiento hubieran adquirido el ritmo profundo del valle.

Por fin todo está dispuesto y Pedro abre la portezuela del coche para que el señor Joaquín pueda entrar.

Es el gesto ritual que sobre el polvo de la era resulta artificioso y plástico, como de ballet absurdo.

El motor comienza a vibrar, y recibe la rápida respuesta de los ánades —y se diría que estos chillidos son la voz que expresa la confusa exaltación de la vieja, del idiota y de la muchacha. Produce una extraña angustia marchar mientras los ánades chillan;

parece que se traicione, que se aplaste alguna cosa.

Y de súbito las cosas pierden su estabilidad. Desde la ventanilla del coche, se ve cómo se inicia el desplazamiento de la casa, y del lavadero, y del carro del rincón, y del idiota que tiene un mechón de pelo sobre la frente, y de la vieja, negra y redondeada como una campana, y de la muchacha —ahora se da cuenta, por primera vez, de que es delgada, muy delgada—, y de los árboles, y del pozo, y de más y más árboles, y de todo esto que se desarraiga, que vacila, que pierde progresivamente volumen y acaba pareciendo una calcomanía pegada al cristal.

Mientras van por el camino que sube hacia la carretera, todavía forman parte de aquel paisaje, pero cuando el coche sale a la carretera el señor Joaquín y Jordana se dan cuenta de que han penetrado en la gran corriente del regreso, en el camino que forzosamente conduce a un final.

—¿No fuma usted, Jordana?

—Sí, señor.

Pedro Jordana todavía no había tenido tiempo de pensar si fumaría o no. Durante todos estos días fumó delante del señor Joaquín, ni siquiera se le había ocurrido dejar de hacerlo. Pero ahora, cuando de nuevo se encuentra al volante del coche, cuando el señor Joaquín le habla, recuerda que, a la ida, y en la misma situación, fumar era siempre una cosa implícitamente antirreglamentaria, una secreta rebelión.

«¿No fuma, Jordana?», era una invitación a fumar. Pellizca un *ideal* con la punta de los dedos, y se lo lleva a la boca. Algo ha ocurrido, piensa, entre la ida y la vuelta. Algo a lo cual se debe que proyecte el humo con fuerza y que coja el volante con poderosa confianza.

—No corra demasiado, Jordana —sonríe el señor Joaquín.

Por el rabillo del ojo, ve la imagen familiar de las redondeadas y pálidas manos del señor Joaquín, que descansan sobre su vientre, y a veces se desatan para volver a atarse de otro modo. Unas manos muy distintas de las suyas, pero que ahora conoce porque tomó su pulso.

El señor Joaquín suspira profundamente.

—¿Se encuentra usted bien? —pregunta Jordana.

—Muy bien. Estaba pensando que hoy estaremos ya en Barcelona.

Ahora avanzan por una recta inacabable y la velocidad aumenta poco a poco.

—No lo olvidaré, Jordana.

Demasiado aprisa. La recta que devoran se va reproduciendo siempre al final. Pedro Jordana tensa la atención. «No lo olvidaré, Jordana, no lo olvidaré, Jordana, no lo olvidaré, Jordana».

—No corra demasiado —repite el señor Joaquín.

¿Tiene otro sentido este *no corra demasiado*?, piensa Pedro, por un instante. Pero la frase todavía suena, enroscada en el corazón del motor y no puede acallarla. «No lo olvidaré, Jordana, no lo olvidaré, no lo olvidaré...».

No tendrá tiempo para olvidarlo. Barcelona está cerca, y él, que aprieta el acelerador, la acerca más cada minuto que pasa. Es en Barcelona donde están los papeles y las nóminas, y las fichas, y los cajeros, y el dinero. El señor Joaquín podrá ver todo eso muy pronto.

—No lloverá, ¿no cree?

Seguramente, en otro momento habría dicho: «Lloverá».

El señor Joaquín mira, distraídamente, por la ventanilla. No podrá olvidarlo, ciertamente. Dicen que hay gente que se convierte súbitamente, que le alcanza la gracia y lo ve claro todo. A él le ha ocurrido al revés. También ha experimentado algo así como una intuición, ha *sabido* que en el interior de aquel hombre había un mundo de cosas ignoradas, pero esta nueva luz no sirve para darle paz, sino para preocuparle.

Para empezar, ha de hablarle a Mauricio. Y Mauricio le da miedo. En la soledad de la cocina oscura, se le presentó con terrible claridad la reacción de Mauricio. Hace tiempo que sabe que Mauricio es un tipo extraño. Es un tipo que en todo ha ido siempre más lejos que él. En los gustos artísticos, en la exigencia gastronómica, en cuestión de mujeres. Y también ahora, pues lo presiente, irá *más lejos* que él. Lejos, mas no para tranquilizarle, sino para preocuparle. Irá a parar adonde él no pueda seguirle —del mismo modo que no pudo seguirle hasta Picasso.

Con un dedo, dibuja en el cristal unas rayas rectas que poco a poco el vapor va borrando.

Y sabe que si no habla no va a resolver nada: porque no podrá olvidar.

Es agradable ver cómo las rayas se borran...

Y él no podrá.

El humo del cigarrillo que Pedro Jordana fuma le da en el rostro. Tose.

¿Por qué se le concedió a él la revelación? ¿Por qué no la tuvo Coma Devesa, Puig Sala, Farré, o cualquiera de los fabricantes que, una vez cada mes o cada dos meses, se reúnen con él y hablan de los impuestos, de las leyes sociales, de las exportaciones?

Y entonces se da cuenta de que todo nace de la ocasión. De que Pedro Jordana le está echando el humo en pleno rostro, de que Pedro Jordana está aquí a su lado, de que le llevó en brazos, de que le limpió las heridas, de que le veló durante la noche. De que, en realidad, la revelación no es más que el contacto.

Seguramente todos los hombres están rodeados de una goma pegajosa, y acercarse a ella es peligroso. Es una goma finísima, que se vuelve elástica hasta el infinito y que le permite a uno alejarse, pero que ya no se puede romper nunca más.

Recuerda que era su obsesión. Tener una oportunidad antes de cumplir los cuarenta años. Tener más dinero, más hijos.

El dinero lo es todo.

Es posible que llegue a las dos mil pesetas. Cada mes, contantes y sonantes. ¡Dos

mil! La escuela del niño, un bistec de vez en cuando, unos calcetines de nylon. Es algo que se le ha metido en la cabeza: unos calcetines de nylon, que no se rompen, que no hay que zurcir.

Tú tenías razón, María. Era la oportunidad. Años y años escondiendo veinte duros en el armario, por si acaso.

Cierra y abre los ojos varias veces, acaba llevándose a los ojos la palma de la mano.

¡Todo ha sido tan fácil, todo es ahora tan claro!

«No lo olvidaré, Jordana».

Un gran hombre, el señor Joaquín.

—Está bien este trozo de carretera, ¿verdad?

Y María le preguntará: «Explícame cómo ha sucedido, Pedro». Y cuando se lo haya explicado dirá: «¿Y estás bien seguro de que lo tendrá en cuenta...?».

«¿No te digo que sí, mujer? Le cuidé bien, y no con premeditación, ya comprendes. ¿Qué podía hacer, sino cuidarle? Y él dijo: “No lo olvidaré, Jordana”. Así mismo».

«Sí, bueno, pero quién sabe lo que significa eso de que no te olvidará...».

«¡A ti qué te parece! No puede ser nada más que subirme el sueldo. ¿O puede ser otra cosa?».

«No, claro, no puede ser nada más...».

«No temas, mujer. ¡Todo está resuelto!».

Sí, todo está resuelto. ¿Acaso no era esto lo que él quería?

Entonces se da cuenta y tira el cigarrillo, que ya se estaba consumiendo:

—Perdone, ¿le molestaba el humo, señor Joaquín?

El señor Joaquín vuelve la cabeza y le mira, y Pedro Jordana juraría que, en efecto, sus ojos están llenos de un humo opaco y misterioso.

—Podríamos llegar a Lérida para la hora de la comida, señor Joaquín. Aunque fuera un poco tarde.

—Sí.

—De este modo, por la tarde podremos marchar con mayor tranquilidad.

—Sí.

Está contento, se le nota, piensa Joaquín Civit. A poco que él le diera oportunidad, Jordana se lanzaría a hablar.

Está contento, y él, *precisamente*, es la causa de que lo esté. Es curioso. Por otra parte, ¿por qué ha de preocuparle un hombre que está contento?

Sin embargo, también algún día le preocupó el perro que había que matar porque estaba muy viejo —aunque al verle a él moviera la cola. También le preocuparon los niños del Asilo —aunque iban por la calle cantando.

Y ahora comprende el dolor y la gravedad de su problema: era, al mismo tiempo, igual y superior a Pedro Jordana. Él *sabía* la muerte que le esperaba al perro alegre, y *sabía* la condición de los niños, y *sabía* en qué podía llegar a convertirse Pedro

Jordana —lo que el mismo Jordana ignoraba.

El *saber* su superioridad le hacía daño —porque le hacía responsable.

—Bonito pueblo, ¿verdad, señor Joaquín?

Un pueblecito con sus cuatro casas abocadas a la carretera, boquiabiertas. Dos mujeres que estaban hablando en un portal vuelven la cabeza para verles pasar.

Por otra parte, piensa el señor Joaquín, si tuviera que preocuparme por todos... Estas dos mujeres, por ejemplo. ¿Por qué no ha de preocuparse tanto de estas mujeres, y de todos los habitantes del pueblo, como de Jordana, de Vila o de Manolín, o de cualquier empleado de la oficina?

Él hubiera podido ser aquel viejo que, a la salida del pueblo, trenza una cesta mayor que él...

Preocuparse de todo el mundo, porque en todo el mundo hay un poco de uno mismo, porque todos somos iguales, y, sin que nadie sepa por qué, no *estamos* iguales...

Jordana le mira un instante.

—¿De veras se encuentra bien, señor Joaquín?

Pero si es verdad que le ha de preocupar todo el mundo, existen unos que le han de ocupar: los que tiene cerca. Se ha de comenzar por los que participan de él más que nadie.

Pero ¿cómo, cuándo, de qué modo?...

Luisa quiere ir a Italia, en primavera.

Es lógico que quiera ir a Italia. Su prima Remedios fue a Italia el año pasado y no es posible hablar con ella cinco minutos sin que cite el Duomo de Milán, o la Signoria de Florencia o la *deliciosa* costa de la Spezia... Es lógico que Luisa también quiera ver todo esto y, además, es realmente factible; no existe ningún inconveniente que impida ir a Italia esta primavera.

Y, no obstante... ¿Es posible que, de ahora en adelante, cuando vaya a desprenderse de quince o veinte mil pesetas, piense, aunque sólo sea un instante, en Jordana, en Vila o en Manolín? ¿Es posible que piense en ellos como en un estorbo?

Siempre tuvo la conciencia tranquila. Bueno, malos pensamientos y cosas por el estilo, es lo natural. Pero, al confesarse —se confiesa por Pascua, por la festividad de la Virgen de Agosto y al día siguiente, que es el de su santo, aprovecha para comulgar, y por Navidad, durante la misa del gallo—, nunca se le ocurrió dudar de si podía desprenderse de dos o tres mil duros para ir a Italia, para comprar un par de cuadros o, tal vez, para instalar una piscina en la casa de Cardedeu.

Sería grotesco imaginar que eso pueda tener ninguna relación con la moral. El más exigente de los confesores se limitaría, tal vez, a recordar rápidamente: «Supongo que usted debe cumplir sus obligaciones como esposo, padre de familia y patrono...». En efecto, podía enseñarle los justificantes y los libros de la casa...

Tal vez, en realidad, no se encontraba del todo bien. Sentía una desagradable

confusión, y los pensamientos pasaban por su mente sin que pudiera dominarlos lo suficiente.

—¿Dónde desea ir a comer, señor Joaquín? —preguntó Pedro Jordana, cuando entraron en Lérida.

—A ver si encontramos un buen lugar...

Jordana, si hubiera tenido que escoger, elegiría «La Manduca», pero no se atreve a proponérselo al señor Joaquín. Dejan el coche en la plaza de España y entran por la calle Mayor. Pedro busca, bajo los pórticos, un restaurante que pueda satisfacer al señor Joaquín. Y no duda mucho en empujar una puerta, ya que por la estrecha calle el frío pasa como una espada.

Es su última comida juntos. Ambos participan del mismo mantel, del mismo camarero que es indistintamente amable, de la misma botella de vino. Esta noche, el señor Joaquín cenará en un extremo de su mesa larga, y las seis bombillas encendidas, de las veinticuatro de la gran lámpara de cristal, repartirán por las paredes y por el rostro mil pequeños reflejos, como si cenara bajo una noche individual.

Pedro Jordana comerá con un hambre incomprensible, rebañando el aceite del fondo del plato sopero, y la mirada de María, maravillada, pasará de los dedos infatigables de Pedro a sus labios, que irán dando palabras a cambio de pan, y de sus ojos, iluminados por una alegría más intensa que la amarilla luz de la lámpara desnuda.

Ahora comen juntos por última vez, y más que juntos, cara a cara.

Solamente se escuchan los pequeños rumores que Pedro produce al dejar el tenedor sobre el plato, al hacer chocar inhábilmente una copa con otra, al realizar cualquiera de los mínimos movimientos del hombre que come con una absoluta libertad de espíritu. El señor Joaquín, en cambio, más educado, no hace ningún ruido —y además calla, no dice ni una palabra.

«Es una lástima que María no haya podido hacer este viaje», piensa Pedro. Hay algo —una luz alegre o un aroma embriagador— que le sube desde los manteles a la cara y le produce una irresistible vivacidad. «Es una lástima». Pero este verano ha de realizar un viaje. Él, María y el niño. Aunque sea una excursión por la costa. Durante el primer año de su matrimonio, antes de tener el hijo, algún domingo fueron a bañarse a Badalona. ¡Cuánto tiempo había pasado! Y algo más que tiempo: unos deseos, unas alegrías, unas satisfacciones que se habían ido perdiendo bajo la continua, implacable embestida de las horas.

—Yo creo, señor Joaquín, que el médico tenía razón. En el fondo, hemos tenido una suerte inmensa, hemos salido de ésta como de milagro.

Casi no escucha la respuesta del señor Joaquín. Imagina que a la fuerza han de estar de acuerdo en todo: ¡todo es tan evidente!

—¡Qué suerte tuvimos!...

«Si este hombre sigue tan contento —piensa Joaquín Civit— llegará un momento en que no podré resistirlo».

Porque precisamente Joaquín Civit descubre que este hombre no tiene ningún motivo para estar realmente contento. Si este hombre pudiera estar contento *de verdad*, él, ahora, estaría tan tranquilo como ocho días antes.

Y mientras le oye hablar, y le ve comer, él piensa en una total confusión. Se percata de que sus preocupaciones y sus escrúpulos parece que están creciendo en el vacío, alimentándose sólo de sí mismo, devorándole, sin que Jordana tenga ni tan sólo conciencia de ello.

Después, en Barcelona, ¿ha de ser él, él solo, quien decida que es necesario hacer todo lo posible para acercar a los hombres, para imponer la idea de la igualdad esencial, para reivindicar una mejora, no estrictamente económica, de sus empleados?

Cuando a la hora del café, manda traer dos coñacs, el señor Joaquín hace girar la copita entre los dedos y dice, lentamente:

—Jordana... Tenemos que resolver un asunto.

A Pedro le tiembla la mano sobre la mesa, como si la mano quisiera arrancar el vuelo para proteger la indefensión de los ojos o de la boca, pero al fin no se atreviera.

—Jordana... ¿Qué le parece dos mil quinientas al mes, eh?

Jordana le mira, coge la copa y bebe.

El señor Joaquín arrastra la silla hacia atrás y se levanta.

Quisiera saber qué piensa Pedro Jordana —que ha pronunciado una palabra inaudible, seguramente «gracias». Quisiera saber si únicamente reacciona con agradecimiento.

«¡María, piensa Pedro, María, es cierto! Lo que esperábamos —lo que necesitábamos. Esta era, realmente, la ocasión, lo acertaste. La ocasión no ha llegado demasiado tarde para nosotros. Otro hijo, y los bistecs que se necesitan, y los estudios del niño, y los calcetines de nylon».

El señor Joaquín mira cómo se pone el abrigo con el gesto de quien se protege, de quien, en cierto modo, decide desinteresarse de todo lo que le rodea porque alguna cosa propia le basta.

¿Y cómo es posible que el dinero sea tan importante que le baste, que la solución pueda ser tan fácil, grotesca, desproporcionada?

Joaquín Civit está pensando en los demás empleados. Estas dos mil quinientas que Jordana recibe como un puro agradecimiento, él no las da por agradecimiento, únicamente. Es una decisión que ha tomado sabiendo perfectamente que obliga a incontables futuras decisiones.

¿Por qué el mismo Jordana desliga su situación de la situación de los otros Jordanas?

Cuando Pedro Jordana le abre la puerta del coche, Joaquín Civit piensa que tal vez no todo en él es egoísmo, sino ignorancia.

De todos modos, se hunde en el asiento con profunda fatiga —hay alguna cosa

cuya digestión se le hace difícil.

XX

Pasaron por los Bruchs rodeados de espesa niebla. Pedro Jordana conducía con infinita prudencia: no valía la pena arriesgarlo todo ahora que todo estaba ganado. Al acercarle a una curva, casi paraba el coche.

A la entrada de Martorell, se encontraron con un camión medio caído en la cuneta, con la madera de la caja astillada.

—Este tiempo es muy malo para conducir —dice Pedro—. Y estos camiones van como locos.

El señor Joaquín no tiene miedo. Jordana ha resultado un hombre muy prudente —extraordinariamente prudente en todos los aspectos. En cierto modo, es el mismo Jordana quien le está contagiando, desde hace dos horas, esa prudencia que ahora siente que le invade.

Intenta aprovechar estos últimos minutos de soledad para valorar su actuación futura. Antes de una hora verá a Mauricio. La verá y habrá de hablarle. Antes de una hora otra vez entrará en un mundo vertiginoso, en un mundo que exige una actuación constante y que le hace responsable a uno sin que uno se dé cuenta de ello.

Esta es la lección que le han dado sus vacaciones.

Luego ya no habrá ocasión para reflexionar.

Al pasar por un pueblo que no sabría cuál es si Jordana no lo anunciase, alegremente, «Pallejá», se admira al ver que todas las puertas están cerradas y solitarias las calles. ¡Con lo cerca que está Barcelona! Este pueblo abandonado, piensa, también debe tener sus problemas, y se le ocurre que tanta oscuridad no debe ser sino discreción, un profundo pudor ante los desconocidos que pasan constantemente mirando su rostro. Discreción, prudencia y cobardía: las tres sensaciones que están luchando en él.

¡Y le pareció haberlo visto todo tan claro, por la mañana! Entonces, le parecía que sólomente era posible explotar. Imaginó incluso una conversación con Mauricio, perfectamente lógica y sensata. Le pareció realmente sensata.

Mira un momento a Pedro Jordana, por el rabillo del ojo. Es evidente que Jordana ha cambiado. Allí, habló de su mujer, de su hijo, de su miseria. Cambiaron recuerdos de sus padres. De hecho, Jordana no se había quejado nunca, pero en cada gesto suyo, en cada palabra, y sobre todo en su mera presencia, alentaba una profunda fuerza patética. Ahora, en este hombre que está sentado al volante del coche no sabe reencontrar a aquel Jordana que bebió un poco más de licor que el debido... Ahora, este Pedro está tan sereno y tranquilo y contento que le hace pensar que aquella inquietud era excesiva y que tenía un punto de fiebre afortunadamente ya superado.

¿O tal vez todo eso no son más que argucias para también conducirse a sí mismo a la serenidad y al silencio? Antes de una hora verá a Mauricio, y ¿qué ha de decir, qué ha de hacer, entonces?

«Él sabe la solución, él, que es un hombre extraño, inteligente, humano (jamás se lo negó), él me deshará las dudas, y me propondrá la respuesta válida» —piensa una vez más.

Dentro del coche hace frío. Oprime los codos contra sus costados y encoge las piernas.

«Y Luisa..., si sabe que llega ahora, Luisa habrá dejado su partida de *bridge* de los martes. Una mujer excelente, Luisa. Pero ¿cómo es posible llegar a proponerle un problema que... así de golpe y porrazo...?».

«Y quizás dirá: ¿dónde está el problema? Hace ya muchos años que esto está resuelto».

También él cree que está resuelto. Siempre lo creyó. Precisamente por esto no debería temer nada.

—Ya llegamos, señor Joaquín.

No, todavía no han llegado. No hay que exagerar. Tan sólo pasan por Esplugas y corren hacia la Diagonal.

«Será necesario pensar un poco más en esto. Si bien se mira, estos días han sido muy extraños».

—Ya terminaron estos días tan extraños, ¿verdad, Jordana?

—Sí, señor. Ya se acabaron.

Es evidente. Ahora, pues, vendrá el momento de volver a centrarse. El accidente quedará atrás —y con él todos los trastornos que forzosamente ha de traer consigo, y con él aquella casa perdida en el valle y la misteriosa gente y el clima desacostumbrado.

Centrarse, meditar («porque esta inquietud tiene un valor indiscutible, y el problema es realmente interesante, y tiene una trascendencia, vaya, efectiva y social, qué duda cabe») y decidir, al fin, con todas las garantías, más adelante. No hay prisa.

—Bonito, ¿verdad?

La ciudad empieza a iluminarse. Desde la parte alta de la Diagonal, el coche se deja caer con velocidad creciente hacia la urbe, ahora con definitiva decisión.

«Uno de estos días me quitaré de encima esta preocupación», piensa.

Porque es una preocupación. Y el señor Joaquín sabe que el hombre que un día la experimenta ya no puede desterrarla. Sin embargo, hay hombres que se acostumbran a soportarla, y si lo consiguen durante un tiempo suficiente, ocurre lo mismo que con los ruidos irritantes: dejan de percibirse, y a fin de cuentas se olvidan.

«Otra vez me vuelve a ocurrir, es ridículo»: siempre que con el coche desciende rápidamente por una pendiente se le tapan los oídos y no oye nada.

Ahora se da cuenta de que Pedro Jordana mueve los labios. ¿Ha dicho algo? sería muy fastidioso que, precisamente ahora, hubiera dicho alguna cosa importante.

En la calle, a la puerta de la oficina, hay un mozo de vigilancia, que ha ido a avisar.

Pedro Jordana aparca meticulosamente. Baja del coche y le abre la puerta al señor Joaquín.

Mauricio y Alsina, el apoderado, salen a recibirles.

—Pero ¿qué ha ocurrido? —pregunta Mauricio—. Tantos días sin noticias, y ahora...

—Un accidente —descubre Alsina, señalando la nueva pintura roja que reconstruye la maltratada carrocería del coche.

El señor Joaquín sonríe, tranquilizador.

—Sí, un pequeño accidente, *un accidente sin importancia*.

Pedro Jordana deja las maletas en el suelo. Mauricio mira ahora a estos dos hombres que acaban de llegar y que permanecen en pie, el uno al lado del otro, e intenta advertir algún rastro de lo que ha ocurrido.

—Pero si estáis tan sanos y salvos como cuando salisteis... Si no os ha ocurrido nada...

El señor Joaquín abre las manos como queriendo decir: «Ya lo ves».

Pasa un tranvía, y su estrépito es como si se derrumbara irreparablemente una construcción invisible, y en el silencio que sigue nada queda.

Entonces, el señor Mauricio señala la enorme maleta-muestrario y le ordena a Pedro Jordana:

—No la deje aquí en el suelo. Éntrela en el despacho.

En una centésima de segundo, el señor Joaquín inclina la cabeza, y espera.

«Aquí en la calle no se puede hablar», piensa. Y, quien sabe, ¿es realmente necesario? No ve la cosa bastante clara. Tal vez algún día... Pero, bah...

Pedro Jordana no vacila. Pedro Jordana se dobla por la cintura —como quien reverencia a un poder indiscutible— y coge el muestrario alegremente. Entra en el despacho, y cuando todos le miran desde las mesas, sobre su frente se deposita, como un gris sacramento, como un poco de ceniza trémula, la última luz del día que atraviesa la claraboya.



JOSEP MARIA ESPINÀS es autor de una extensa obra narrativa en la que ha dominado el elemento realista y testimonial. Ya en los años cincuenta fue uno de los primeros en incorporar las formas literarias neorrealistas, combinando modelos de la literatura española (Delibes, Camilo J. Cela) y tributando homenaje al cine italiano, que se imponía como opción para la crítica de la realidad de la posguerra. Espinàs ganó el Premio Joanot Martorell 1953 con la novela *Com ganivets o flames* [Como cuchillos o llamas] y se convirtió en uno de los abanderados de la práctica de la narrativa realista. Con novelas como *El gandul* (1955) y *Tots som iguals* [Todos somos iguales] acentuó su atención en una narrativa de carácter marcadamente social. En esta última, dos seres, pertenecientes a dos mundos distantes a pesar de la convivencia cotidiana, encuentran en un hecho fortuito la posibilidad de acercamiento y de comprensión. La anécdota es lo de menos en ésta como en tantas otras novelas. Lo importante es la descripción certera de la vida, reacciones, de la psicología, en fin, de los personajes. Josep María Espinàs plantea en esta obra —escrita en catalán y traducida por E. Badosa—, problemas humanos, luchas, celos, temores y, sobre todo, el desconocimiento mutuo entre los eslabones de una misma cadena. Para amar al prójimo es necesario conocerlo directamente, escucharle, participar en sus dolores y en sus alegrías.